

◆ TODOS TENÍAN UN PLAN ◆

# CABRONES

Una  
NOVELA  
DE

DAVID J. SKINNER  
ÓSCAR F. CAMPORRO  
& RAFAEL ESTRADA



Cop  
dibujos  
de

R. Estrada



TRES HISTORIAS CRUZADAS

# **CABRONES**

*DAVID J. SKINNER  
ÓSCAR F. CAMPORRO  
& RAFAEL ESTRADA*



*Novela Negra*



*«Porque ellos no duermen a menos que hagan el mal, y pierden el sueño si no han hecho caer a alguien».*

Proverbios 4:15

# ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Óscar](#)

[Rafa](#)

[David](#)

[Agradecimientos](#)

[Los autores](#)





# Prólogo

*JAVIER FERNÁNDEZ JIMÉNEZ*







# PRÓLOGO

Estamos rodeados de malas personas, de tipos sin escrúpulos a quienes no les tiembla el pulso a la hora de despedir a una madre de familia, de ejecutivos que no pestañean ante la orden de dejar a todo un país sin alimento o de gobiernos capaces de condenar a millones de personas al hambre, la sed y la intemperie. Al abandono.

Vivimos junto a canallas, malhechores, puteros, buscavidas, ladrones y toda clase de aprovechados. Quién sabe, puede que tú mismo seas uno de ellos o incluso puede que yo, que estoy escribiendo estas palabras, también lo sea, nunca se está demasiado seguro sobre según qué asuntos. En estos tiempos de zozobras maquiavélicas y crisis programadas parece difícil separar el grano de la paja, encontrar el garbanzo sano en uno repleto de garbanzos podridos o condenados a pudrirse. Estamos creando un mundo, una sociedad, una civilización cada vez más arisca y aprovechada, cada día un poco más turbia para con nosotros mismos. Cada día más solitaria y competitiva.

Una sociedad sucia nos acoge.

Tenemos una manera de vivir que parece extraída de una novela negra con altas dosis de imaginación para la maldad y la podredumbre por parte de su autor. Con una gran creatividad para lo perverso, para lo detestable y lo oscuro.

Por eso se me hace complicado escribir este intento de prólogo, el primero que escribo en mi vida para el libro escrito no por un amigo, sino por tres compañeros de aventuras más o menos afortunadas. El título parece decirlo todo, acogernos en

un ambiente más o menos esperable, adentrarnos en los suburbios de lo que creemos distinguir en un horizonte accesible con solo traspasar estas líneas. Y sin embargo, tras leer este libro, este conjunto de tres relatos relacionados entre sí a través de paisajes, personajes y situaciones, cada cual más divertido que el anterior, esta novela en tres actos, tengo que confesaros una cosa, no creo que ninguno de los personajes que aparecen por él, ni los perdidos, ni los desesperados, ni los criminales, ni siquiera los malvados sean tan perversos ni tan odiosos como algunas de las personas que nos rodean en todo momento, quizá en este mismo instante en el que estés leyendo o escuchando estas palabras. Quizá estés rodeado por ladrones, corruptos y asesinos sin saberlo.

Los hay que, incluso, podrían despertar un punto, muy leve eso es cierto, de ternura, de comprensión incluso, aunque pocos de nosotros escogeríamos a cualquiera de los personajes de este libro como compañía para tomar un café... eso si no contamos a la pobre cuarentona del banco, con quien muchos nos lo tomaríamos muy a gusto.

Me he propuesto escribir todo este texto sin utilizar la palabra que todos tenéis en mente, porque en cuanto empezéis a leer sabréis que lo que aquí dentro se encuentra es, sin lugar a dudas, un nutrido grupo de personajes deleznable. Pero personajes a los que vemos venir, que podemos predecir que serán como son. Que actuarán como lo hacen. No ocurre lo mismo con los que tienes a tu alrededor, a quienes, en el mejor de los casos, ni siquiera conocerás jamás.

Tras leer este libro solo puedo pensar una cosa... estamos en un mundo repleto de CABRONES.

Javier Fernández Jiménez

@Castillos\_Aire



DAVID J. SKINNER

# Oscar







# MAÑANA

Óscar no se encontraba bien esa mañana. Probablemente, la grasienta cena —dos huevos fritos con salchichas— había sido la causa de la mala noche, y la media botella de vino peleón que la acompañó era, sin duda, la madre de la enorme resaca que amenazaba con reventar su cabeza ante el más mínimo sonido.

Eva, su mujer, aún seguía durmiendo. «A esa zorra se le va a acabar lo bueno», pensó mientras se levantaba de la cama, haciendo todo el ruido posible para interrumpir el descanso de su pareja. Nunca estuvo enamorado de ella, y a duras penas se podía decir que la quiso algún día; lo que estaba claro es que, desde hacía ya muchos años, lo único que sentía era odio y desprecio. El trabajo que tenía se lo debía a ella, eso era innegable. La fábrica nunca habría contratado a un borracho violento como él, si no se tratase del yerno del dueño. Sin embargo, a los ojos de Óscar, su vida se reducía a interminables días yendo a un trabajo que no le gustaba, y ganando un dinero que servía, a su entender, solamente para mantener a la persona con la que compartía lecho.

Eso se iba a acabar pronto. Se iba a acabar ese mismo jodido día.

No, no la mataría; eso solamente le podría suponer, en el mejor de los casos, quedarse sin trabajo. Su plan era otro distinto. Hoy no iba a ir a la fábrica a aguantar como el *hijoputa* de González no paraba de darle órdenes, ni los murmullos de sus compañeros —¿compañeros? ¡Y una mierda!—, que siempre cuchicheaban a su espalda. Ya había conseguido el arma, tenía el pasamontañas y, sin lugar a dudas, contaba con



la determinación para acabar el día como un hombre rico. Rico y con una novia a la que triplicaba en edad. La imagen de sus pechos turgentes, de su ancha cadera y de sus labios carnosos contrastaba con la sequedad cadavérica de su mujer que, para más inri, ni siquiera hacía el amor con él desde hacía... ¿qué más daba? No deseaba, ni quería, mantener ningún tipo de relación con ese adefesio, apenas un mendrugo de pan en comparación con el caviar que solía degustar, aunque no fuese de forma gratuita.

—¿Ya te vas, cariño?

«Jodida gilipollas».

—¿Cómo voy a irme ya? ¿No ves que acabo de levantarme? —Hoy no era un día para montar follón. Otra mañana, la pregunta de su cónyuge hubiese supuesto un empellón, como mínimo—. Vuelve a dormir.

Años atrás, Eva se levantaba junto a él para prepararle un café y una tostada. Desde aquella mañana en la que había cometido el gravísimo error de quemar los bordes de la tostada, todo cambió. Óscar cogió la costumbre de bajar al D'elba, un pequeño bar que se encontraba casi junto a su portal, debido a la imposibilidad de su esposa para manejarse adecuadamente con las muñecas fracturadas. Cuando se percató de que se sentía mucho mejor alejado de ella, ya no volvió a tomar ese café con tostada.

Hoy no sería una excepción, claro. Se dio una ducha rápida y, sin despedirse, abandonó aquel apartamento que cada vez le resultaba más lóbrego y asfixiante.

—¡Buenos días, Óscar!

Levantó la mano en señal de respuesta. A pesar de llevar

mucho tiempo y endo día tras día a desayunar allí, nunca se había interesado en saber los nombres de ninguno de los camareros que le atendían. ¿Para qué? Se apoyó en la barra y esperó. En un par de minutos tenía delante el café y las dos botellas —una de coñac y otra de anís— que servían para dar un toque más profundo al primero.

¿Qué pensaría Eva cuando llamaran desde la fábrica para preguntar el porqué de su falta de asistencia? Sonrió al principio, pensando en la cara de preocupación que pondría. Porque pondría esa cara, ¿no? O, tal vez, se alegraría pensando que un coche le había atropellado. Qué zorra. Se pidió un nuevo sol y sombra, pues se bebió de golpe la primera copa mientras pensaba en su mujer, sin llegar a probar el café. ¡Qué demonios! ¡Hoy era un día para celebrar!

«Tenía que haberte matado, hija de puta».

Sus pensamientos hicieron que se llevara involuntariamente la mano al bolsillo en que tenía guardado el revólver. Había quedado cerca de la puerta del banco dentro de un par de horas, poco antes de que abriera. Según Manu, que era quien había organizado todo excepto la fuga, a primera hora se podía conseguir más dinero que en ningún otro momento, y además en billetes pequeños, más difíciles de rastrear. Entrarían, cogerían la pasta y saldrían a toda leche de allí. Luego, el Cebra —no sabía cuál era su verdadero nombre— tenía preparado un plan de huida que, al parecer, les permitiría abandonar el país en menos de veinticuatro horas, rumbo a uno de esos paradisiacos lugares en los que puedes vivir toda la vida con apenas unos pocos miles de euros.

Ya hacía semana y medía desde que ultimaron los detalles, y Óscar no había sentido nervios ni ansiedad ante la situación que iba a vivir... hasta hoy. Se dio cuenta, mientras sujetaba su

segunda copa, que la mano le temblaba. No es que fuese algo muy raro —a última hora de la noche, su pulso era pésimo—, pero durante un instante dudó de si las cosas saldrían bien.

Sí, iba a salir bien. Mañana estaría tumbado en la playa, tomando el sol, mientras un par de chicas de exóticos rasgos ponían todo su empeño en satisfacerle a cambio de una propina que no sería mayor que el precio que pagaría por el café y las dos copas que estaba tomando. Y pobre de quien intentase impedir que se cumpliera ese destino.

No se fijó en la mirada, mezcla de asco y pena, que le lanzó el camarero mientras salía del bar. Tampoco es que le hubiese importado, por otro lado.

Si no hubiese sido por Eva «¡zorra, zorra!», no tendría que haber salido tan temprano de casa. Ahora se encontraba frente a la sucursal, y su reloj le indicaba que la espera sería larga. Decidió realizar una inspección por los alrededores.

El edificio se le antojó mucho más grande que la última vez que lo vieron. Una mole de hierro y piedra que, a pesar de lo imponente de su aspecto, no contaba apenas con seguridad. Dejó, más por un extraño presentimiento que por otra cosa, unas cuantas balas en un contenedor metálico que se hallaba cerca de la salida de emergencia. ¿Quién sabe? Puede que aquello llegara a suponer la diferencia entre la vida y la muerte.

El reloj de la cercana iglesia sonó, indicando que la hora de su cita era inminente. Algún empleado comenzaba ya a entrar, tras ser previamente abierta la pequeña puerta lateral por un enclenque guardia de seguridad. Apartó la mirada de la entrada, y comenzó a caminar lentamente hacia el lugar indicado. Pudo ver una figura pequeña apoyada en la pared que enfrentaba el lateral del banco. Sin duda se trataba del Cebra.

—¿Cebra?

—¡Óscar, qué puntualidad! —replicó el otro, ofreciéndole la mano—. ¿Preparado?

«Jodidamente preparado».

—Deseándolo —respondió, estrechándose—. Oye, he quedado con mi chica en un bar de las afueras. ¿Hay algún problema?

Parecía que sí, porque el Cebra se irguió, de forma un tanto ridícula, y se encaró con él.

—Tío, sabes que me joden estos cambios de última hora. ¿Es imprescindible que la recojas?

—No —dijo Óscar—. Que la jodan.

Pensándolo bien, aquella zorrita solo estaba con él por el dinero. Que se joda. Que se jodan todas.

—¡Ese es mi Óscar! —Le dio una palmada en la espalda, en señal de aprobación.

No le gustaba mucho la familiaridad con la que el Cebra le trataba, máxime teniendo en cuenta que él no sabía ni su nombre, pero como era quien tenía que sacarlos sanos y salvos, no tenía otro remedio que tragar. De momento.

Siguió hablando, aunque Óscar ignoró la superflua conversación. La cafetería que se encontraba delante, el Troisimen, estaba abierta. Miró el reloj, a la vez que tocaba el bolsillo del pantalón, asegurándose de que llevaba suficiente dinero. Seguro que al Cebra (menudo gilipollas) no le harían mucha gracia sus planes más inmediatos.

«¿Y qué me importa? ¡Que se joda!».

—Oye —dijo, interrumpiendo la banal charla—, aún quedan diez minutos; voy a entrar en el bar.

—¿Estás gilipollas, tío? —El Cebra le agarró el brazo izquierdo con más fuerza de la que él podía pensar que tendría, dado su pequeño tamaño. Claro que si le metía un balazo en la cabeza, el *hijoputa* dejaría de apretar.

—¡Eh, eh! ¿Qué hacéis? —La aparición de Manu probablemente evitó una tragedia—. ¿Queréis que nos detengan antes incluso de entrar ahí?

—Este imbécil está... —Óscar dejó de hablar cuando miró en dirección a Manu. No estaba solo.

—Me cago en mi puta calavera —soltó el Cebra, mientras se propinaba a sí mismo un mamporro en la cabeza—. ¿Venís con ganas de joderme, tíos? ¿Por qué traes compañía?

—Es una amiga —replicó escuetamente Manu—. Entrará con nosotros, o no contéis conmigo.

El Cebra comenzó a dar vueltas y a decir incongruencias. Hubiera sido gracioso si no estuviera todo a punto de irse al garete.

—Espero que sepas lo que haces trayendo a esa tía, tío —dijo al fin—, porque como algo vaya a mal por su culpa, os vuelvo la cabeza a los dos.

Óscar no dijo nada. Tampoco le hacía la más mínima gracia la aparición de ese nuevo elemento, pero estaba más atento en observar las curvas de la chica. No debía de tener más de veinte años —qué maricón con suerte—. Era rubia, de pelo corto, labios pequeños y ojos grandes. El intenso examen al que la estaba sometiendo hizo que se ruborizara, lo que le excitó aún más. «Más te sonrojarás cuando te la meta, zorrита».

—En cuanto abran al público, ella y yo —dijo Manu, señalando a su joven acompañante— entraremos, haciéndonos pasar por clientes. Quince minutos después, entráis vosotros con los pasamontañas y las armas.

—¿Qué pasa? —preguntó Óscar, en un alarde de chulería—. ¿No tiene nombre?

Sabía, o más bien creía, que su revólver le ponía en una situación ventajosa con respecto a su cómplice. Manu era más fuerte y puede que algo más listo que él, pero era él quien tenía la sartén por el mango.

—Tú recuerda el plan, y olvídate de lo que no te interesa.

«A ver si vas a ser tú el que pierda el interés por todo, hijo de puta».

Antes de poder decirle eso, o cualquier otra cosa, Manu y la joven comenzaron a andar hacia el banco. Por fin estaba abierto.

—Si nos quedamos aquí, de pie, otros quince minutos, mañana seremos portada de los periódicos. Yo me voy a tomar algo.

Sin esperar a que el Cebra reaccionara, entró en el Troisimen. En el interior del local había demasiada gente para su gusto. Se dirigió al camarero, que miraba a un viejo sentado al fondo, junto a la ruidosa televisión.

—¡Un sol y sombra! —dijo, golpeando la barra con la mano para llamar la atención del camarero. Miró su reloj a la vez que el camarero le servía su consumición, para dejar después las dos botellas frente a él.

Pasaron menos de cinco minutos cuando alguien entró. Óscar se dio la vuelta, esperando ver a la persona con quien había

quedado; no se trataba de él, sino de un tipo bastante grande que se dirigió a uno de los taburetes y se sentó. Las botellas que tenía frente a él no tardaron en desaparecer y quedarse junto al recién llegado. Ese tío, que tenía un bulto sobre la ceja, le sonaba de algo, aunque no le dio muchas vueltas a aquello y siguió bebiendo hasta que se terminó la bebida.

No podía esperar más, o el plan se iría a la mierda. Se levantó del taburete, mas una voz le impidió abandonar la cafetería.

—¡Oiga! ¡Son tres con quince!

Joder. Se había olvidado de pagar la cuenta. Sacó unas cuantas monedas del bolsillo y las dejó sobre la barra. No estaba seguro de cuánto podía ser, pero seguro que cubriría la deuda.

—Quédate con el cambio —dijo. Luego, bajando un poco la voz, aunque siendo perfectamente audible, finalizó la frase—: Hijoputa.

—Tío, ¿has visto la hora?

Ya casi se había olvidado del Cebra, que al parecer se cansaba de esperar en la calle. Iba a responderle un improperio cuando vio cómo una figura familiar aparecía de no se sabe dónde... y se encaminaba hacia el tiarrón que estaba desayunando. ¿Qué coño pasaba?

—¡Eh, Musta!

El moro replicó, con una especie de sonrisa, aunque siguió mirando hacia el grandullón.

—Dame lo mío.

—Ahora estoy contigo, Óscar. Espera un momento.

«¿Qué cojones se creía ese puto camello? ¿Qué iba a hacer cola para verle?»

—No espero nada —comenzó a decir, aunque el hombretón volvió a llamar la atención del moro mientras le pedía también algo. Joder, con el Cebra detrás, aún sin enterarse de qué estaba pasando, no tenía tiempo para estas gilipolleces—. ¡Musta, dame lo mío ya!

—No levantes la voz, joder —dijo el otro, mirando hacia el camarero. Este, acostumbrado a los trapicheos que solían llevarse a cabo en el local, parecía limpiar distraídamente un vaso. Ahora que lo pensaba, el camarero llevaba con el mismo vaso desde que le cobró; se le iba a acabar desgastando.

—Te juro que como no me lo des ahora mismo... —Óscar bajó la voz, pero se acercó a él para enfatizar sus palabras. El tipo que estaba a su lado, al que volvió a mirar intentando reconocer, sacó un billete y lo colocó sobre la barra, y él hizo lo mismo, cada vez con más ganas de terminar ese asunto— ¡Joder! Dame lo mío de una puta vez.

Normalmente no estaba de ese humor tan temprano, pero la tensión del inminente golpe, unido a la sorpresa de Manu y al insoportable parloteo del Cebra, estaba acabando con su, y a de por sí poca, paciencia. Agarró la papelina en cuanto Mustafá la dejó sobre la barra y se giró en dirección al Cebra, levantando la mano antes de que este dijese nada.

El moro, tras una breve queja a la que Óscar no prestó mucha atención, salió de allí. El grandullón se dio la vuelta y siguió tomándose su café o la mierda que fuera que tenía. Conocía a ese tío, estaba seguro, aunque no podía recordar de qué. Tampoco es que le importara mucho.

El Cebra se estaba impacientando. Que se jodieran él y sus



putos planes.

—Tranquilo, y a estoy listo. ¿Vamos para allá?

—Si la cosa sale mal —dijo el Cebra—, podemos tirarnos unos años entre rejas. Como la jodas...

—¡Preocúpate de no joderla tú! —respondió y a en la calle, sacando el pasamontañas negro de otro de los enormes bolsillos del chaleco, y caminando despacio en dirección a la entrada de la sucursal. El Cebra, tras una pequeña duda, hizo lo mismo. En menos de cinco minutos entrarían en el banco, y que Dios se apiadara de quienes se interpusieran en su camino.

\*\*\*

—¡Me cago en Dios! ¡Que nadie se mueva!

Le costaba hablar correctamente con el apretado pasamontañas puesto. El Cebra parecía estar teniendo también problemas con el suyo, pues no dejaba de recolocárselo continuamente. Al final, el *hijoputa* acabaría pegándose un tiro a sí mismo.

El lugar estaba bastante tranquilo —al menos, hasta que ellos entraron—, aunque y a había pasado algún cliente; Óscar vio a tres personas haciendo cola en una de las cajas, y a una vieja sentada en uno de los sillones, junto a un gastado bastón. El cuadro se completaba con cinco empleados y un guardia de seguridad, el esmirriado que había ido abriendo la puerta a los empleados. No había ni rastro de Manu y de su putilla, que debían de estar con su parte del plan.

Todos lev antaron tímidamente las manos, como si dudaran elegir entre la supervivencia y el ridículo.

—¡Tú, el gilipollas del jersey! —Debía ser sin duda gilipollas

para llevar jersey en esa época—. ¡Coge los móviles y las carteras, pero ya!

Esa sensación de poder, de control, le encantó. El Cebra, que ya se había encargado de cerrar la puerta de entrada, le tocó en el hombro para llamar su atención.

—¿Para qué queremos las carteras, tío? —preguntó. Era cierto que la idea original había sido simplemente tener el control de los móviles.

—No me toques más los cojones, Cebra —dijo Óscar, acercándose hacia donde debería estar su oreja—. Es la última vez que te lo digo.

Había supuesto que aquellos clientes llevarían encima una cantidad importante de dinero. Por desgracia, cuando por fin pudo revisar el contenido de sus carteras, se encontró con apenas un total de cincuenta euros. Se guardó los billetes en el bolsillo del pantalón y observó al guardia. No había hecho ni un solo movimiento desde que entraron, pero seguro que esperaba la más mínima oportunidad para meterle un tiro a cada uno.

—¡Eh, tú! —Señaló al guardia con el dedo, y le hizo un gesto para que avanzara hacia ellos—. Despacito, hijo de puta, o te vuelo las pelotas.

El guardia obedeció. El Cebra, detrás de su pasamontañas, parecía ponerse cada vez más nervioso. Solamente por eso ya merecía la pena alterar un poco los planes.

—¿Cómo te llamas?

—Sergio Gómez. Oiga, no quiero problemas. Me jubilo en tres semanas.

—Ninguno queremos problemas, Sergio —dijo Óscar, acercando el cañón del revólver a su cara—. Ahora, me vas a

dar tu arma, te vas a tirar al suelo, y no vas a moverte hasta que nos hayamos ido.

El asustado guardia asintió, e hizo lo que el otro ordenaba.

—Una cosa más —siguió diciendo Óscar—. ¿Hay más gente en el banco?

Dudó antes de responder.

—No. No, señor.

La fuerte patada que le propinó en el estómago hizo salir un gemido de dolor del guardia. ¿Qué se creía ese mierda, mintiéndole? Ya sabía que, por lo menos, el director de la sucursal se encontraba con Manu. No dudó en darle una nueva patada, esta vez en la cabeza.

—¡Joder, joder, tío! ¡Cíñete al plan!

Nunca había pegado a un hombre, y era una sensación que estaba deseando repetir. Y lo haría. En cuanto estuvieran a salvo, le metería una paliza a ese gilipollas de la que no se iba a recuperar fácilmente. Se preguntó si podría esperar tanto para hacerlo.

—Tú vigila a esos gilipollas —dijo señalando a los clientes, a los que su reciente acto parecía haber alterado bastante—, y deja que yo me encargue del resto.

A propósito, dentro de «el resto» estaba incluido el ir a las cajas y conseguir todo el dinero posible. Se acercó donde los empleados, fijándose en que dos eran mujeres. Tomó la decisión de hablar a la más joven que, sin ser excesivamente guapa, era una visión más agradable que su oronda compañera.

—Tú, ven conmigo. —La chica dudó un momento, lo que hizo que Óscar levantara su arma—. ¿Estás sorda, zorra?

Con lágrimas asomando por sus ojos, la chica le acompañó hasta las cajas y comenzó a sacar todo el dinero que había por ahí. No era una fortuna, desde luego, pero sí que suponía un buen pellizco para cada uno de los tres.

¿O de los cuatro? ¿Pensaría Manu repartir el botín con su putita?

—Vuelve con ellos. —Se había planteado saciar su deseo con aquella chica. Si hubiese sido un poco más guapa...

El Cebra estaba paseando entre los clientes, que alternaban su mirada entre él, Óscar y el guardia caído. La mancha de sangre, bajo su cabeza, le hizo pensar en si se lo habría cargado. De todas formas, él se lo había buscado. Ya solo quedaba la última parte del plan: localizar a Manu, ver si era posible obtener más dinero y, finalmente, salir con ellos como falsos rehenes. Todo estaba yendo sobre ruedas.

—¡Pandilla de sinvergüenzas!

Tanto él como el Cebra se giraron en dirección a la voz, que provenía de la anciana del bastón. Los miraba con odio, deseando que no salieran vivos de allí. «Vas a ser tú quien no lo haga, vieja». Se dirigió hacia ella.

—¿Cansada de la vida? —preguntó Óscar, apuntando a su cabeza—. Mejor que se esté calladita si no quiere dejar a sus nietos sin abuela.

—Debería darte vergüenza tratar así a una señora de mi edad. —La vieja no estaba dispuesta a parar. Amartilló el arma y apretó el cañón contra su frente.

—¡Cálmate, tío! ¡Sólo es una puta vieja! —El Cebra se puso junto a él, intentando que bajara el arma. Como si fuese gilipollas. Ya sabía que disparar atraería a toda la policía de la

ciudad, ¿qué coño se creía ese *hijoputa*?

Curiosamente, las palabras del Cebra hicieron que la vieja detuviese su parloteo, quizás al tener la certeza de que su destino estaba decidido si no callaba. Óscar tenía cada vez más ganas de librarse de su cómplice. «Pronto, pronto, hijo de puta».

A propósito de cómplices, y ya iba siendo hora de ir a por Manu y su atractiva acompañante.

—¿Te ves capaz de cuidar del rebaño sin mí? —preguntó Óscar y, sin esperar respuesta, salió hacia el despacho del director.

Manu era quien había organizado todo. Al parecer, hace tiempo trabajó en esa sucursal, y conocía a la perfección las rutinas de la misma: cuánta gente había, qué seguridad tenía, dónde se encontraba cada sala... Y su misión era mantenerse junto al director, impidiendo así que diera la alarma. Posteriormente, sería el rehén que se llevarían, y aquello serviría para no incriminarlo. A cambio, se llevaría un tercio del botín.

Un tercio del botín por no hacer nada. No era justo. Y ahora lo más probable es que quisiera más, para pagar a su putita.

Óscar se detuvo un momento a pensar. Ya no necesitaban a Manu para nada. Es más, si le cogieran podría llegar a dar sus nombres. «Me parece que el dinero se dividirá entre dos, amigo».

¿Entre dos? Ya se vería.

La segunda puerta del fondo, ahí dentro se encontraba Manu, junto al director y la pequeña putita. Se aseguró de que el revólver tenía munición antes de abrir la puerta. Incluso desarmado, Manu era un oponente al que no podía dar ninguna oportunidad. Puso la mano en el tirador y, con rapidez, abrió la

puerta y entró en el despacho con la pistola apuntando a...

Nada.

«¿Qué coño ocurre?».

Era un despacho lujoso, con una exuberante lámpara de techo y una mesa repleta de objetos a cada cual más caro. Pero no había ni rastro de Manu. Una mancha en la alfombra llamó su atención. Era sangre, o eso creyó.

Un escalofrío recorrió su cuerpo, al pensar que la alarma silenciosa podía haber alertado a la policía de su incursión. Igual se encontraban ya a las puertas del banco, esperando a que, pensando ingenuamente que se habían salido con la suya, dejaran el lugar. «Jodido hijo de puta. Para una mierda de cosa que tenías que hacer, vas y lo jodes».

Algo no terminaba de cuadrar. No sabía qué, pero en aquel lugar estaba ocurriendo algo que desconocía, estaba seguro. Tenía que encontrar a Manu y descubrir qué era. Y luego cargárselo, por gilipollas.

Entonces, antes de que decidiera qué hacer, sonó una fuerte detonación. Alguien había disparado. Corriendo, regresó hacia la entrada del banco, sin saber a qué atenerse. Al llegar vio que el Cebra estaba, con la pistola aún humeante, apuntando al cuerpo del guardia de seguridad.

—¿Eres imbécil? —Faltó poco para que Óscar realizara también un disparo, aunque en esta ocasión el objetivo hubiera sido el Cebra—. Tenemos que salir de aquí.

Sin embargo, de nada les serviría salir si cogían a Manu. Tenían que encontrarlo.

—¡Quédate aquí y, si alguien hace un movimiento, lo fríes! —ordenó, mientras decidía qué dirección tomar. Como no era

necesario para el plan, Manu no les habló del resto del edificio. Había visto unas escaleras en el pasillo que conducía al despacho del director, con tramos hacia arriba y hacia abajo, pero no tenía ni idea de hacia dónde llevarían.

Tenía que decidirse rápido, antes de que el disparo hiciese que acabaran rodeados de pasma. Por el momento, no parecía que hubiera movimiento en el exterior. Llegó hasta las escaleras y, sin pensarlo, comenzó el descenso.

Bajó varios tramos de escalera antes de localizar una puerta, que atravesó sin bajar el arma. Cargarse a Manu ya no era una opción tan buena; si la policía los atrapaba, era mejor que los cargos no incluyesen asesinato. Para él, al menos. El Cebra se pudriría en prisión.

Que se jodiera.

Se hallaba en una amplia sala, decorada con ornamentos de madera y, tras ella, un pasillo conducía a una cámara repleta de taquillas de diversos tamaños. En su interior se encontraban tres personas. Supuso que el hombre desconocido sería el director de la sucursal.

—¿Qué cojones haces? —gritó Óscar, haciendo que los tres se girasen. Avanzó con el arma en la mano, sin saber a quién hacer su objetivo.

—Todo está bajo control, Óscar. —Manu usó su nombre con naturalidad, como si estuvieran los dos solos. Pero, joder, estaban el puto director y la puta chica. ¿De qué coño iba?

Se fijó entonces en la bolsa que tenían a los pies. ¿De dónde la habían sacado? ¿A qué cojones estaba jugando Manu?

—Anna —dijo, dirigiéndose a su compañera—, hazlo.

Un desagradable crujido sonó mientras Anna rompía el cuello

del director, en un movimiento ágil e inesperado. El cuerpo cayó al suelo, con un golpe sordo. Mientras tanto, Manu se puso la mochila al hombro y dio un par de pasos hacia adelante.

—Ni se te ocurra, hijoputa. —Óscar apuntó a su cómplice, sin perder de vista a la mortífera Anna—. Ya puedes empezar a decirme lo que está ocurriendo, u os vuelo la tapa de los sesos.

Lo cierto es que, fuera lo que fuese, se dio cuenta de que aquel no era el mejor momento para charlar. No escuchaba sirenas, pero tampoco debía de haberse oído el disparo aquí abajo, o Manu no estaría tan tranquilo. Ya lo resolvería en la calle, cuando estuvieran a varias manzanas de aquel sitio. Hizo un gesto con el revólver, en clara indicación de que siguieran avanzando.

—El jodido Cebra se ha cargado al guardia. Tenemos que salir a toda hostia de aquí.

El rostro de Manu cambió. La tranquilidad que mostraba se transformó en miedo, o en rabia, o en alguna clase de emoción que Óscar nunca había visto en su cara. Los tres subieron a toda velocidad por las escaleras.

Antes de llegar a la planta baja, y mientras tanto Manu como Anna se ponían sendos pasamontañas que debían de llevar en aquella mochila, pudieron escuchar el sonido de las sirenas policiales.

Manu, como una exhalación, se situó junto al Cebra, que parecía más afectado que de costumbre.

—¡Estamos jodidos, tío! ¡Estamos bien jodidos!

Apenas podía sujetar su arma. Era un milagro que no se hubiesen abalanzado sobre él y lo redujeran antes de que ellos regresaran. Manu le dio un par de palmadas en la espalda y



cogió la pistola. El otro no se resistió.

Dejar al Cebra con un arma no era buena idea; que Manu fuese el portador, a Óscar tampoco le parecía especialmente deseable.

—¡Salgamos! —exclamó Óscar. Manu negó con la cabeza.

—Demasiado tarde. Es imposible que nos pudiéramos alejar antes de ser detenidos. O acribillados.

«Hijos de puta. Esto es culpa vuestra, de los dos. Me las vais a pagar».

# MEDIODÍA

—Si hay algún herido —se escuchaba proveniente del exterior, a través de la megafonía—, dejad que salga para que podamos atenderlo.

No, no había ningún herido. Un par de fiambres, sí, pero nadie herido.

—Tíos, deberíamos entregarnos —dijo el Cebra, sin saber bien si mirar a Óscar o a Manu. Ninguno de los dos contestó.

—¿Qué cojones hacías ahí abajo? —preguntó Óscar. La ventaja que hacía unas pocas horas sentía respecto a su cómplice se había desvanecido, ahora que Manu se encontraba también armado.

—Tenemos otros problemas que tratar ahora, ¿no crees? —Se giró hacia Anna y volvió a hablar—. Cierra los accesos a las plantas superiores.

La putita se dispuso a obedecer al momento las órdenes y abandonó la sala. Aquella situación no era lo que Óscar tenía pensado, ni de lejos. Los empleados —incluyendo a la gorda y a la fea— estaban sentados en el suelo, en el centro de la sala. Los clientes, quitando a la vieja, tumbados junto a la ventanilla de la caja central. Y el gilipollas del Cebra moviéndose de un lado para otro, como si eso fuera a solucionar algo. «Pegarle un tiro sí que solucionaría algo: me relajaría».

—¿Quieres estarte quieto de una puta vez?

El Cebra se paró al instante, como si Óscar hubiese pulsado el botón de pausa. Su siguiente objetivo era la vieja, que seguía mirándolos con desaprobación, pero sin atreverse a decir ni una

palabra.

—¿Le gusta el espectáculo, señora? —preguntó—. Mire para otro lado si no quiere que le rompa los pocos dientes que le quedan.

Lo cierto es que tenía unas ganas casi irrefrenables de hacerlo. Puede que para liberar tensión. Una tímida voz le arrancó de sus pensamientos.

—Oigan... Necesito ir al baño...

Iba a soltar algún impropio cuando se fijó en la mujer que acababa de hablar. Una cuarentona, sí, pero de buen ver. Llevaba puesto un vestido que, sin mostrarlo, marcaba un cuerpo bien formado. El pelo recogido en un moño no le hacía ningún favor, y Óscar se imaginó soltándolo con una mano, mientras con la otra probaba la suavidad de sus pechos.

—Yo la acompaño —soltó, antes de que Manu o el Cebrá dijese algo. Agarró a la mujer por el brazo y la ayudó a levantarse. Luego, sin dejar de apuntarla, salieron en dirección a los aseos, que Óscar ya tenía localizados. Después de todo, podría liberar algo de tensión.

—Entra —dijo, una vez allí—, pero no atranques la puerta. Como intentes algo raro, ya sabes lo que te espera.

La mujer asintió, atemorizada. Cruzó la pequeña puerta y se dispuso a hacer sus necesidades. Óscar estaba atento a cada sonido que salía de dentro; en cuanto la guerra terminara...

—¿Qué haces aquí?

Apuntó instintivamente hacia la persona que había hablado, y se encontró frente a frente con la atractiva acompañante de Manu. No le sorprendió tanto el tono de exigencia de la pregunta como el hecho de no notar ningún acento en su voz. La verdad

es que era la primera vez que la escuchaba hablar, y desde que la vio había pensado que se trataba de una putilla de Europa del Este.

—Lo que a ti no te importa —respondió. Anna estaba mucho más buena que la zorra del baño. Quizá se prestaría a tener un momento de *distracción*, mientras su novio estaba vigilando la entrada. Como si le acabase de leer la mente, torció los labios en una desagradable mueca.

—No, lo que a mí me importa es que la policía ha llenado la calle por culpa tuya y de tu amigo el tuerto.

En realidad, el Cebra no era tuerto; simplemente tenía un ojo, el izquierdo, a la virulé. Óscar pensó si lo del ojo y su apodo tendría relación, aunque no se le ocurrió cómo.

—Está muy feo que los invitados no deseados se quejen de cómo marcha la fiesta —replicó, en un alarde inesperado y poco habitual de ingenio—. ¿Por qué no te quejas a tu puto noviete, y no me tocas las pelotas?

La mueca de Anna se convirtió en una leve sonrisa que Óscar hubiese deseado borrar de una hostia, pero se contuvo. Si salían bien de todo esto, primero se encargaría de Manu, y luego de esa putita. Iba a gozar como nunca esa perra. «A ver cómo te ríes con la boca llena, puta».

Joder. Con la puñetera conversación se había olvidado de la otra, como le recordó el sonido de la cisterna al vaciarse. Empujó la puerta del baño y entró, con la esperanza de pillarla aún con las bragas bajadas. No fue así, aunque la mujer puso una cara de sorpresa y de miedo que le resultó divertida.

—¿Quieres salir con vida de esto? —preguntó, acercándose más hacia ella—. Pues entonces mejor que me trates bien,

¿entendido?

No respondió. No hacía falta. La situación de poder que tenía sobre ella era más excitante que el propio hecho de tocar su piel. Cuando empezó a introducir la mano izquierda por debajo de su vestido, soltó un pequeño gemido que fue acallado con rapidez cuando Óscar puso el cañón del revólver en su boca.

—¿Por qué no chupas un poco esto, zorra? Así te vas preparando para luego.

—Parece que no eres consciente de la situación, gilipollas. — Óscar notó algo duro apoyado en su espalda. No tuvo duda de que se trataba del arma de Manu, dado que era su voz la que escuchaba. Se aguantó las ganas de darse la vuelta y enfrentarse a él; estaba en una situación de clara desventaja—. Acompaña a la señora al vestíbulo antes de que se me acabe la paciencia.

«Voy a matarte, hijo de puta. Lo juro».

—Con tu putita al lado, seguro que tú no tienes estas necesidades —dijo, con más serenidad de la que sentía.

—Ahí tienes al Cebra. Seguro que os lo pasaréis muy bien.

Óscar apretó el puño, impotente. Ya tendría la oportunidad de hacérselo pagar, pero en ese momento no tenía más opción que tragar. Bajó el revólver y agarró a la mujer del brazo, con mucha más fuerza que antes. Esa ronda la había perdido; el juego aún no estaba decidido.

Cuando entraron de nuevo en el vestíbulo, el aspecto de la mujer —con la cara manchada por el rímel que las lágrimas habían licuado—, hizo que todos le mirasen de una forma que casi fue como una bofetada. Envidiosos hijos de perra. Se acercó hasta el grupo de clientes y soltó a la mujer en el suelo,

de mala manera.

—El próximo que quiera ir al baño, que se lo piense dos veces —dijo, con una voz que hacía pensar que su intentona había culminado en éxito.

—¡Malnacido!

La puta vieja. ¿Es que no podía estar en silencio?

Sin mediar palabra, fue hacia ella. Cogió el gastado bastón y, antes de que nadie pudiera siquiera darse cuenta de lo que ocurría, descargó un fortísimo golpe en la cabeza de la anciana, que cayó al suelo. El bastón quedó casi partido por la mitad.

La vieja no tuvo tanta suerte. Tras unos cortos pero intensos espasmos, quedó quieta, en silencio. «Por fin se va a estar calladita».

Inmediatamente después, apuntó su arma hacia Manu, que se disponía a hacer el mismo movimiento.

—Mejor te estás calmadito, vaquero. Si los de ahí afuera escuchan otro disparo, entrarán como el séptimo de caballería. Baja la puta pistola y dedícate a pensar en cómo sacarnos de aquí.

El Cebra estaba con los ojos abiertos como platos, lo que resultaba bastante desagradable. Óscar, por otro lado, comenzó a sonreír. Volvía a tener el control. Manu bajó la pistola, consciente de la veracidad de la afirmación que acababa de escuchar, y se dirigió a Anna.

—Cielo, acércate al teléfono. Ese de ahí. No tardará en sonar.

Como si se hubiese tratado de una profecía, en ese instante un pitido surgió del, hasta entonces inerte, aparato.

—¡Tíos, nos van a colgar por esto!

El Cebra estaba más zumbado de lo que pensaba. ¿Y él había puesto su fe en que escaparían del país gracias a ese patético hombrecillo? ¡Qué gilipollas era!

Ignorando la exclamación del Cebra, Anna descolgó el aparato sin decir nada. A Óscar le hubiera encantado saber qué le estaría diciendo la policía —pues resultaba obvio quién estaba llamando— a una, en apariencia, impávida Anna. Menos de cinco minutos después, y sin haber llegado a abrir la boca, colgó de nuevo el teléfono. Manu se acercó a ella, que empezó a susurrarle algo al oído.

—¡Tu puta madre, Manu! —gritó Óscar, pronunciando el nombre de su compinche sin darse cuenta, de lo enojado que se encontraba por estar siendo excluido. Manu sí que se percató de ello.

—Están intentando ganar algo de tiempo, en lo que llega un negociador —explicó. Luego, poniéndose más cerca de él, dijo —: Si vuelves a usar el nombre de alguno de nosotros, te mato.

Había metido la pata, lo reconocía. Ahora bien, el *hijoputa* iba a arrepentirse de aquella amenaza. Iba a pagar por esa superioridad de la que el mariconazo presumía. En ese instante se dio cuenta de que faltaba algo.

—¿Y esa jodida mochila que llevabais?

—Si no te lo digo, ¿vas a meterme un tiro, gilipollas? —dijo Manu, con la esperanza de que el otro no fuera tan estúpido como para hacerlo.

—¿Has atracado más bancos? —preguntó el Cebra en ese momento, desconcertando a ambos.

—¿Qué gilipolleces dices? —escupió Óscar. El otro se encogió de hombros.

—Sabía que la policía iba a llamarnos. Y sabía cuándo.

Ese puto tarado del Cebra tenía razón. Era lógico pensar que se pondrían en contacto con ellos, pero el hecho de saber cuándo implicaba un conocimiento del que, por lo menos él, no disponía. Seguramente, con un poco de investigación hubiera llegado a descubrirlo. La cuestión era por qué Manu conocía esa información. Se suponía que iba a ser entrar, robar y salir.

Hostia puta. La cabeza empezaba a dolerle como nunca.

—Me voy al baño. —Ante la cara de sus socios, añadió—: A cagar.

Ya delante del espejo, con el pasamontañas quitado —le parecía llevar días con él puesto—, Óscar se refrescó un poco. También aprovechó para sacar la pequeña petaca que llevaba, de la que dio un largo trago, y la bolsita que le había vendido el moro en la cafetería. Quería guardarla para luego, cuando el trabajito hubiese acabado y estuviese dándose un homenaje con alguna zorra, pero no le vendría mal despejarse un poco las fosas nasales. Joder, a esas alturas ya tendrían que estar a medio camino del quinto coño, y no sitiados por la poli. Menuda puta mierda de día. E, incluso si lograban escapar, tampoco es que se hubieran forrado.

La imagen de la mochila de Manu apareció en su mente. Él y su putita estaban abajo, con el director, abriendo por lo menos una de esas cajas. ¿Qué cojones se habían llevado? Lo averiguaría, eso seguro. Y después acabaría con esas miserables ratas; con los tres.

¡No, coño! Lo primero era salir de allí sano y salvo. Ya tendría tiempo después de poner las cosas en su sitio. Dio un nuevo trago a la petaca y se la guardó.



Cuando regresó al vestíbulo, dispuesto a enterarse de la ubicación de aquella puta mochila, la cosa estaba bastante jodida.

# TARDE

—¿Qué coño pasa aquí?

Tanto los empleados del banco como los clientes se encontraban de pie, y uno de ellos —un hombre delgado y de cierta edad— hablaba acaloradamente con Manu. El Cebra, como era habitual, estaba recorriendo de manera errática el vestíbulo con la cabeza gacha.

Todos parecieron ignorar su presencia. ¿Qué se habían creído esos hijos de puta? Se acercó, revólver en mano, y repitió la pregunta con un tono de voz mucho más fuerte.

—¿Que qué pasa? —fue Manu quien decidió responderle—. Pasa que, por culpa tuya, estos piensan que no nos atreveremos a disparar. Eso pasa.

«¿Ah, sí?».

Óscar hizo un ademán, para que el Cebra se acercara hasta donde estaban. Una vez allí, sacó la pistola que había obtenido del difunto guardia de seguridad y se la puso en la mano.

—Te has cargado a ese segurata —dijo, señalando el cuerpo—, así que no creo que quieras que te metan en chirona. Seguro que te lo iban a hacer pasar muy mal.

El Cebra, sin saber muy bien hacia dónde iba la conversación, asintió con ansiedad. Óscar continuó.

—Si uno de estos hijoputas intenta salir de aquí, métele un tiro, ¿de acuerdo?

El desconcierto que se pintó en la cara de Manu le animó. También el Cebra parecía confuso, con un arma de nuevo en

sus manos. En cuanto a Anna... ¿dónde se encontraba esa putita?

—Espero que sepas lo que estás haciendo. —Manu avanzó hasta la puerta de entrada y echó un somero vistazo al exterior —. La cosa se está poniendo fea.

Difícil saber si la enigmática frase se refería a la situación que estaba ocurriendo en el interior o, por el contrario, Manu hablaba sobre el asedio que estaban sufriendo. Joder, si hubiera podido tirarse a la zorra cuarentona, seguro que ahora estaría algo más tranquilo. Pero no, Manu y su putita tenían que estar jodiéndole todo el rato.

—¿Dónde está tu amiguita? —preguntó al fin Óscar. Manu no se dignó en observarle.

—Haciendo lo que a ti no te importa.

Ya estaba hasta los cojones de las maquinaciones de esos dos. ¿Por qué coño no habría decidido a realizar el golpe él solo? No necesitaba a ese par de capullos para nada.

Unos pasos indicaron la reaparición de la chica. La zorra, que llevaba la mochila a cuestas, hizo un leve gesto con la cabeza en dirección a Manu antes de dejarla en el suelo, a sus pies. «¡Ya está bien de joder, hostias!»

—Vigila a Manu —le susurró Óscar al Cebra, poniendo mucho cuidado en que el otro no se percatara. El Cebra, más lúcido de lo habitual, se desplazó lentamente hacia su objetivo. Mientras tanto, Óscar caminó hasta ponerse junto a Anna.

Estaba a punto de sacar el revólver y apuntar a la putita cuando, de repente, Manu se puso a hablar.

—¿Querías saber lo que había en la mochila? Ábrela.

El ofrecimiento le pilló fuera de juego. Sin pensárselo mucho, se agachó y abrió la cremallera.

«¡Su puta madre!».

Allí había dinero. Mucho dinero. Un jodidamente grande montón de dinero.

—Un regalo del director —dijo—. Eso es lo que hacíamos ahí abajo.

Incluso dividido en tres, o en cuatro, partes, le tocaría una buena tajada. Cogió uno de los fajos de billetes de cien y se los llevó a la nariz, como si esperase que un olor embriagador saliera de ellos.

«¿Dividirlo con estos hijos de puta? Antes me corto las pelotas y me las trago».

—¿Por qué coño no lo habías dicho antes, joder? —Levantó el fajo, mostrándoselo al Cebra, que hizo un extravagante gesto de victoria—. Las cosas no se habrían puesto tan jodidamente tensas.

—Lo digo ahora —replicó—. Y no te emociones tanto; recuerda que tenemos a un par de docenas de policías esperando conocernos en persona. Creo que podremos salir ilesos de aquí, pero tanto tú como él tendrías que hacer lo que vaya diciendo, cuando lo vaya diciendo.

«Una puta mierda para ti».

—Sin problema. Tú pide, y nosotros obedeceremos.

El Cebra asintió moviendo casi medio cuerpo. La visión del dinero le había puesto visiblemente nervioso, y Óscar se preguntó si sería sensato que continuara portando el arma.

De nuevo sonó el teléfono, y solamente el seguro de la

pistola que llevaba el Cebra —y a que éste no se había dado cuenta de quitarlo— impidió que saliera volando en mil pedazos. Estaba claro que no había sido una buena idea armar a ese jodido gilipollas de mierda.

—Cógelo —ordenó Manu, mirando a Óscar—. Te soltarán una larga parrafada; ni caso. Cuando terminen, pide unas pizzas. — Echó un vistazo a la gente que se encontraba en el vestíbulo antes de finalizar la frase—. Diez. Y doce refrescos de Cola.

«¿Ahora era el puto camarero?»

—Diga —dijo, tras levantar el aparato. Se dio cuenta de que aquello había sobrado nada más decirlo. En efecto, como Manu le adelantó, el hombre que había al otro lado comenzó una conversación, o más bien un monólogo, intentando convencerle de que soltaran las armas y salieran con las manos en alto. También le preguntaron sobre cuántos eran ellos, a cuántas personas tenían retenidas y si había gente herida. Miró los cuerpos del guardia y de la puta vieja, tendidos e inmóviles en sendos charcos de sangre, ya coagulada.

—Diez pizzas —aprovechó que le preguntaban por sus exigencias para hacer el pedido, aunque lo cierto es que no tenía mucho apetito—, y doce refrescos. Y como el repartidor sea un puto poli, me lo cargo a él y a uno de los rehenes, ¿me he explicado?

La conversación se cortó al instante, y Óscar se quedó mirando el ahora mudo auricular, atónito.

—Muy bien —dijo Manu en tono sarcástico—. Ha sido brillante por tu parte el amenazar con matar gente. A los polis les encanta eso.

—¿Y por qué cojones no has hablado tú, maricón?

—Llamarán en un rato —siguió diciendo, ignorando la pregunta—. Espero que esta vez seas más diplomático.

—¡Sí, tío! —exclamó el Cebra, moviendo los brazos como un cantante de *rap* emporrado—. ¡Tenemos hambre!

Cada vez le dolía más la cabeza de escuchar las gilipolleces del Cebra. Si había alguna posibilidad de que le perdonara la vida, y a se había esfumado. Otro gilipollas menos en el mundo.

Los putos polis se hicieron de rogar; hasta media hora después no volvió a sonar el teléfono. Lo cogió sin responder, esperando a que fueran ellos quienes comenzaran la conversación.

—¿Está más dispuesto al diálogo? —dijo la voz, al otro lado de la línea.

—Sí. Quiero que me traigan diez pizzas y doce Colas.

—Hablando se entiende la gente. Aunque me temo que nosotros también queremos algo.

Miró hacia el Cebra, y luego al *hijoputa* de Manu. Aguantó el impulso de amenazar de nuevo.

—¿Y qué es?

—Como gesto de buena voluntad —respondió la voz, con un tono paternalista—, nos gustaría que dejaran salir a los rehenes.

Esa sí que era buena. ¿De verdad se creían que iba a liberar a los rehenes? ¡A tomar por culo! Manu movió el brazo para llamar su atención, y levantó los dedos índice y corazón.

—Liberaré a dos. Lo tomas o lo dejas.

Hicieron una pausa, aunque en esta ocasión la comunicación no se cortó.

—Dos ahora, y otros dos cuando llegue la comida. Ese es el trato.

Manu hizo un gesto de afirmación con la cabeza. ¿Cómo cojones podía saber lo que le estaban diciendo?

—De acuerdo.

Colgó el teléfono. Esta vez sería él quien interrumpiera la conversación. ¿Qué se creían esos hijos de puta? ¡Él era quien tenía el control de la situación!

¿O no?

—Señoras, caballeros —comenzó a decir Manu, extendiendo teatralmente los brazos—, algunos de ustedes van a salir en breve. Esto les servirá como garantía de que no tenemos interés en hacerles daño alguno, si no dan problemas.

Seleccionó a uno de los clientes —el alfeñique con el que se había enfrentado antes— y a uno de los empleados, un chaval que no aparentaba más de veinticinco, a pesar de vestir como un tío de cincuenta. Hizo que se levantaran y, junto a ellos, se acercó al Cebra.

—Ve a la puerta, asegúrate de que no hay policías cerca, y después deja que se vayan.

El Cebra no terminaba de entender bien lo que pasaba —¿y cuándo lo hacía?—, cosa que no era de extrañar en esta ocasión, porque Óscar aún no había comentado nada sobre las exigencias que recibió por teléfono. «Es imposible que lo haya escuchado. ¿Cómo cojones...?»

—No se arriesgarán a entrar, incluso cuando descubran que hay dos muertos —le dijo Manu a Óscar—. Y traerán la comida, te lo aseguro. De todas formas, es mejor que nos alejemos de las ventanas.

La pasma iba a cabrearse mucho al saber lo del guardia de seguridad y lo de la vieja. Joder, lo que daría por una copa en condiciones. Su petaca estaba casi vacía, y quería reservar el final para más adelante. Tenía que haber aprovechado el pedido de pizzas para solicitar un par de botellas de coñac. Ahora iba a resultar bastante difícil conseguir más concesiones.

Apenas veinte minutos después de la liberación de los primeros rehenes, el sonido del teléfono inundó otra vez la amplia sala. Óscar lo cogió, sin esperar a que Manu le diera la orden.

—Sí.

—Tenemos su pedido.

«Bien. Por lo menos, comería un poco».

—...pero nos hemos enterado de lo que ha pasado ahí dentro. Queremos que liberen a cuatro rehenes más a cambio de la comida y la bebida.

Ya está. Le habían tocado demasiado los huevos.

Soltó el auricular y fue hacia una de las empleadas, la más joven. La agarró del brazo y, casi a rastras, se encaminó hacia la puerta de entrada. Una vez allí, apuntó a su cabeza con el revólver, y puso el dedo sobre el gatillo.

—¡Hijos de puta! ¡O traéis las putas pizzas, o le hago un agujero en su jodida cabeza! ¿Me habéis oído?

No aguantaba más. La cabeza le iba a estallar, y estaba jodidamente cansado de aguantar las gilipolleces de sus compañeros y ahora las de la policía. Puso el revólver detrás del hombro de la mujer y, tras girarla hacia la izquierda —no era tan estúpido como para cargarse el cristal de la puerta de entrada— disparó. Al angustioso grito de dolor proferido por la



mujer se unieron los murmullos que provenían del resto de rehenes, y puede que de los tres capullos con los que iba. Así todos sabrían que iba en serio. Desde luego que sí.

—¡Deje de disparar! —La voz que retumbaba por la megafonía parecía más suplicar que ordenar. Bien. Soltó a la joven, que cayó al suelo inconsciente por el dolor, y se volvió hacia Manu, el jodidamente autoproclamado líder del grupo.

—¿Has visto? Así es como se manejan estas cosas. Coge tus modales refinados y tu educación, y métetelos por el culo.

No respondió a la provocación. En lugar de eso, se quedó mirando al resto de rehenes, pensativo. Luego se colocó junto al teléfono y colgó el auricular, que se encontraba colgando desde que Óscar tuviese este último arrebato de furia. En unos segundos, sonó de nuevo.

—Tú mismo. —Manu se alejó, dejando en Óscar la elección de si coger o no el teléfono.

—Hijo —fueron las primeras palabras que salieron de su invisible interlocutor—, no empeores la situación.

—Pues empeorará mucho más si no dejas de tocarme los cojones, jodido poli de mierda. ¡Trae esas pizzas!

Colgó el aparato, algo más calmado. No pasaron más de cinco minutos hasta que un chico apareció con un carrito y llamó a la puerta, sin dejar de observar a la sangrante mujer que se encontraba al otro lado de la misma, dentro de aquel vestíbulo que se estaba convirtiendo, poco a poco, en un cementerio.

# NOCHE

Empezaba a oscurecer en el exterior, aunque las balizas de los coches patrulla permitían observar la calle con la misma claridad que si fuese pleno día. Puede que como el día del Juicio Final.

El silencio se había adueñado del lugar desde hacía varias horas, poco después de que terminaran de comer las pizzas y beber los refrescos. Manu y Anna estaban juntos, en una de las esquinas del vestíbulo; el Cebra, cansado de tanto pasear, se había apostado en una de las columnas, sin dejar de vigilar a los rehenes —y a solamente cuatro—.

Óscar estaba nervioso. Muy nervioso. La petaca vacía se hallaba en uno de los mostradores, tras él. La sed resultaba casi insoportable, y notaba cómo su cabeza palpitaba con fuerza por encima de las fosas nasales.

—¿A qué cojones estamos esperando? —preguntó, dirigiéndose a Manu. Él se encogió de hombros.

—Paciencia.

«Una mierda, paciencia».

Ya era la tercera o la cuarta vez que usaba esa puta palabra. ¿Cómo iba a tener paciencia? Los polis les asediaban, los rehenes habían comenzado a hacer sus necesidades en la sala, él estaba rodeado de incompetentes y de gilipollas, y además la cabeza le dolía horrores. ¡Joder, si ni siquiera podía tomar una jodida copa!

Sin previo aviso, Anna se agachó y agarró la mochila.

—¿Dónde coño crees que vas?

—¿Quieres quedarte aquí para siempre? —respondió, en un tono que desagradó mucho a Óscar—. Tengo que preparar nuestra salida.

—Pues ya puedes dejar el puto dinero ahí, o te juro por Dios que os mato a ti y al hijoputa de tu novio.

Algo que, de todas formas, haría.

Anna miró a Manu, que hizo un enigmático gesto. Tras ello, la chica dejó otra vez la mochila y salió del vestíbulo, echando una última y fulminante mirada a Óscar.

—¿Cuál es el plan para salir? —Miró a Manu, esperando una respuesta. No parecía que el otro estuviese dispuesto a contar nada, así que se colocó a su lado y levantó el arma, en un intento de intimidarlo.

—Hasta ahora, has tenido suerte —dijo Manu, sin molestarse en sacar su pistola—. ¿Crees que seguirás teniéndola mucho más tiempo? Si disparas ese revólver, esto se va a llenar de polis, y lo sabes.

Lo sabía. ¿Lo sabía? ¡Qué cojones! ¡Ya había disparado a la otra puta, y lo que consiguió fue un carro lleno de comida! ¡Y ya estaba hasta los cojones de la chulería de ese hijo de la gran puta!

Disparó. La bala atravesó el cuerpo de Manu, cuya expresión de incredulidad no se desvaneció hasta que, tras un instante de vacilación, se desplomó en el frío suelo de mármol.

—¿¡Tío, qué coño has hecho!?

—Vigila que esa putita no regrese —dijo, mientras procedía a recoger el arma de su compañero. Aprovechó para realizar un

registro de sus bolsillos y se encontró con algo que no esperaba.

—¿Qué es eso, tío? —El Cebra se puso casi de puntillas para observar lo que acababa de hallar. Óscar tampoco estaba seguro del uso que ese aparato podía tener, pero su instinto, o su sentido común, le exhortó a no apretar el botón rojo protegido por una tapa de plástico.

—¿Qué está pasando ahí dentro? —La esperada reacción de la pasma había llegado. El movimiento comenzó a hacerse frenético, por lo que pudo deducir dado el ruido de la calle, aunque desde su posición no podía observarla. Tenía que buscar a esa putita, obligarla a ayudarlo y tal vez, si se portaba bien, dejaría que se marchase con vida.

Por el momento, el problema era dejar el vestíbulo. En cuanto salieran, los rehenes no tardarían en abandonarlo, y eso supondría la entrada en masa de agentes uniformados con ganas de justicia.

—Quédate aquí, Cebra. Vuelvo enseguida.

«Jódete bien, gilipollas».

Con su revólver en la mano derecha, y la pistola en la izquierda, salió del vestíbulo en dirección al pasillo. No sabía hacia dónde podía haber tirado la pequeña zorra, pero no podía andar muy lejos, así que seguro que habría escuchado el disparo.

—¡Zorra! ¡Si no quieres acabar como tu novio, más vale que vengas!

Escuchó un ruido que parecía provenir del despacho del director. Con cuidado, se acercó a la puerta.

—¡O salimos los dos, o no saldrá nadie! —gritó. Sonó un

disparo, y una bala atravesó la puerta, a escasos milímetros de su cara. «¡Hija de puta!»

De una patada abrió la puerta, y empezó a disparar a ciegas con ambas armas. El grito de la chica le informó de que al menos algún impacto había recibido.

—¡Suelta esa puta arma! ¡Lo único que quiero es salir de aquí!

Entonces se fijó que una pequeña pistola y a se encontraba tirada en el suelo, junto a unas cuantas gotas rojas. Sí, seguía teniendo suerte, a pesar de las últimas palabras de aquel *hijoputa*.

—Cabrón de mierda...

—Un cabrón que está armado, zorrita. —Se acercó con tiento, recordando el patético final del director de la sucursal—. Levanta las manos, pero y a.

Obedeció a duras penas. Una creciente mancha roja se formaba en una de sus mangas, delatando el lugar en que había recibido el impacto. Despacio, se levantó y se encaró con él.

—¿Le has matado? —La pregunta iba cargada de rencor y de pena.

—Ya te buscarás otro chulo.

—¡Era mi padre, hijo de puta! —gritó, mientras se quitaba el pasamontañas y lo arrojaba al suelo.

Joder, eso sí que resultaba inesperado, aunque en realidad le importaba una mierda. Óscar se guardó una de las armas y usó esa mano para sacar el artefacto que había recuperado.

—¿Qué coño es esta mierda?

—Con lo estúpido que eres, me sorprende que no nos hayas

hecho volar por los aires a todos —respondió, con lágrimas en los ojos. Su forma de hablar era un intento infructuoso de esconder el pesar que sentía. Para Óscar, que Anna fuese la novia, la hija, la hermana o la prima de Albacete del estúpido de Manu resultaba totalmente indiferente en esos momentos.

Tenía un detonador en la mano.

—Mira, putita, no tengo tiempo para tus juegos. Cuéntame de una jodida vez de qué va todo esto.

—¿Aún no te has dado cuenta? Mi padre había organizado todo esto para robar el dinero de la caja de seguridad. Se había enterado de que un importante narco había guardado esa pasta aquí, en la caja 32.

—¿Y cómo demonios...?

—¿Cómo? A través de sus confidentes, claro. ¡Te has cargado a un poli, hijo de puta!

¿Manu era un jodido poli? Eso explicaba su conocimiento acerca del procedimiento policial durante el asedio.

—Lo malo fue —siguió diciendo Anna— que el director resultó bastante reacio a permitirnos el acceso hasta las cajas. Tuvimos que darle una buena paliza para lograrlo, y eso lleva su tiempo. Por eso llegaste antes de que termináramos y subiésemos de nuevo.

»Mi padre tenía previsto activar la alarma silenciosa y hacer volar el edificio. El caso hubiera quedado como el de dos atracadores sin suerte. Y nosotros habríamos desaparecido por la salida de emergencia minutos antes, sin dejar rastro de nuestra visita. Entonces viniste tú contándonos que el idiota de tu amigo se había cargado a alguien de un disparo.

»Al principio del asedio, y con la excusa de cerrar los accesos

a las plantas superiores, me llevé la mochila, que contenía una buena cantidad de explosivos, y los fui colocando en puntos estratégicos del edificio. Justo para que se derrumbara espectacularmente al irnos. Algo que no podíamos hacer hasta que empezase a oscurecer, claro está. El único error que cometió fue involucrar a dos descerebrados como vosotros.

—¿Por dónde se llega a la puta salida de emergencia?

Anna no respondió, así que Óscar tuvo que hacer algo para motivarla. Sin repetir la pregunta, le soltó un puñetazo con la mano en que portaba su arma. Escuchó el inconfundible sonido de dientes rotos mientras la chica se estampaba contra la pared de la oficina. Luego, la apuntó al pecho.

—Te aseguro que me lo vas a decir, por las buenas o por las malas. Tú decides.

—Abriendo la segunda puerta, a la izquierda —dijo, no con muchas ganas—, verás una puerta doble. Tras ella, al fondo de otro pasillo, está la salida de emergencia.

Apretó tres veces el gatillo, para asegurarse de que la pequeña putita no se levantaría más. El sonido alertaría al Cebra, aunque era poco probable que dejara su puesto de inmediato. Y cuando quisiera hacerlo, estaría jodidamente muerto.

Soltó el revólver, y también dejó allí la pistola. Si algo no salía bien —cosa poco probable—, no quería acabar como un colador por apuntar a veinte polis. Sostuvo con fuerza el detonador y siguió las instrucciones de Anna hasta que llegó frente a la puerta de emergencia. Unos pasos más y sería libre.

Había, sin embargo, una cuestión que le preocupaba.  
¿Cuándo cojones tenía que usar el detonador? ¿Mientras estaba

aún dentro, o una vez hubiera salido? Seguramente habría varios policías vigilando ese acceso, y se chocaría contra ellos nada más salir. Por otra parte, usar el detonador podía suponer que todo el edificio se le viniese encima. Hostia puta, tenía que haber mantenido más tiempo con vida a la jodida hija de Manu.

Contra toda lógica y razón, tomó la decisión de pulsar el botón antes de salir. Y, también contra todo pronóstico, hizo lo adecuado; las cargas estaban preparadas para explotar secuencialmente, no a la vez, y la primera explosión logró que la atención de la policía se centrara en la parte delantera del edificio. Cuando Óscar salió, nadie le impedía el paso.

Se parapetó tras el contenedor que había visto por la mañana. Sería una putada salir sano y salvo, y que un escombros impidiera, *in extremis*, su fuga. Desde esa posición fuera de peligro, observó cómo el mastodóntico edificio iba desmoronándose por partes.

También vio otra cosa: los rehenes estaban saliendo de allí. ¿Y el jodido Cebra? Lo más seguro era que le hubiesen atacado entre todos, y estaría muerto o inconsciente. Puede que fuese tras él, al ver que tardaba o al escuchar los disparos, pero ya era demasiado tarde para que escapara con vida de aquella trampa. Fuera como fuese, pensó mientras se quitaba el pasamontañas y lo arrojaba al interior del contenedor, no quedaba nadie que pudiera incriminarlo. Se maldijo al darse cuenta de que el dinero —su dinero— se encontraba también en el vestíbulo, y ahora sería pasto de las llamas. Puta mierda. Recordó que el fajo de billetes de cien que había cogido de la mochila, cuando el hijo de puta de Manu decidió que ya era hora de mostrarle el botín, nunca regresó a su lugar de origen; se hallaba ahora en uno de sus bolsillos. Suficiente pasta como para darse un merecido homenaje.



La última explosión fue devastadora. De no ser por su parapeto, es seguro que habría sido alcanzado por uno de los miles de pedazos en que se quedó convertido el edificio. Algo, que podía haber formado parte de una mesa de madera, cayó dentro del contenedor, en llamas.

Y, cuando ya se disponía a abandonar el lugar, sonó una detonación. Su mente regresó a aquella mañana, al momento en que decidió dejar un puñado de balas en aquel contenedor. Dado que las explosiones dentro del edificio habían finalizado, tanto la combustión de la pólvora como la bala rebotando dentro del contenedor llamaron la atención de, como poco, la mitad de los uniformados hijos de puta.

—¡Arriba las manos!

Estaba jodido. Bien jodido. Aunque, por lo menos, estaba vivo e indemne.

Hubiera seguido así de no ser porque otra bala más fue alcanzada por el calor de los tablones en llamas. Nada más escuchar la detonación, decenas de proyectiles volaron en su dirección.

—¡Estoy desarmado, jodidos hijos de...!

## EPÍLOGO

Óscar abrió el periódico y le echó un somero vistazo antes de tirarlo sobre la arena. Los medios aún seguían mencionando los hechos de aquel día, aunque el atraco apenas se resumía en tres o cuatro líneas. Ni siquiera hablaban de él, sino que todo el mérito se lo atribuían al Cebra. ¡Coño! ¿Alguien podía pensar en serio que ese zumbado era el artífice de todo?

La verdad es que sentía cierta envidia del drogadicto bizco, ahora encerrado en prisión por algunos crímenes que había cometido y por otros muchos que no. Porque sí, habían atracado un puto banco y se habían cargado a unas cuantas personas, pero todo lo que se habló sobre aquellos otros asesinatos, las drogas y todo lo demás era totalmente ajeno a ellos. El Cebra, por supuesto, fue incapaz de mantener la suficiente coherencia para ser creíble durante el juicio; entre su estupidez innata y los daños cerebrales causados durante su huida al saltar por una ventana de la segunda planta, solo le faltaba un rótulo que pusiera «y o lo hice todo» para parecer más culpable.

Culpable, sí, aunque también famoso durante bastante tiempo. ¡Joder, si iban a hacer una película sobre el atraco y su personaje sería el protagonista! ¡Putá mierda!

—Nena, ponme otro ron —dijo, chasqueando a la vez los dedos de la mano derecha sobre la barra del chiringuito. La única mano que tenía la capacidad de usar, de hecho, pues a pesar de lograr escapar con vida del tiroteo que se originó a su salida del banco y huir del país antes de poder ser identificado, las secuelas le acompañarían el resto de su vida. Era un inútil, o así se veía, que no podía usar medio cuerpo.

«Pero mi cabeza sigue intacta», pensó. No le quedaba mucho del dinero con el que llegó a la isla, cosa bastante normal dada la pequeña cantidad y el mal uso que le había dado. Sin embargo, ya tenía planes para conseguir más; para lograr vivir el resto de su vida rodeado de lujos, mujeres, bebida y droga.

Lo único que le hacía falta era un par de socios. Alguien válido, no como los gilipollas que le habían acompañado la última vez. Gente que supiera obedecer órdenes –sus órdenes–, sin cuestionar nada, y que aceptaran de buen grado las migajas que él estuviese dispuesto a compartir con ellos. En aquella isla no era probable que encontrase personas así, aunque había escuchado hablar de un par de cabrones que podían ajustarse más o menos a sus necesidades.

La chica del bar, con una mueca de desagrado, colocó el vaso frente a él. Óscar no se fijó en su rostro, ya que su mirada estaba centrada varios centímetros más abajo. Cuando la joven se dio la vuelta, tomó el vaso y dio un trago. Echaba de menos los sol y sombras, pero en aquel puto lugar no había logrado tomar uno en condiciones.

Estaba seguro de que eso cambiaría. Sí, iba a volver a casa antes o después, y esta vez no sería un mindundi quien obtuviera el reconocimiento por sus acciones.

«Primero lo primero», se dijo tras apurar el vaso. Tenía que contactar con aquellos tipos y ver si merecían siquiera su atención. Cogió el bastón y, con lentitud y cuidado, se alejó del lugar sin que su cabeza dejase de maquinarse.



ÓSCAR F. CAMPORRO

**Rafa**







# MAÑANA

Rafa había dormido mal.

Como siempre.

La protuberancia de su ceja izquierda lo había martirizado desde las cuatro de la madrugada, hora en la que se había levantado para descargar la gran cantidad de alcohol ingerida la noche anterior. A partir del segundo vodka, el dolor disminuía hasta convertirse, tres copas después, en una ligera molestia que le producía más placer que punzadas. Sin embargo, esa primera meada que le despertaba de su insensible sueño le aliviaba la vejiga, pero le devolvía a la cruda realidad de tener que convivir con una presión continua en el lado izquierdo de su cara. Aun así, había vuelto a la cama, había enterrado su rostro en la almohada y había dejado vagar su mente en lo único que le hacía olvidar su mal: la pintura.

En efecto, Rafa pintaba.

Había montado un estudio en la otra habitación, aunque llamarlo estudio quizá no fuera muy acertado. En realidad, el desorden cundía por doquier: los cuadros, empezados o inmaculados, se mezclaban apoyados en las paredes; los tarros, botes, esponjillas, lapiceros, paletas, trapos, pinceles y otros utensilios se desparramaban sobre cajas de cartón, en maletines y por el suelo; y un buen número de telas, maderas, lienzos y cartones se desperdigaban en busca de algún hueco en el que posarse. Lo único que parecía en su lugar era el caballete situado de espaldas a la ventana. Aquella habitación, desde luego, representaba una perfecta escena naïf.

Allí Rafa se pasaba la mayor parte de su tiempo libre. Se



entretenía trazando líneas con sus lápices y aplicando colores con sus pinceles, a pesar del dolor que, a las pocas horas, le agarrotaba su mano derecha. Esos nudillos deformes, esos dedos retorcidos y la escasa movilidad de su muñeca no estaban preparados para delicadezas. Aun así, aguantaba el dolor y seguía pintando. Sobre todo, creaba composiciones que, en su mayoría, no guardaban parecido alguno con objetos reales. Pero esto no significaba que gozara de una gran inventiva y sensibilidad como pintor abstracto. Más bien, Rafa no tenía ni puta idea de pintar.

Pero le gustaba.

Tras la meada y después de rodar por la cama durante varias horas, más adormilado que consciente, la claridad que entraba por la ventana del dormitorio terminó desvelándolo.

Miró la hora.

Las nueve y veinte.

Recordaba vagamente que ese día tenía muchas cosas que hacer.

Se levantó y se vistió.

Pero no pensó en esas cosas porque, entre otras razones, las olvidaría en pocos minutos. Sin embargo, lo que sí sabía era que, durante el desayuno, anotaría esas cosas en su libretita. Así evitaba el enorme esfuerzo mental por recordarlas.

El desayuno.

En la cafetería de siempre.

De eso sí que se acordaba.

Aparcó su destartalado coche media hora después de salir de su casa.

En esa maldita ciudad no había forma de encontrar un hueco a salvo del afán recaudador de la autoridad local. En el mejor de los casos, la policía dejaba un papelito en el limpiaparabrisas; y en el peor, la grúa se encargaba de llevarse al depósito. Sin embargo, milagrosamente, Rafa había aparcado en un lugar que él creía correcto.

Se apeó y caminó los cien metros que le separaban de la cafetería Troismen. El bullicio de los clientes que abarrotaban el Troismen se sumaba al volumen de una televisión que emitía un programa de noticias de incesante parloteo. En un taburete frente a la barra, se acomodó con bastantes dificultades, puesto que su enorme corpachón, tanto en altura como en anchura, excedía en mucho el tamaño normal de un hombre grande.

A su izquierda había un hombre mayor; a su derecha, dos taburetes libres; y más a su derecha, un hombre de gesto hosco sentado en un taburete frente a una botella de coñac y otra de anís. Este último, aunque estaba sumido en sus pensamientos, de vez en cuando articulaba una palabra en voz baja: «hijoputa». Debía de formar parte esencial de su vocabulario incluso para comunicarse consigo mismo.

Rafa pidió lo mismo al mismo camarero de todos los días: un trozo de tortilla de patata, una cerveza, dos tostadas, un cruasán, un café con leche y un sol y sombra cargadito de coñac y rebajadito de anís.

El malcarado, tras beberse un sol y sombra, introdujo la mano en el bolsillo izquierdo del pantalón. Rafa lo percibió con el rabillo del ojo y, tras fijarse en la forma del bolsillo, supo que el objeto

que escondía era un arma. Lo miró a la cara, pero el tipo no lo miró a él. No todas las armas tenían por qué significar una amenaza para Rafa. Además, conocía a ese hombre. Sabía quién era: un tal Óscar. Se olvidó de él y sacó su libreta y su bolígrafo, pero no llegó a escribir nada, ya que un hombre se instaló en el hueco entre Rafa y Óscar. El recién llegado, tras ojear de nuevo a todo el público que atestaba la cafetería, se dirigió a Rafa.

—Tengo lo que me pediste —dijo el Musta.

—¿Cuánto es? —preguntó Rafa.

—Lo de siempre.

—¡Eh, Musta!... —les interrumpió el hombre de la cara crispada que se sentaba a su lado.

—Hola.

—Dame lo mío.

—Ahora estoy contigo, Óscar. Espera un momento.

—No espero nada.

—Dámelo —dijo Rafa.

—Musta, dame lo mío ya —exigió Óscar.

—No levantes la voz, joder.

—Te juro que como no me lo des ahora mismo...

—Coge el dinero —dijo Rafa, dejando un billete azul sobre la barra.

—¡Joder!... —dijo Óscar, que también dejó un billete igual sobre la barra—. Dame lo mío de una puta vez.

—Tranquilos, coño —dijo el Musta, se metió la mano en el

bolsillo trasero del pantalón y acarició la navaja. Después, colocó dos bolsitas en los mismos lugares en los que estaban los billetes—. Aquí tenéis —y se guardó el dinero—. ¡Joder, con las prisas! Me habéis quitado las ganas de desayunar. Me largo.

Rafa y Óscar se guardaron las bolsitas, y el Musta se marchó de la cafetería. Óscar lanzó una mirada muy agresiva a Rafa, pero este no la vio, ya que se había concentrado en su desayuno recién servido. Además, dos nuevos clientes cortaron el contacto visual al acomodarse en los dos butacones libres.

Rafa empezó a comer. Mientras engullía la tortilla, escribió en su libreta.

«Pintar».

«Ver a la zorra».

«Pintar».

«Ver al jefe».

«Pintar».

«Hacer la ronda».

«Pintar».

«Comer con mi madre».

«Pintar».

«Seguir con la ronda».

«Pintar».

«Ver a mi hija».

«Pintar».

«Seguir con la ronda».

«Pintar».

«Tomarme unos vodkas».

«Dormir».

A cada línea que escribía, mordía un trozo y daba un trago; así no se le olvidaba nada del programa del día. Repasó sus anotaciones y, después de varias lecturas, concluyó que, en efecto, tenía muchas cosas que hacer.

Iba a ser un día bastante movidito.

—¡Hombre, Rafa!... ¿Eres tú?

Se giró hacia esa voz a su derecha. Perteneecía a un hombre que vestía elegantemente con traje y corbata, no con las prendas desgastadas y cómodas de Rafa. Lo reconoció al instante, aunque habían pasado muchos años y muchas cosas desde aquellos tiempos.

Rafa, ¿eres tú?

—Sí.

—¡Claro que eres tú!... ¿Te acuerdas de mí?

—No.

—Sí, hombre, soy yo, Álex... De la facultad de Artes Visuales.

Rafa continuó masticando en silencio un gran trozo de tostada bañada en mermelada de fresa.

—Tu compañero..., tu compañero Álex... ¡Joder, Rafa, cómo no te vas a acordar! Pero si ganamos el concurso ese de pintura en nuestro segundo año.

Rafa se tragó la bola y se bebió la mitad del café con leche.

—¡Venga, Rafa! —continuó Álex, que estaba acompañado por otro hombre mucho más alto—. El profesor, ¡joder, y a no me acuerdo de cómo se llamaba!... Bueno, el profesor ese organizó un concurso de pintura realista en colaboración entre sus alumnos. Nos presentamos con un cuadro: ese paisaje en una campiña llena de árboles, nubes y niños... —Le observó su perfil izquierdo y continuó—: No puedo creerme que no te acuerdes.

Rafa ladeó la cabeza hacia él. La protuberancia de la ceja había adquirido un tono más rojizo del normal y un ligero aumento en su grosor.

—Casi no te reconozco con... —dijo Álex, y apuntó con un dedo a la cara de Rafa—, con eso. No..., no tiene buena pinta. ¿Estás bien?

Rafa agarró el cruasán con la mano y lo mordió por la mitad.

—El profesor ese —seguía el trajeado sin cesar— dijo que era un cuadro magnífico. Lo pintaste tú por entero; y yo solo te daba ideas allí en el estudio que tenías en la casa de tu madre. ¡Vaya si nos tiramos horas allí! Tu madre nos preparaba..., ¿qué era?... ¡Ah, sí!, unos bollitos de harina, leche, miel y canela. ¡Joder, qué buenos estaban!

Rafa se metió el resto del cruasán en la boca y, mientras lo masticaba, se bebió el sol y sombra de un solo trago. La mezcla ácida del licor y dulce del bollo le produjo una agradable sensación.

—Este tipo —le dijo Álex a su amigo tras darle un codazo— pinta de la hostia. A ese cuadro lo titulamos *La Campiña*. Bueno, en realidad fue Rafa el que le puso el nombre. Ese cuadro con todos esos niños y esos árboles y las nubes y esa luminosidad... podría parecer hortera. Pero te aseguro que no.

Ese lienzo era perfecto, coño — y silabeó—: perfecto. Las formas difuminadas de los objetos no tenían importancia para él, pero sí la luz, las sombras y la perspectiva. Era un cuadro evocador, emotivo, hermoso..., y yo tuve la suerte de verlo nacer. Para que te hagas una idea, nuestro profesor lo comparaba con las obras de la etapa madura de John Constable. ¡La hostia, yo tampoco he vuelto a ver nada igual. —Se giró hacia Rafa—. Y eso que trabajo en una galería de arte desde que terminé la universidad. Por cierto, no volviste a la universidad en el tercer año. ¿Qué te pasó?

Rafa sacó un billete y tres monedas. Siempre pagaba su desayuno con el importe exacto.

—¡Venga, hombre!... —dijo Álex, y le golpeó amistosamente el hombro derecho a Rafa— Dime que te acuerdas de mí.

El taburete de Rafa, al bajarse de él, se inclinó sobre dos patas, patinó sobre ellas, golpeó contra el mostrador y cayó encima de un perrito que, tumbado, olfateaba el suelo. Su dueño, un anciano, se sobresaltó al escuchar el aullido del perro; uno de los vértices del taburete le había abierto una brecha de la que salía un hilo de sangre. El anciano alzó al perrito y lo acunó entre sus brazos. El animal no se movía; parecía dormidito.

Rafa no se había enterado, y a que se encontraba de espaldas mirando a su excolega pintor. Este volvió a golpearlo en el hombro, ahora de forma menos amistosa.

—¡Coño, Rafa, ten más cuidado!

El resto de la clientela observaba los esfuerzos del dueño del animal por despertarlo. En cambio, el camarero continuaba con sus asuntos tras la barra como si fuera un empleado a tiempo parcial.

—¡Pobre perro, qué mala suerte! —dijo Álex.

Rafa se guardó su libreta y su bolígrafo en el bolsillo y echó a andar. Tres pasos después, notó una mano sobre su hombro derecho. Se volvió.

—Bueno, hombre, espera un momento. —Álex sacó una tarjeta de su cartera y se la alargó a Rafa—. Cógela. Si quieres exponer alguno de tus cuadros, llámame. Supongo que conservas *La Campiña*. Tráelo. Lo venderé sin problemas. Pon tú el precio que quieras y yo lo venderé.

El anciano susurraba al oído del perrillo y frotaba sus arrugadas mejillas contra la cabeza blanca del animal teñida ligeramente de rojo.

—Ahí están mis datos —dijo Álex, y le tendió la otra mano—. Llámame y hablamos.

Los dos brazos apuntaban a Rafa: con la izquierda, sostenía una tarjeta; y con la derecha, ofrecía un apretón. Tres veces le había puesto la mano encima de su hombro. Tres veces. Rafa no dudó en agarrar la mano abierta.

Se la agarró, sí.

Y la apretó.

Mucho.

Mucho más de lo que una persona educada estrechaba la mano a otra.

La aferró.

—Para, Rafa.

La estrujó.

—¡Suelta!



Los nudillos de la mano de Álex se montaron unos sobre otros.

—¡Suelta, ya, coño!

Los tendones se doblaron y los huesos crujieron.

—¡Para, para...!

El amigo de Álex, un hombre al que podría considerársele fornido, cogió las manos de los dos hombres e intentó separarlas. Esa acción fue muy estúpida: estúpida por inútil, y a que esa presa se soltaría exclusivamente cuando Rafa quisiera; y estúpida por arriesgada, y a que ese gesto podría ser interpretado como hostil. Así, precisamente, lo interpretó Rafa, que reaccionó a su manera: le dio una palmada en la cara con su mano izquierda. Al notar el impacto de la manaza en su cabeza, el hombre, que no esperaba tamaña respuesta, se trastabilló, perdió el equilibrio y cayó sobre una mesa ocupada por tres señoras que pretendían tomarse un té recién servido. Varios objetos saltaron por el aire, incluido el líquido casi hirviendo, que salpicó las manos, el cuello, la cara y la cabeza de las tres señoras. Sin embargo, la peor parte se la llevó el amigo de Rafa, y a que derramó una taza entera de té por su mejilla izquierda al chocar contra ella.

Y, mientras eso sucedía, el camarero de la barra continuaba con sus quehaceres.

—Por favor..., por favor..., suéltame.

Un murmullo fue elevándose paulatinamente por la cafetería hasta que, tras agarrar Rafa el hombro de Álex con su mano libre, se silenció.

La gente se calló.

A ver qué hacía ahora ese gigantón.

Y lo que hizo fue muy simple: clavó los gruesos dedos de su mano libre en la clavícula de Álex.

Con ganas.

—¡Joder..., para... ya!

Y Rafa liberó sus garras antes de que el hombre se desplomara sobre la manchita de sangre procedente de la herida de la cabeza del perrito.

La clientela había enmudecido. Solo los más valientes, un par de hombres sentados en el otro extremo de la barra, se atrevían a mirarlo a la cara.

A ver qué hacía ahora.

Y lo que hizo Rafa fue largarse de la cafetería caminando con normalidad.

Sin prisas.

Como si no hubiera sucedido nada. Pero sí había sucedido. Su ceja estaba machacando su cerebro como nunca a esas horas.

Unos segundos antes, había salido de la cafetería el tipo ese malcarado que incluía la palabra «hijoputa» en la mayoría de las frases que había susurrado cuando estaba hablando solo. Andaba por delante de él, pero Rafa no lo seguía; simplemente, coincidían sus caminos.

Conocía a ese tipo.

Claro que lo conocía. Sabía que el tal Óscar era el marido de la zorra, ese al que ella quería hacerlo desaparecer.

El tipo continuó hasta que se detuvo frente al acceso a un edificio de piedra y hierro, un banco que ocupaba una manzana

entera. Rafa lo adelantó y se olvidó al instante de él.

Cuando llegó a su coche, vio un papelito en el parabrisas. Ese hueco, según la autoridad local, no cumplía los requisitos para evitar multas. Agarró el papel, lo arrugó y lo tiró al suelo. Dentro del coche leyó su libreta.

«Pintar».

«Ver a la zorra».

Esa mujer iba a tener que esforzarse más de lo habitual para calmar el dolor de su ceja.

\*\*\*

Le abrió la puerta vestida tan solo con una prenda: un camisón blanco de seda que se veía antiguo pero en buen estado, a pesar de unas ligerísimas manchitas que salpicaban la parte delantera a la altura de su esternón.

Todos los lunes de los últimos dos meses, ella lo recibía así. El camisón le cubría los muslos, y si hubiera tenido algo de carne para rellenarlo, habría presentado un aspecto incluso atractivo. Sin embargo, su cuerpo seco y huesudo solo ofrecía ángulos rectos y aristas, hasta en esa cara de barbilla tan pronunciada como un puñal y de labios tan finos como el canto de una moneda. No obstante, no era su físico lo que apreciaba de ella, sino su actitud sumisa para hacerle disfrutar con acciones que ni siquiera las putas profesionales se atrevían a considerar. A esta, además, no la pagaba, aunque no cesaba de darle la lata con una propuesta.

La mujer se llamaba Eva.

Eva se apartó a un lado sin pronunciar una sola palabra de bienvenida. Él entró y se dirigió directamente al dormitorio.

Notaba cómo se acumulaba la sangre en su protuberancia hasta cubrir por completo su ojo. Se sentó en el borde de la cama sobre la colcha, perfectamente estirada, al lado de una toalla.

Eva se colocó de pie frente a él.

Alargó la mano. Muy despacio. Como si temiera ese primer contacto.

Acarició el derrame con el pulgar de su mano derecha, e inmediatamente Rafa cerró su ojo sano. Ella deslizó la yema del dedo a lo largo y ancho de la protuberancia con mucho cuidado de no exceder sus abultados límites. La piel, a cada segundo, se volvía más rojiza. Luego ella fue añadiendo el resto de sus dedos de uno en uno. La caricia, poco a poco, fue convirtiéndose en un masaje de efecto calmante y, a la vez, turbador.

Rafa abrió el ojo, recorrió la habitación sin observarla y, finalmente, la fijó en el rostro de la mujer. Ella no sonreía, no hablaba y no suspiraba; solo masajeaba ese pedazo de carne roja.

Rafa se desabrochó el cinturón, el botón del pantalón y la cremallera de la bragueta. Introdujo una mano. Liberó el escroto por encima del calzoncillo y agarró con una sola mano su miembro, un pene de dimensiones similares al resto de su corpachón. Luego se colocó la toallita sobre su regazo.

Cerró el ojo sano.

Alzó la cabeza hacia el techo.

Abrió la boca.

Y comenzó a agitar el miembro de arriba abajo, de dentro afuera y desde la base hasta la punta.

Ella, mientras tanto, solo tocaba el abultamiento con extrema suavidad, allí, de pie, semidesnuda y con ese camisón que marcaba los huesos de sus caderas y de sus hombros. Sin emitir ni un solo sonido.

Rafa aceleró sus movimientos, casi en perfecta sincronización con el bombeo de su corazón. Él sí comenzó a soltar ruidos: al principio, resoplidos; luego, gorjeos desde el interior de su garganta; y por último, intensos bufidos.

Cuando Eva percibió el final cercano, se aproximó a escasos centímetros de la cabeza de Rafa. Pequeños salivazos salpicaron el camisón a la altura del pecho. Ella se pellizcó el pezón de su seno derecho hasta endurecerlo.

Se aproximó aún más.

Él mantenía cerrados los ojos.

Y, cuando ella vio brotar el semen, presionó su erecto pezón contra la protuberancia.

Jamás lo había hecho anteriormente. En ese momento pensó que ese nuevo contacto sería del agrado del hombre, pero, más tarde, supo que se había equivocado.

Rafa, al notar ese roce inusual, abrió los dos ojos, aunque solo viera por el sano. El semen continuaba vertiéndose sobre la toallita a la misma vez que su saliva impregnaba el camisón. Ese leve contacto no le gustó. Y, por eso, reaccionó a su manera: propinó una bofetada a la mujer con la mano pringada en sus propios fluidos.

Eva cayó de culo y se golpeó la espalda con el armario.

—Perdona..., perdona...

Rafa se limpió con la toalla y se levantó.

—Perdona..., perdona...

Se abrochó el pantalón sin ni siquiera mirarla.

—Perdona..., perdona...

Eva se disculpaba desde el suelo. Sentía un dolor agudo en la columna vertebral producto del impacto contra el mueble, sentía el calor del semen en su mejilla y estaba despatarrada con el camisón arrugado por encima de las caderas. Mostraba su sexo. Pero Rafa no lo miraba; ni siquiera miraba a la mujer.

—Perdona...

Rafa salió del dormitorio y ella se incorporó con agilidad para ir tras él.

—¿Lo harás?... Rafa, por favor..., ¿lo harás?

Él caminaba hacia la puerta.

Rafa, ¿lo harás?... Dime que lo harás, por favor... Haré lo que tú quieras.

Abrió la puerta.

Ella lo seguía a un pasito por detrás, pero no se atrevía a tocarlo.

Él salió al pasillo y se alejó caminando. Ella se asomó al quicio de la puerta y dijo:

—Rafa..., vuelve..., por favor..., vuelve cuando quieras. No lo haré más... Vuelve. Haré lo que tú quieras... Vuelve.

Y dejó de suplicar en cuanto Rafa desapareció por las escaleras.

Ya en la calle, se dirigió a su coche.

«¿Lo harás?», había preguntado la zorra. No tenía respuesta

para ello; no porque no fuera capaz de matar a su marido, sino, simplemente, porque le importaba una mierda que su marido fuera un hijoputa.

Buscó otras respuestas en su libreta cuanto se montó en su coche.

«Pintar».

«Ver al jefe».

Hacia el garito de su jefe se dirigió.

# MEDIODÍA

Rafa aparcó enfrente de la puerta del Bar Titcoiled. No resultaba sencillo encontrar un hueco libre en ese polígono industrial atestado de naves con negocios de todo tipo. El más extraño de ellos en un lugar así era ese local que anunciaba copas y chicas en su letrero de luces de neón de color rojo.

Se disponía a tirar del pomo de la puerta metálica cuando escuchó una voz a su espalda.

—Rafa.

Se giró. Un hombre menudo de ojos menudos y pelo engominado se acercó a él.

—Marc.

—El jefe está muy cabreado. Tú tranquilo, Rafa. No abras la boca. Como siempre. Déjame a mí.

Rafa abrió la puerta y se coló por delante de Marc.

Un puñado de solitarios clientes se repartía por la amplia sala. No quitaban ojo de las tres chicas que, lánguidamente, se contoneaban alrededor de las barras de las tres tarimas levantadas a un metro del suelo. En el lateral, todos los reservados tenían las cortinas descorridas. A esa hora tan temprana, solo la gente muy rara acudía a un lugar como el Bar Titcoiled.

Un hombre se encontraba sentado al fondo en un banco en forma de media luna. Mientras Rafa se dirigía directamente hacia allí, Marc, caminando a paso vivo, utilizó un camino más largo, el que trascurría por delante de las tres chicas, a las que



dedicó unos morritos y unos guiños. Ellas, en cambio, continuaron su bamboleo sin corresponder a sus saludos.

Marc llegó unas décimas de segundo antes que Rafa.

—Sentaos.

Los recién llegados tomaron asiento frente al jefe.

—¿Os habéis enterado de lo de ayer?

—¿Te refieres a lo del Chocolate Bar y a lo del Macumba Plaza? —preguntó Marc.

—¡Claro, coño! ¿A qué cojones me voy a referir?

—A esos.

El jefe, Gabriel, clavó sus ojos negros en los ojillos de Marc y dijo:

—¿Sabes dónde te puedes meter tu sarcasmo?

—No bromeaba, Gabriel.

—Por el culo.

—De verdad, no estaba bromeando. Solo quería asegurarme de que no había pasado nada más.

—¿Te parece poco?... ¿Te parece poco que hayamos perdido otros dos locales?

—No.

—¿Y tú, Rafa, tú te has enterado?

—No.

—¡Joder, Rafa!... ¿Pero en qué coño de mundo vives?

—En el mío.

Gabriel contrajo el lado izquierdo de su cara como si un retortijón procedente de sus entrañas hubiera ascendido por su esófago hasta llegar a la mejilla con el único objetivo estrujársela. Cuando se le pasó, respiró profundamente y relleno su vaso con la jarra de leche que había sobre la mesa. Tras beber un trago, chasqueó la lengua como si hubiera probado un brebaje de infecto sabor.

—Ayer no trabajamos —dijo Marc—. Es normal que Rafa no se enterara. Yo coincidí anoche con...

—¡Pero qué coño me estás contando! —interrumpió Gabriel—. ¿Es que os creéis que trabajáis en un puto ministerio?

—Teníamos el día libre.

—Pues se acabó eso de librar. A partir de hoy, vosotros dos haréis todas las rondas.

—Es mucho curro.

—¿Qué te pasa, Marc?... ¿Tienes miedo?

No había mucha gente que lo tildara de cobarde y que no hubiera sufrido al instante las consecuencias. El jefe, Gabriel, era uno de los pocos que podían permitírselo, siempre y cuando no abusara de esa acusación. Marc, de momento, no replicó.

—Dime, Marc, ¿tienes algún problema en trabajar todos los días?

—No.

—¿Y tú, Rafa?

—No.

—¿Y a ti qué te parece que los putos rusos nos hayan birlado el Chocolate Bar y el Macumba Plaza?

Rafa respondió con naturalidad.

—Mal.

—¿Mal..., solo mal? ¡Joder, mal no; es una puta mala noticia!... ¿O no lo es?

—Sí.

—Pues hay que recuperar esos garitos.

—Los recuperaremos —dijo Marc—. No te preocupes, yo me encargo.

—Eso es lo que quería oír.

—¿Cuándo quieres que los recuperemos?

—Esta noche.

—Reuniré a todos los hombres.

Otro retortijón dobló a Gabriel por el abdomen. Un minuto después vació el vaso de leche en su boca.

—¿Los hombres?... Ya no hay más hombres.

Marc ladeó la cabeza hacia Rafa. La piel de su inflamación lucía con el mismo color que el del resto de su cara. Casi pálida. Luego se dirigió a Gabriel.

—¿Qué quieres decir con que no hay más hombres?

La cabeza de un cliente chocó contra la mesa. Posiblemente, se había dormido al contemplar el anodino baile de la estríper.

—Te crees muy listo, Marc..., con tu labia, tus argumentos y con tú... ¡Bah, qué mierda! Pero a veces pienso que eres más idiota que Rafa... ¿Que qué he querido decir? ¡Pues eso, coño, que no hay más hombres, que estamos nosotros solos!... ¿Lo entiendes ahora?

—¿Y Daniel y Hugo y Oliver y...?

—En el hospital o desaparecidos —interrumpió Gabriel—. Todos. Esos putos rusos nos han dado bien por el culo. Pero no vamos a permitirselo más. No, de eso nada. Vamos a meterles sus Kaláshnikov por sus ojete hasta el cargador... ¿Está claro?

Mucho.

Esos rusos llevaban unos meses robando el negocio de extorsión y chantaje de los locales a los que Gabriel ofrecía protección. A este ritmo, a Gabriel no le quedarían negocios por proteger. De momento había perdido a todos sus recaudadores, excepto a Marc y a Rafa.

—Rafa, ¿tú tienes miedo a esos rusos blandengues?

—Yo no —respondió Marc.

—No te he preguntado a ti —repuso Gabriel—. Rafa, ¿los tienes miedo?

—No.

—Eso es lo que quería oír.

En ese momento la puerta metálica se abrió y entraron dos tipos con aspecto de haberse pasado media vida en una unidad militar de operaciones especiales de un país en permanente conflicto bélico. Gabriel los vio y los apuntó con la barbilla. Marc y Rafa miraron en esa dirección.

—¡Qué hijos de puta!... ¡Qué huevos tienen!... Venir aquí, a mi casa. Estoy hasta la polla de ellos. Rafa, páteles la crisma.

—Iré yo —dijo Marc.

—He dicho Rafa. El tiempo de las negociaciones y a ha

pasado. Tú quédate aquí y aprende un poco. Rafa, ve a por ellos.

Los dos hombres se habían quedado justo detrás de la puerta, como si fueran dos clientes que evaluaran la posibilidad de pasar un buen rato de juerga mañanera.

Rafa desplazó su humanidad por la banqueta de plástico y se puso en pie. Caminó hacia ellos. Pero, a medio camino, los dos hombres abrieron la puerta y se largaron. Parecía que tuvieran prisa por combatir a otro enemigo más asequible. Rafa, con mucha menos prisa que esos dos clientes, salió del local y ojeó los alrededores. Habían desaparecido. Volvió a entrar y regresó a su asiento.

—¿Has visto, Marc? —preguntó Gabriel—. Así se hace. Estos putos rusos no valoran el respeto... Miedo: eso es lo único que entienden.

—Vale, sí, miedo, lo he pillado.

—Pues eso es lo que quiero de vosotros. Que vayáis a sus locales y que hagáis que se caguen de miedo.

—Vale, sí, que se caguen.

—Pues eso.

—Ya, pero, exactamente —dijo Marc—, ¿qué quieres que hagamos durante la ronda?

—La pasta. Primero, la pasta de todos los garitos que todavía controlamos.

—¿Y luego?

—Que recuperéis el Chocolate Bar y el Macumba Plaza. A cualquier precio.

—No va a ser fácil.

—Si quieres un trabajo fácil, búscate uno de vendedor de lotería.

—No pretendía...

—¿Y qué pretendías, Marc?... ¿Te sabe a poco lo que te pago?... ¿Crees que mereces más?

—No, no es eso.

Gabriel se sirvió otro vaso de leche y se lo bebió antes de que sintiera un nuevo retortijón.

—Vosotros recuperad los garitos y luego hablaremos de pasta. ¿Os parece bien?

—Sí, claro, lo que quieras —dijo Marc.

Rafa no contestó.

—¿A ti te parece bien, Rafa? —preguntó Gabriel.

—Sí.

—Pues a currar.

Marc y Rafa se dirigieron a la salida, esta vez, los dos en la línea más recta posible. Se detuvieron en la calle a echar un vistazo.

—Sí que está cabreado —dijo Marc.

—Sí.

—¿Vamos en mi coche?

—Yo iré en el mío.

—Nos vemos en la puerta del Richard Café.

Y se encaminaron a sus respectivos coches.

Rafa, dentro del suyo, leyó sus anotaciones en la libreta.

«Pintar».

«Hacer la ronda».

Iba a ser una ronda muy larga.

\*\*\*

Marc y Rafa se reunieron en la puerta del Richard Café al mismo tiempo y desde direcciones opuestas.

Marc se dirigió al hombre de aspecto simiesco que bloqueaba el acceso.

—¿Está Samuel?

—No deberíais estar aquí.

—¿Está o no?

—Sí.

—Apártate.

—No deberíais estar aquí.

—Déjate de gilipolleces.

—No deberíais...

—Ya vale, y a te he oído... Deja que eso lo decida Samuel.

—Él ya lo ha decidido.

—No he venido para discutir contigo.

—Solo hago mi trabajo.

—¿Te vas a apartar o no?

El gorila hablaba con Marc, pero miraba a Rafa. Lo veía

tranquilo, aunque eso no significaba que su pasividad durara mucho. Además, había percibido un mayor grosor del habitual en el abultamiento de esa ceja.

—Pasad. Cinco minutos.

—Estaremos el tiempo que nos dé la gana —dijo Marc.

—Cinco...

No terminó de repetirlo, puesto que Marc lanzó un puñetazo a su estómago. El gorila no lo notó mucho porque no lo pilló desprevenido y porque pegaba flojo. Marc se manejaba mucho mejor con cuchillos y pistolas, no con las manos. Al contrario que Rafa. El gorila hubiera podido responder con mayor dureza y desmembrar a su agresor entre sus brazos; sin embargo, eso significaba enfrentarse después a esa mano derecha de Rafa que, por su forma redondeada casi lisa y su enorme tamaño, parecía una bola de demolición de edificios. Por lo tanto, se apartó a un lado, y Marc y Rafa accedieron al interior sin más oposición.

Había bastante gente. El local funcionaba muy bien a todas horas. Se servían desayunos, comidas, cenas y, durante las actuaciones nocturnas, una gran variedad de cócteles y marcas de licores. Su ubicación en el centro de la ciudad le procuraba una variopinta y continuada clientela.

Mientras observaban a la gente, caminaron por la sala en dirección a la puerta situada al lado derecho de la barra. Samuel debía estar en su despacho, ya que no se le veía por allí.

Entraron.

—¡Pero qué coño...!

Un hombre, desparrado en su sillón, estaba de medio lado con respecto al escritorio. Y una mujer vestida de camarera



estaba de rodillas frente a él. Samuel le palmeó la cabeza y la chica dejó de moverla de arriba abajo.

—Lárgate.

La chica se levantó, se masajeó las rodillas, se frotó la boca con el dorso de la mano y salió del despacho.

—¿Es que no sabéis llamar a la puerta?

—No sabía que tuvieras putas en el local —dijo Marc.

—No es una puta —dijo Samuel mientras se abrochaba el pantalón.

—Las putas aumentan la cuota.

—Ya te he dicho que no es una puta.

—¿Es tu novia?

—¿Y a ti qué coño te importa?

—La cuota...

—No es una puta —repitió Samuel, más molesto por la interrupción que por la acusación—. ¿Es que no sabéis llamar a la puerta?

—No necesito llamar para entrar aquí.

—A partir de hoy sí.

—¿Por qué?

—Porque este local y a no está bajo vuestra protección. Y yo decido quién entra y quién no. Por cierto, ¿cómo coño habéis pasado?

—Le he partido las piernas a tu gorila —dijo Marc, sonriendo—. Y si sigues hablándonos así, te las partiré a ti también.

Samuel deslizó la silla de ruedas hasta esconder las piernas por debajo del escritorio. Ocultaba las manos sobre los muslos.

—¿Qué haces? —protestó Marc.

Rafa se acercó a un lado de la mesa, apartó la silla de una patada y abrió los tres cajones. Había una pistola en el primero. La cogió, le quitó el cargador, descorrió el cerrojo, la agarró por el cañón y levantó el brazo.

—¡Para! —dijo Samuel.

—Para —dijo Marc.

Pero Rafa no paró. Con un movimiento de singular presteza, bajó el brazo y, con la culata de la pistola, golpeó la sien derecha de Samuel con la fuerza suficiente para que, a partir de ese momento, les dedicara un trato más amistoso. Un hilillo de sangre comenzó a brotar por un pequeño corte.

—¡Joder, Rafa, hemos venido a hacer negocios! —protestó Marc en un tono indisimuladamente falso—. ¿A qué sí, Samuel, a que solo quieres hacer negocios?

—Sí..., sí... —y alargó la mano lentamente para coger un pañuelo de papel de una cajita. Se limpió la sangre y repitió—: Sí, sí, negocios.

—Pues ya sabes a qué hemos venido.

—No..., no tengo dinero. Se lo he dado a los rusos.

—Abre esa caja fuerte —dijo Marc, señalando la caja de la esquina—. Seguro que ahí tienes un montón.

—Cuando se enteren los rusos, os van a hacer picadillo. Este local y a no os pertenece.

—Ábrela.

—Os van a...

Rafa levantó la mano que empuñaba la pistola y, cuando Samuel se cubrió la cabeza con los antebrazos, Rafa le golpeó el pecho con la mano libre, la izquierda. El aire de los pulmones de Samuel salió expelido al instante en un sonoro chorro.

—Ábrela y a —dijo Marc.

Samuel se limitaba a boquear con los ojos muy abiertos. Ya no podía articular palabra.

—Ábrela.

Rafa pateó el sillón hasta que las rodillas de Samuel chocaron contra la caja fuerte. Samuel, respirando a bocanadas cortas, se agachó y accionó la rueda en ambos sentidos hasta liberar el cierre. Marc se acercó, apartó a un lado a Samuel y cogió todo el dinero del interior de la caja. Había mucho más de lo que fijaba la cuota habitual. Se guardó los montoncitos en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Qué..., qué haces?... ¿Por qué te lo llevas todo?... Es demasiado. La cuota es de...

—Ha subido —interrumpió Marc—. Por trabajar con putas sin informarnos y por las molestias que nos estás causando.

—Esto..., esto es...

—¿Por qué no te callas de una puta vez, Samuel?

Y se calló.

El dinero se lo iban a llevar por mucho que se quejara; sin embargo, calladito, quizá conservara los dientes.

—Cuando vuelvan los rusos, me llamas —dijo Marc—. Nosotros nos encargaremos de ellos. ¿Lo has entendido?

—Os van a hacer...

—¡Coño, Samuel!... ¿Es que eres gilipollas? Dime solo si lo has entendido o no.

—Sí..., sí.

—Pues ya sabes lo que hacer.

Rafa arrojó a un rincón el cargador y abandonó el despacho. Marc lo siguió.

Mientras caminaban por la sala, vieron a un hombre que, en una esquina y de pie, los observaba. Pero solo los observaba; no se movió, al menos, hasta que salieron a la calle. Rafa lo conocía. Se llamaba Vlad, el tipo ese que solía trabajar en asuntos delicados para el Musta, su proveedor de pastillas.

—¿Cuántos minutos hemos estado? —preguntó Marc al gorila.

—Cinco.

—¿Cinco?... ¡Y una mierda! Ya te dije que estaríamos el tiempo que nos diera la gana. Venga, sé bueno y quédate aquí quietecito.

Rafa le dio la pistola de Samuel al gorila, cuyo cuerpo había adquirido una gran rigidez, y se marchó hacia su coche.

—Rafa, nos vemos esta tarde a las tres y media —dijo Marc.

Ya en el coche, Rafa leyó su libreta.

«Pintar».

«Comer con mi madre».

A ver si le había preparado bien su comida favorita.

# TARDE

—Hola, hijo.

—Madre.

—Pasa. Siéntate, hijo. Enseguida sirvo la comida. Te he hecho macarrones, como a ti te gusta. Siéntate. Están calientes. Ahora mismo te los llevo. Con tomate. Creo que me han salido muy bien. Pero no los he probado. Hay muchos. Ya verás qué buenos están.

La mujer no cesaba de hablar mientras Rafa caminaba hasta el saloncito y ocupaba su sitio habitual en esa mesita cuadrada que exclusivamente se desplegaba cuando él la visitaba para comer. Esa estancia, al igual que las demás, tenía un tamaño muy pequeño.

—Te he comprado una cerveza —dijo la mujer desde la cocina—. He bajado hace un ratito a comprarla. Es la que siempre tomas. Yo beberé agua. A mí no me sienta bien el alcohol. «El agua es muy sana»: eso era lo que siempre me decía mi madre. Pero la cerveza también, ¿o no está hecha con agua?... Pues claro que sí.

Un mueble viejo, un sofá con la tapicería raída y una mesilla desvencijada formaban todo el mobiliario del salón. Aparte, un pequeño televisor de tubo, las cortinas amarillentas, varias fotografías antiguas, una decena de libros de bolsillo y una lamparita con la pantalla rajada componían los elementos decorativos.

—Toma —dijo la mujer, y dejó un plato repleto de macarrones y una botella de cerveza frente a su hijo—. Pruébalos. Pero ten

cuidado, están calientes, no te vayas a quemar. Empieza, hijo. Bebe un trago. ¿Esa es la cerveza que te gusta, verdad?

Rafa bebió a morro.

—¿Es esta, verdad?... Ya sabes que a veces se me olvidan las cosas. Dime, ¿es esta, no?

—Sí.

—¿Y está buena?

—Está caliente.

—Lo siento, hijo, lo siento... He bajado a por ella hace un ratito. Creía que tenía una por alguna parte. He bajado cuando me he dado cuenta. La he metido en el congelador, pero no enfría muy bien. Creo que tengo hielo. ¿Quieres que te eche unos cubitos?

—No.

—¿Y la tele?... Ya funciona. Un vecino, el del segundo, es un caballero; me la arregló el otro día. Me dijo que el mando estaba roto o que le faltaban pilas. No me acuerdo bien. El caso es que ya funciona. ¿Quieres que la encienda?... A lo mejor echan uno de esos concursos que tanto te gustaban antes... ¿La pongo?

Rafa habló con los dos carrillos abultados.

—No.

Ya se había llevado a la boca tres cucharadas llenas de macarrones. Los comía con cuchara para que no se resbalaran por el escurridizo tenedor.

—¿Tienes hambre, eh?... Yo no. Últimamente como poco. Mi vecino me dice que estoy en los huesos. Pero mi madre me repetía siempre lo mismo: «Bebe mucha agua y come con

moderación». Y eso hago. Era una mujer muy lista. Fue una lástima que muriera antes de nacer tú. Te habrías llevado muy bien con ella.

Rafa seguía engullendo mientras su madre no paraba en su parloteo. Ya se había acabado más de la mitad del plato.

—¿A que están buenos?... Les he puesto un poco de perejil y orégano que he encontrado por ahí. Dan un sabor estupendo a la pasta. ¿A qué sí?

—No has puesto chorizo.

No lo expresó como una advertencia, sino como un dato fehaciente. A pesar de ello, la mujer se calló inmediatamente y pinchó uno de los trece macarrones que se había servido en su plato. El siguiente minuto transcurrió en silencio: ella intentaba masticarlo con sus escasos y doloridos dientes, y él continuaba llevándose a la boca cucharadas llenas de macarrones. La mujer, por fin, se decidió a hablar, todavía con un trozo de pasta entre las encías.

—Es que..., es que... Cuando he ido a por la cerveza, me he dado cuenta de que no llevaba dinero suficiente para comprar chorizo. No..., no he cogido dinero del... Se me olvidan las cosas, hijo. El señor de la tienda... Bueno, había mucha gente. Es un buen hombre; me fía de vez en cuando, pero había mucha gente. No es que me dé vergüenza, no; es que tenía que cocer la pasta y se me hacía tarde... Lo siento, hijo, lo siento... El próximo día compraré chorizo. Pero ¿están buenos, verdad?... Y el tomate es el de siempre. Y hay mucho. ¿A qué sí?

—Demasiado —contestó Rafa, al que se le resbaló un hilo de tomate hasta por debajo de la barbilla. Se limpió con la mano y se quitó la mancha sobre el mantel—. Demasiado.

—Lo siento, hijo, lo siento... La próxima vez echaré menos tomate. Y echaré chorizo. Y la cerveza estará fría. Te lo prometo. Ya verás cómo no se me olvida nada... El dinero es lo de menos, hijo. Ya conseguiré algo. Lo ahorraré de mis medicinas. Son caras, pero tengo muchas. Últimamente tomo menos. Y no estoy peor. Así podré comprarte chorizo. Ya verás que buenos van a estar cuando vuelvas la semana que viene.

Rafa ya se había terminado la comida. Solo había dejado unos milímetros de una sustancia roja excesivamente líquida sobre el plato.

—A tu padre le gustaban mucho los macarrones.

Su padre.

—Era su plato favorito.

Ese tipo que...

—Cuando estaba con nosotros, yo os preparaba macarrones a los tres. A tu hermano también.

Su hermano.

—Burt vino a comer la semana pasada. Hacía mucho tiempo que no le veía.

Ese tipo que...

—Tu hermano está bien... Eso dice, aunque tiene la ceja muy ..., muy mal... Bueno, es un hombre fuerte, como tú... Hacía mucho que no le veía. ¿Y tú, hijo, tú le ves alguna vez?

—¿Hay café?

La mujer inclinó la cabeza y, con un gran esfuerzo, se tragó los restos del macarrón. Luego pinchó otro y se lo llevó a la boca. Lo removió de lado a lado como si fuera un caramelo.



—¿Hay café?

—Sí..., sí hay. Pero se me rompió la cafetera. Ya sabes que estaba medio rota. Se me cayó al suelo el otro día. ¡Oh, Dios mío, qué torpe soy!... Esta mañana, cuando he ido a por tu cerveza, me he resbalado. Me he caído en la calle... Pero estoy bien. Un señor me ayudó a levantarme, un señor muy amable. Ando bien, no te creas. No me he hecho daño; no me duelen las rodillas. Estoy bien, no como hace unos meses... Pero sí que tengo café. Es que la cafetera...

Rafa se levantó.

—Espera, hijo, espera. Le pediré a mi vecina la cafetera. Tengo café, de verdad. Saldrá una taza entera. Espera, voy a pedírsela. Lo prepararé en un momentito. Tú no te muevas. Venga, hijo, siéntate, por favor.

Rafa se despidió:

—Me voy.

—No, por favor, no te vayas. Espera, vengo ahora mismo. Tú siéntate.

—Me voy.

Rafa, en tan solo tres pasos no muy largos, alcanzó la puerta, la abrió y, antes de salir al pasillo, escuchó de nuevo la voz de su madre.

—Ven la semana que viene. Te prometo que echaré chorizo. De verdad, hijo, te lo prometo. Y también haré café. Tú no te preocupes por el dinero; ya me encargo yo. Y la cerveza estará bien fresquita. Ya verás que...

Rafa cerró la puerta.

Tres minutos después, estrujó el papelito del parabrisas y lo

arrojó al suelo. Dentro del coche, repasó su libreta.

«Pintar».

«Seguir con la ronda».

La protuberancia de la ceja había cubierto su ojo por completo.

\*\*\*

Ojeó los alrededores de la entrada al local mientras caminaba hacia allí.

No vio a Marc.

Consultó su reloj: faltaban treinta y cinco minutos para las 15:30 h. Tiempo de sobra para tomarse un café. Entró en una cafetería al lado de la carretera y, antes de sentarse en uno de los taburetes de la barra, escuchó una voz:

—Rafa, aquí.

Se volvió. Marc le hizo un gesto para que se acercara. Rafa pidió un café doble al camarero de la barra y se sentó en la mesa frente a Marc, que dijo:

—Has comido rápido.

—Sí.

—Yo he comido aquí —y plegó el periódico—. Estoy vigilando la puerta —y giró la cabeza hacia el local que se veía a través del ventanal—. Creo que no hay rusos allí dentro.

Rafa no se molestó en mirar en esa dirección.

—Dime, Rafa, ¿qué te parece esta historia?

—¿Cuál?

—La de los rusos, coño. ¿Cuál va a ser?

—La del dinero que le quitaste a Samuel.

—¡Ah, lo del dinero!... Bueno, luego hablaremos de eso. Me refería a lo de Gabriel y los rusos. Dime, ¿qué te parece?

—No lo sé.

—¡Joder, Rafa, tú nunca sabes nada!

El camarero dejó sobre la mesa una taza bien cargada y la nota. Rafa seleccionó unas monedas y pagó el importe exacto de su café.

—Yo te lo explico —dijo Marc—. Gabriel y a está muerto. Y nosotros lo estaremos si seguimos a su lado. Así de simple.

Rafa vertió el sobre de azúcar en la taza y lo removió con la cucharita. Luego sacó una bolsita con píldoras y se tragó una sin beber café.

—Veo que sigues con pastillas —dijo Marc.

—Sí.

—¿Para el dolor de tu...? —y señaló la cara de Rafa con la mano izquierda abierta.

—Sí.

—¿Duele mucho?

—Sí.

—Nunca me has contado cómo te hiciste eso.

Rafa se reservó uno de sus monosílabos para otra ocasión.

—Pero he oído cosas sobre ti —continuó Marc—. ¿Te lo hiciste en combates clandestinos, no?... De esos en los que

ganaba el último que quedaba en pie.

—Sí.

—¡Vaya putada!... Debían ser unas peleas de la hostia.

Dos hombres fornidos y calvos, casi dos fotocopias, entraron en el local de enfrente sin que sus vigilantes lo percibieran.

—Bueno, Rafa, eso es agua pasada. Ahora tenemos que mirar por nuestro futuro. Y yo lo veo muy chungo. ¿Sabes por qué?

—No.

—Porque los putos rusos le han quitado el negocio a nuestro jefe y porque lo van a machacar. Solo quedamos nosotros para interponernos entre ellos. Hay que tomar partido, Rafa, y hay que tomarlo por el bando ganador. Gabriel ya ha perdido, aunque todavía no lo sepa. Nosotros dos no podemos hacer nada por evitarlo, por muchas amenazas y palizas que demos a los propietarios de los garitos. Ellos ya han tomado partido por los rusos. Y nosotros..., bueno, no sé, ¿qué crees que deberíamos hacer?

Lo había guiado con su palabrería hacia la respuesta más obvia. Aun así, Rafa contestó con sinceridad.

—No lo sé.

—Creo que no me he explicado bien. Lo intentaré de nuevo. Tú solo concéntrate en lo que te vaya diciendo. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Bien. ¿Entiendes que los rusos han robado el negocio de protección a Gabriel?

—Sí.

—¿Entiendes que Gabriel se ha quedado sin gente para recuperar esos negocios?

—No.

—¿Por qué no lo entiendes?

—Estamos nosotros.

—Sí, nosotros, tienes razón —dijo Marc, que no se desalentaba con facilidad—. Pero ¿entiendes que nosotros somos dos y que los rusos son cien?

—Sí.

—Pues entonces entenderás que dos contra cien siempre pierden.

—Sí.

—Perfecto..., perfecto. Veo que estamos en la misma onda. Te lo repetiré de nuevo. Escúchame bien, por favor —hizo una pausa de tres segundos—. Gabriel ya está muerto. Y si nos enfrentamos a los rusos, nosotros también estaremos muertos. Así de simple. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Pues tenemos que evitarlo. ¿O no te importa que nos peguen cuatro tiros en cualquier momento?... ¿Eso sí que te importa, verdad?

Rafa pensó en el cuadro del caballete de su estudio. Le faltaba poco para terminar su composición. Al menos, así lo creía él.

—¡Claro que te importa! —continuó Marc, al comprobar que no obtendría respuesta—. Y a mí también. Es mejor estar vivos que muertos, ¿verdad?

Rafa se bebió el café doble de un solo trago.

—He estado pensando mucho, Rafa. Y he llegado a una conclusión. No me gusta nada, y supongo que a ti tampoco te gustará. Pero no he conseguido dar con otra solución. Llevamos más de diez años trabajando para Gabriel, haciéndole los encargos más sucios. No es que esté harto, ni mucho menos; es que no veo cómo podemos salir bien librados si permanecemos ahora a su lado. Es una pena, pero hay que largarse. Y tampoco nos vale asociarnos con los rusos. Después de las que les hemos liado, no nos querrían ni en pintura.

Rafa alzó la cabeza hacia Marc al escuchar esa palabra tan evocadora para él.

—Hay que largarse —continuó Marc—. No nos queda otra. Y cuando digo *largarse*, me refiero a largarse de esta ciudad. Aquí estamos quemados. Dos tipos como nosotros podemos empezar de nuevo en cualquier otra ciudad lejos de esta. Pero necesitamos pasta, amigo. Antes mencionaste lo del dinero que le quité a Samuel de su caja fuerte. Estuviste muy acertado; y a veo que no eres tan tonto como pretendes hacer creer. Dinero, Rafa, lo necesitamos. ¿Quieres que siga contándote lo que se me ha ocurrido?

Rafa bajó la vista hacia los posos de su taza vacía. El efecto de la pastilla estaba calmando las punzadas de su ceja, y el efecto de la palabra mágica, *pintura*, se había desvanecido.

—Te lo contaré —dijo Marc—. Vamos a hacer la ronda durante toda la tarde y toda la noche, y vamos a llevarnos todo el dinero que tengan. Luego nos largaremos. Tú y yo. Así de simple. ¿Lo entiendes, Rafa?

—Sí.

—¿Y qué te parece?

—No lo sé.

Marc respiró profundamente. A punto estuvo de pedirle una par de esas pastillas.

—Es importante, Rafa: nos va la vida en ello. Entiendo tu fidelidad hacia Gabriel, pero ¿no crees que es suficiente con los diez años de tu vida que le has dado?... ¿No lo crees?

—Quizá.

«Quizá» era un gran avance. Había que manipularlo un poquito más.

—Nos conocemos desde hace diez años —dijo Marc—. Empezamos juntos a trabajar para Gabriel. ¿Te acuerdas?... Eso nos convierte en amigos. Ahora te propongo que seamos mucho más que amigos: socios. Tú y yo. Pero no quiero aprovecharme de ti; eso no lo haría nunca. ¿Lo sabes, verdad?... Si no quieres apuntarte, no lo hagas. Vete. No me acompañes durante la ronda. La haré yo solo y me largaré con todo el dinero. Pero no quiero hacerlo solo, porque así no se comportan los amigos ni los socios. Y tú y yo ya somos socios, ¿verdad?... ¿Lo somos, Rafa?

—No lo sé.

«No lo sé» era un gran retroceso. Necesitaba una vuelta de tuerca decisiva.

—Imagínate la de tubitos de colores y pinceles chulos que puedes comprar con todo ese dinero. Imagínatelo...

Rafa se lo imaginó.

—Vas a montarte un estudio cojonudo —continuó Marc—. Y yo te buscaré una galería para que expongas tus cuadros. Te

ayudará, Rafa. ¿No es eso lo que hacen los socios?... Y tú y yo y a lo somos, ¿verdad?... Dime, Rafa, ¿quieres que te ayude con tus... *pinturas*?

Rafa, en cuanto alzó su cabeza, dijo:

—Sí.

—Pues ya somos socios. Y, para que veas que voy en serio, esta misma noche... Bueno, mejor te lo contaré luego; así te llevarás una sorpresa.

Se quedaron en silencio. Ese silencio, desconcertante para uno y placentero para el otro, duró dos minutos.

—Perfecto..., perfecto. —Marc consultó su reloj—. Ya es la hora. Vámonos..., socio.

Y abandonaron la cafetería en dirección al local de enfrente.

\*\*\*

No había ningún gorila de plantón en la puerta del Basin Club, así que Marc y Rafa accedieron sin percances.

La sala estaba repleta de comensales, en su mayoría personas que trabajaban en las oficinas de las empresas de los alrededores. Algún empleado los miró, para, inmediatamente, desviar la vista hacia otro lado cuando se fijaron en él. Los dos hombres cruzaron la sala en dirección a una puerta con un cartelito que anunciaba: «Prohibido el paso». Obviaron la advertencia, abrieron la puerta y ascendieron a la planta superior por las escaleras. Más de diez puertas franqueaban ambos lados del largo pasillo. Todas, excepto una, daban a habitaciones que funcionaban como lugares de asueto para los clientes que querían gozar de los favores profesionales de las chicas que pululaban por la noche en el local.



Entraron a esa *una*.

Dentro había tres hombres: dos, calvos, de pie y por delante del escritorio; y uno, melenudo, sentado y por detrás. Parecía que les estuvieran esperando.

—Os esperaba —dijo el sentado—. Por eso he invitado a mis dos nuevos amigos. El Basin Club y a no...

Rafa, que por supuesto no le escuchaba, se adelantó a esos dos calvos, que pretendían extraer algo del interior de sus chaquetas. Podría tratarse de una pitillera de plata, de un reloj circular automático o de una pluma estilográfica. A Rafa le daba igual cuáles fueran esos objetos; lo único que sabía con certeza era que no podían sacarlos.

Y, por supuesto, no los sacaron. No les dio tiempo.

Al de la izquierda le hundió el puño izquierdo en el estómago; y al de la derecha, casi una réplica de su compañero, le quebró la nariz con la bola de demolición, su mano derecha.

Mientras sucedía lo anterior, Marc se había desplazado a un lado de la estancia, había extraído un cuchillo de su chaqueta y, agarrándolo por la punta, lo meneaba en el aire para que el melenudo comprendiera su situación. Y la comprendía: y a era demasiado tarde para coger su pistola, puesto que ese cuchillo volaría hasta clavarse en su garganta en cuanto lo intentara. Todo el submundo de los bajos fondos de esa ciudad sabía que Marc pegaba muy flojito, pero que nunca fallaba con un arma blanca a una distancia tan corta.

—Tranquilo, Isaac —dijo Marc, que continuaba agitando el cuchillo en círculos—. Tranquilo.

Los otros dos hombres estaban, cómo no, tumbados en el suelo. El de la derecha no se movía; ni siquiera se apreciaba el

v aivén natural de un pecho que respirara. El de la izquierda, en cambio, vomitaba a cada inspiración. Por los pedazos esparcidos a su alrededor, parecía que recientemente se hubiera comido un pollo entero. Cuando y a solo escupía bilis, Rafa le pateó la cabeza. Y, claro está, dejó de moverse. Luego se acercó al hombre sentado e hizo algo que estremeció a Isaac: le mostró su puño derecho y lo presionó contra la nariz. Y, claro está, Isaac dejó de respirar; no obstante, tan valiente como cagado de miedo, aguantó el contacto sin pestañear. Mejor era no respirar durante un ratito que no respirar para siempre. Con la mano izquierda, Rafa lo cacheó y le quitó la única arma que portaba, una pistola en la sobaquera. Retrocedió dos pasos, quitó el cargador y descorrió el cerrojo: lo habitual.

—Escúchame, Isaac —dijo Marc.

—Te escucho —dijo Isaac, algo altanero al disponer de su nariz con total libertad.

—Pues límtate a escuchar y no digas ni una sola palabra. Así te irá mejor. ¿Te parece bien?

Isaac no contestó.

—Ahora sí te permito hablar —dijo Marc—. Pero solo para decirme si te parece bien o no. Necesito saberlo para que pueda tomar una decisión sobre por dónde vamos a continuar. Dime, ¿te parece bien?

—Sí.

—Perfecto..., perfecto.

Rafa se colocó en el lado oculto de la puerta por si algún lunático la abría.

—No he venido a hablar ni a negociar. —dijo Marc—. Nada de rusos ni de cuotas ni de putas ni del Basin Club ni de Gabriel...

Asiente si te ha quedado claro.

Isaac asintió.

—Bien. Sé que no tienes caja fuerte, pero también sé que guardas tu dinero en esta habitación. Dámelo y nos largaremos. Así de simple.

—Pero...

—¡Joder, Isaac, joder!... ¿Es que eres gilipollas? ¿No te he dicho que no hables? ¿Es que tengo que seccionarte la arteria femoral para que me des el dinero?... Te advierto que, según me han dicho, duele que te cagas. ¿De verdad que me vas a obligar a rajarte?

Isaac negó con la cabeza.

—Pues estate calladito. Venga, dame la pasta. Olvídete de la cuota. Quiero toda la pasta que guardes aquí. Pero ten en cuenta algo: si la cantidad no me satisface..., te mato. Así de simple.

«Te mato».

Esa amenaza nunca debía pronunciarse si el hablante no disfrutaba del reconocimiento de su víctima para ejecutar su amenaza. En este caso, Isaac no dudó de Marc. Dinero o cuchillo. O peor: dinero o bola de demolición. Escogió dinero.

Isaac señaló con una mano el mueble de madera a su izquierda. Marc le hizo un gesto para que él fuera el que buscara el dinero. Isaac se levantó, se acercó al armario y, cuando abrió la portezuela, sintió la hoja de un cuchillo muy afilado en el cartílago tiroideos, más conocido por nuez de Adán.

Detuvo sus brazos al instante.

—Sigue —exigió Marc.

Isaac apartó varios objetos de una estantería y, con un golpecito, liberó una tapa que ocultaba un doble fondo. Antes de introducir la mano en ese lugar tan oscuro, la punta del cuchillo se hundió unos milímetros hasta cortar la piel superficialmente.

Ahora no solo detuvo sus brazos, sino también el resto de los músculos de su cuerpo.

—Sigue.

La orden liberó de la parálisis a Isaac, que extrajo una caja metálica y se la entregó a Marc.

—De rodillas.

Isaac se arrodilló y Marc abrió la caja. Al comprobar que estaba repleta de fajos de billetes, se volvió hacia Rafa y le guiñó un ojo, pero de una forma muy diferente a cómo solía guiñárselo a las estríperes.

—Más dinero.

Isaac negó con la cabeza.

—Más —repitió Marc, y deslizó dos centímetros del cuchillo hacia un lado de la garganta—. Más.

Isaac alzó la mano derecha y, muy despacito, sacó la cartera del bolsillo interior de la chaqueta. Se la dio. Marc la revisó. Cogió todos los billetes, que, por cierto, eran de los grandes, y arrojó la cartera al suelo.

—Más.

Isaac volvió a negar con la cabeza.

—Más —y Marc volvió a sajar hacia el otro lado—. Más.

Ahora Isaac no se movió. Si cabeceaba de nuevo, se rajaría el mismo su garganta. Marc retrocedió dos pasos.

—Te creo, Isaac, te creo. —Repartió los fajos y los billetes en los bolsillos—. Voy a ser sincero: tengo un dilema. Sé que vas a advertir a los propietarios de los otros garitos. Lo sé. No te molestes en negarlo. Querrás que nos reciban a tiros. Y lo entiendo. Por eso tengo un dilema: dejarte vivo o matarte... No sé qué hacer. Y no me contestes, ¡eh, Isaac!; no lo estropees ahora. Espera, déjame pensar.

El hombre de los vómitos lanzó un suspiro; se estaba despertando. Pero se durmió de nuevo en cuanto Rafa le dio otra patada, esta, más fuerte.

—Se me ha ocurrido algo, Isaac —dijo Marc, y volvió a ponerle el cuchillo en el cuello—. Voy a proponerte un trato: tú no abres la boca y yo no tengo que volver aquí para abrirte una nueva en tu garganta... Sí, señor, es una buena idea. ¿Qué te parece?... ¿Hacemos el trato?

Isaac no contestó.

—¡Ahora sí puedes hablar, coño!... ¿Tenemos un trato o no?

—Sí.

—Perfecto..., perfecto —y Marc deslizó el cuchillo por su garganta, pero sin apretar, simulando lo que le esperaba si incumplía el acuerdo—. Vale, me has convencido, Isaac. Ahora quédate ahí de rodillas un ratito hasta que nos vayamos.

Rafa abrió la puerta y se asomó. No había nadie en el pasillo. Luego tiró al suelo el cargador y la pistola a dos rincones opuestos y abandonó el despacho. Marc fue tras él.

Dos minutos después salieron a la calle.

—¿Vamos en mi coche, Rafa?

—No.

—Pues nos vemos en media hora en el siguiente local.

—En una hora.

—¡Joder, Rafa!... Tenemos muchos locales que recorrer.

—Una hora.

Marc se aguantó las ganas de replicar.

—Vale, una hora.

Se marcharon en direcciones opuestas.

Rafa, en cuanto se montó en su coche, sacó su libreta.

«Pintar».

«Ver a mi hija».

Hacía meses que no la veía.

Quizá hoy su hija sí le saludara.

\*\*\*

Rafa aparcó su coche bastante lejos y en un mal sitio. No había ningún hueco en las proximidades de ese colegio que bullía de peatones y de coches, que circulaban de un lado a otro o que estaban parados en doble fila.

Las medidas de seguridad del colegio rivalizaban con las de una pequeña prisión de mínima seguridad: el sólido enrejado del perímetro, las cámaras de videovigilancia instaladas en postes y los guardas le conferían un aspecto asfixiante. Sin embargo, parecían estar diseñadas para impedir la entrada, no la salida. A ambos lados de la puerta, cuatro guardas de seguridad franqueaban el paso a la tromba de chavales que, nada más traspasarla, recibían el cariñoso recibimiento de sus familiares.

Rafa, al otro lado de la carretera, permanecía de pie y pegado a la pared, como si su enorme corpachón pudiera mimetizarse entre los ladrillos de la fachada.

Los guardas barrían la calle con los ojos. Uno de ellos agarró un teléfono móvil y habló durante unos pocos segundos. Luego reunió a sus tres compañeros y, tras cruzar unas palabras, miraron al unísono en dirección a Rafa.

Lo habían descubierto.

Los guardas se posicionaron en exterior del colegio, frente a la puerta, y aguardaron en disimulada tensión. Uno de ellos, el más veterano, recordaba perfectamente lo sucedido cuatro meses atrás en la última visita de Rafa. Él fue el único que se libró de ir al hospital, y a que las sirenas de la policía lograron que Rafa se marchara por su propia voluntad antes de que le pusiera las manos encima.

Cuatro minutos después, los guardas entraron al recinto y cerraron las puertas. Ya habían abandonado el colegio todos los chavales.

Bueno, todos no: faltaba por salir una chica de siete años.

La calle estaba desierta.

Una mujer apareció en la puerta del edificio y, a pesar de su avanzada edad, caminó enérgicamente hasta el enrejado. Levantó el brazo hacia Rafa para que se aproximara. Él salió de su escondite, cruzó la carretera y se plantó frente a la mujer con la verja entre ambos.

—No puede estar aquí —dijo la mujer.

Los vigilantes, a modo de guardia pretoriana, se colocaron en línea a un metro por detrás de la mujer.

—No puede estar aquí. Tiene una orden de alejamiento, ¿lo recuerda? He llamado a la policía. Será mejor que se vaya.

—Quiero ver a mi hija.

—No puede verla. Váyase, por favor. Ella sabe que usted está aquí. No le haga sufrir más.

—Quiero verla.

—No le haga sufrir más, por favor. Váyase.

Rafa agarró los barrotes de la verja con las dos manos. La mujer retrocedió un paso, y tres guardas, los más asustadizos, dieron un respingo. Esas manos amenazaban con arrancar los barrotes como si fueran bastones de caramelo.

—Solo quiero hablar con ella.

—Pero ella no quiere hablar con usted. Acéptelo. Déjela en paz. Deje que sea feliz.

Rafa se esforzó en recordar algún momento feliz en compañía de su esposa y de su hija.

—Solo quiero hablar con ella.

—No puede.

Pero no encontró ninguno. Rafa soltó los barrotes y dijo:

—Un mensaje.

—¿Quiere que le dé un mensaje a su hija en su nombre?

—Sí.

—No puedo prometérselo.

—Un mensaje.

—Eso dependerá de cuál sea el mensaje. Si no le va a causar



ningún trastorno a su hija, se lo daré.

—Dígale...

El débil sonido de unas sirenas interrumpió su frase. Todavía se oían lejos. Disponía de tiempo para terminarla y para largarse de allí antes de que llegara la policía.

—¿Qué quiere que le diga? —preguntó la mujer.

—Adiós.

Y Rafa se largó.

Cuando llegó a su coche, no tuvo que quitar ningún papelito del parabrisas. Curioso, porque estaba sobre la acera en una esquina y molestaba el paso de los vehículos. Se sentó y, mientras se frotaba la ceja maltrecha, leyó su libreta.

«Pintar».

«Seguir con la ronda».

La puta ronda.

# NOCHE

Hasta el anochecer, Marc y Rafa recorrieron los últimos seis locales que aún controlaba Gabriel.

Los rusos todavía no habían extendido sus garras hacia esos garitos, pero no había duda de que solo se trataba de tiempo. Se comportaban de forma sistemática, prudente y sin prisas, con la idea de consolidarse como la mayor fuerza del submundo criminal de la ciudad. Desde que se habían instalado hacía ya un año, habían acaparado la mayoría de los negocios de protección que anteriormente poseían otros grupos. Estos, tan avariciosos como cortos de miras, no habían sido capaces de reaccionar ante un enemigo tan formidable. Quizá, si hubieran unido fuerzas, habrían podido enfrentarse con éxito a los invasores. Pero no lo habían hecho, y ya era demasiado tarde; solo quedaba Gabriel para combatirlos.

Pues que los combatiera él solito, porque Marc había decidido, en su nombre y en el de Rafa, establecerse por su cuenta en otra ciudad.

Los propietarios de los seis locales recibieron a los recaudadores con las reticencias habituales. A ninguno le apetecía pagar la cuota de protección, pero, en esa ciudad de mierda, la policía parecía muy ocupada en otros asuntos de mayor empaque delictivo. No obstante, los pagos aseguraban el funcionamiento de los locales, y a que, por ejemplo, los ladrones, profesionales o no, sabían que esos lugares quedaban al margen de sus fechorías.

Por lo tanto, los seis propietarios tenían preparadas las cuotas. Sin embargo, no esperaban que los recaudadores

exigieran más dinero; concretamente, todo el que tuvieran en sus oficinas. Algunos se opusieron y otros no. En ambos casos, Marc y Rafa se llevaron todo su dinero, y los primeros se llevaron palabras malsonantes, amenazas variadas y algún que otro mazazo. De todos modos, no se desató ningún episodio de violencia que no pudiera repararse con unos cuantos días en un hospital o un par de meses en casa para que soldaran los huesos rotos.

En resumen, Marc y Rafa habían recaudado una cantidad importante de billetes sin dejar cadáveres a su paso.

Al abandonar el sexto local, Marc y Rafa decidieron reponer fuerzas, así que quedaron en un bar, que solían frecuentar, ajeno al circuito de extorsión.

Llegaron a la puerta a la vez.

El bar era tan pequeño que sus propietarios, una pareja de ancianos, trabajaba en modo de subsistencia. Se sentaron en una de las cuatro mesas. Excepto el vecino borracho de turno, allí no había ningún cliente más.

—¿Has visto la cantidad de policías que hay por la zona? —preguntó Marc.

—Sí.

—Han cortado un montón de calles. Creía que nos estaban buscando; pero no. Parece que unos tipos han atracado un banco. Los han pillado dentro a los muy gilipollas. Pensarán que se van a ir con la pasta en un helicóptero o por las alcantarillas. ¡Jodidos gilipollas! Van a acribillarlos.

La señora, con paso cansino y arrastrando la pierna derecha, les sirvió dos botellas de cerveza.

—A mí me han desviado sin pedirme la documentación —

continuó Marc—. Estos policías nunca se enteran de nada... ¿A ti te han parado?

—No.

—¿Ves?, no se enteran. No hay de qué preocuparse; no van a por nosotros. Mejor, así podremos seguir con nuestros asuntos. Bueno, no importa, olvidémoslo. Nos ha ido bien esta tarde, ¿eh, Rafa!

—Sí.

—He guardado la pasta en el maletero de mi coche. Cuando finalicemos la ronda, lo repartiremos. ¿Te parece bien?

La camarera dejó dos platos sobre la mesa. Un guiso de carne con patatas, con más patatas que carne, llenaba los platos hasta los bordes. En ese bar, aunque los clientes no gozaban del derecho a elegir su comida, al menos no se quedaban con hambre.

—Nos ha ido bien.

Rafa se bebió a morro la mitad de la botella.

—Y mejor nos va a ir —continuó Marc—, porque he pensado algo. Tengo un plan. ¿Quieres oírlo?

—Sí.

—Nos queda el Chocolate Bar y el Macumba Plaza. Los putos rusos nos estarán esperando en los dos. Habrá muchos rusos por allí. Y seguramente también por el Titcoiled. No creo que podamos con todos ellos. Pero no importa, porque no vamos a ir. ¡Qué recupere Gabriel esos locales, no te jode!... Eso ya no es asunto nuestro. ¿Lo entiendes, verdad?

—Sí.

—Perfecto..., perfecto. ¿Y quieres saber adónde vamos a ir?

Rafa seguía intentando aplastar las patatas con la cuchara. Cuando comprendió que solo conseguiría tirar más patatas fuera del plato, decidió comérselas enteras. Aunque abrasaran.

—Te lo diré, Rafa. Vamos a ir a la guarida de los rusos. Ya no tienen enemigos en esta ciudad, salvo nosotros. No esperarán que vayamos a su guarida. Los pillaremos desprevenidos. Es una idea brillante, ¿no te parece?

La carne, aunque exenta de sabor a carne, estaba blanda. Rafa la engullía casi a la misma vez que la introducía en su boca. Marc, en cambio, hablaba mientras masticaba sus bocados por un solo carrillo.

—Los rusos tienen su base en el París Restaurante. Ahí es donde guardan toda la pasta que recaudan. Deben tener una fortuna. Por eso vamos a ir allí, para quitársela. Rafa, ¿te imaginas la cantidad de dinero que deben guardar en el París Restaurante?

—No.

—¡Un montón, Rafa, un montonazo!... Vamos a ser ricos, vamos a pegarnos la vida padre. Veo nuestro futuro, lo veo muy claro. Tú y yo, viviendo en una isla, tumbados en hamacas en la playa, bebiendo cócteles raros de esos con sombrillitas, rodeados de chicas guapas... ¡Joder, chicas de verdad, no las putas esas a las que estamos acostumbrados!... ¿Te lo imaginas, Rafa?

Rafa se llevó a la boca una patata que ocupaba toda la cuchara y la deslizó por su garganta con la ayuda del resto de su botella de cerveza.

—Yo sí..., ¡Joder, yo sí!... Lo veo, lo veo. A la playa iremos

por la tarde, cuando nos levantemos. Y por la noche, bueno, por la noche estaremos en la galería de arte. Venderemos tus cuadros, nos codearemos con la alta sociedad, conoceremos a las ricachonas de la isla... ¡Joder, Rafa, vamos a ser hombres respetables!... Tendremos tanta pasta cuando esquilmemos a los rusos que no necesitaremos... —Y se calló—. *Esquilmemos*, Rafa, ¿entiendes su significado?

—Sí.

—Pues eso, cuando los esquilmemos, tendremos tanta pasta que no necesitaremos robarles los collares de perlas a esas ricachonas. En eso debemos andarnos con mucho ojo, porque seremos personas muy respetables en esa comunidad... Ya verás, Rafa, vamos a vivir de puta madre. —Como no obtuvo comentario alguno, continuó—: Sí, señor, nos iremos a una isla. ¿Te acuerdas que antes te he dicho que tenía una sorpresa para tí?

—Sí.

—Pues la tengo..., pero voy a hacerte sufrir un poco —y se rio durante siete segundos exactos—. Venga, ahora en serio. Más tarde, cuando nos hayamos ido del París, te lo explicaré todo. Te va a molar. Ya lo tengo todo preparado. Esta noche nos tomaremos unas copas para celebrar que nos largamos de esta ciudad, y mañana..., ¡mañana nos piramos a la isla!... ¡Joder, Rafa, qué ganas tengo ya de estar allí!... ¿Y tú?

Rafa rebañó la salsa con un pedazo de pan tan duro como la loza del plato.

—Sí, claro, tú también. Te lo noto en la mirada.

Cuando Rafa levantó la cabeza, Marc creyó que hacía un esfuerzo por abrir el ojo semicerrado. Si no lo hubiera conocido

muy bien, habría pensado que ese gigantón había hecho una broma. Animado por el gesto, se lanzó:

—Eso sí, voy a ponerte una condición para que seamos socios auténticos. ¿Quieres saber cuál?

—Sí.

—Que me enseñes a pintar —y Marc mostró su dentadura plagada de hebras de carne entre las separaciones de los dientes—. Seguro que me gustará. No creo que llegue a pintar tan bien como tú, pero ¿en algo tendré que ocupar mi tiempo, no? No todo va a ser playa, copas y chicas. —Y soltó una carcajada de otros siete segundos—. Bueno, no te preocupes, era solo una broma. No te pongo ninguna condición. Los socios nunca se imponen nada, ¿verdad? Y tú y yo lo somos. ¿O no, Rafa?

—Sí.

«Sí».

Había dicho: «Sí».

Eso suponía un avance definitivo y sin posibilidad de retroceso.

Rafa entraría en el París Restaurante con él; por lo tanto, el éxito de la misión de *esquilme* planeada con tan gran meticulosidad estaba asegurado.

—Perfecto..., perfecto.

Pagaron la cuenta, cada uno la suya, y se largaron del bar.

Rafa no necesitó consultar su libreta para saber qué tenía que hacer.

La ronda continuaba.

Y ya solo quedaba una parada más.

\*\*\*

Tres mujeres y un hombre formaban un corrillo en el callejón.

Hablaban animadamente, sobre todo las mujeres. El hombre aspiraba el humo del cigarrillo y, a través de las volutas, echaba miraditas a sus cortas faldas, sus largas piernas y sus prominentes escotes al descubierto entre los abrigos.

Una pregunta, dirigida a las chicas, les interrumpió la charla.

—¿Por qué no os vais dentro a bailar un ratito?

El hombre se giró hacia la voz. Era un mal guardián de la puerta trasera de ese local, y a que prefería vigilar a las bailarinas antes que el callejón. Esa voz le había sorprendido; no había visto venir a esos dos hombres.

—Venga, ¿a qué esperáis? —dijo Marc, animándolas con las manos a que se largaran.

Las chicas arrojaron los cigarrillos al suelo y taconearon sin contonearse hasta desaparecer por la puerta de servicio del local.

—Tú quédate —le dijo Marc al hombre, que, en un gesto instintivo, empezó a levantar la mano derecha hacia su chaqueta—. Rafa, haz que se quede.

Y Rafa lo tumbó de un puñetazo con su mano izquierda; la otra, la bola de demolición, la solía reservar para los momentos de verdadera necesidad.

Rafa y Marc entraron, y el hombre se quedó en el mismo sitio, pero no de pie: en el suelo. Cruzaron una estancia repleta de cajas y botellas, tanto vacías como llenas, y abrieron una



puerta que daba a la cocina. Allí se afanaban diez empleados perfectamente uniformados de blanco y con gorros que ocultaban sus cabellos. Ninguno los molestó; ni siquiera se fijó en ellos. Solo trabajaban en elaborar los alimentos de ese restaurante tan refinado.

Siguieron caminando hasta traspasar la puerta que daba al comedor. Todos los clientes vestían con elegancia y usaban los cubiertos adecuados a los platos servidos. A mitad de la sala giraron a la izquierda y, tras abrir una puerta que exhibía el habitual cartelito de «Prohibido el paso», entraron en un espacio enorme y de amplios techos repleto de gente. El nivel de ruido del comedor se mantenía lo suficientemente bajo como para disfrutar de la cena sin dolores de cabeza. En cambio, ese otro espacio podía provocar graves desperfectos en las cuerdas vocales al que osara entablar una conversación con frases de más de tres palabras: la música atronaba, la gente gritaba y el suelo retumbaba con los botes de los numerosísimos danzarinés de la pista.

Esa discoteca estaba petada.

El París Restaurante había sido el primer garito que los rusos controlaron en la ciudad. Pero no solo lo controlaban, sino que también lo habían adquirido a su antiguo propietario por un módico precio. Desde allí, su influencia, en forma de compras y extorsiones, se había expandido constantemente. Esa gente hacía las cosas bien; por ello, la ciudad les pertenecía.

Marc y Rafa avanzaron mimetizándose entre el público. En el caso de Marc resultaba sencillo, ya que no alcanzaba el tamaño medio de un hombre; en cambio, a Rafa le costaba encontrar un hueco para pasar entre la multitud y pasar desapercibido. Tras un fatigoso esfuerzo, alcanzaron la parte baja de una escalera, ovalada, doble, ancha y despejada de gente, similar a la que

tantas películas utilizaban en sus escenas de acción. En lo más alto, en el medio, un hombre robusto se apoyaba en la barandilla dorada con sus dos manos y oteaba la sala. El acceso a esa planta estaba reservado a un público mucho más selecto que el de los alocados danzarines. Allí únicamente entraban las personas que el hombre robusto seleccionaba. En esa zona, quizá por lo que significara de antesala a un lugar muy exclusivo, el bullicio sonaba más apagado.

En cuanto Rafa comenzó a ascender la escalera por el lado izquierdo, el hombre robusto soltó la barra y estiró los brazos a ambos lados de las caderas. Rafa alcanzó la parte de arriba.

—¡Quieto! —advirtió el robusto con la mano estirada hacia él—. ¡No des un paso más!

Cuando Rafa se detuvo, el hombre sintió una intensa sensación de alivio.

—¿De verdad crees que tu pistolita puede evitar que Rafa te arranque la cabeza?

El hombre se giró hacia detrás.

Vio a Marc.

Rafa avanzó.

El hombre metió su mano derecha entre la camisa y la chaqueta a la altura de la axila.

Rafa se plantó frente a él.

El hombre se giró hacia delante.

Rafa aferró la mano del hombre por encima de la chaqueta.

El hombre hizo una mueca rara.

Marc le golpeó el hombro con los nudillos.

Y el hombre se giró hacia él.

—Hemos venido a hablar con Yuri —dijo Marc—. Solo eso. Puedes conducirnos a él o no. Tú decides.

—¿Hablar?

—Solo hablar.

El hombre volvió a mirar a Rafa. Estaba muy cerca, demasiado, a tan solo un palmo, y empezaba a sentir un gran dolor en los dedos que Rafa apretaba contra el hierro.

—De acuerdo, os llevaré hasta Yuri.

—Ve por delante —dijo Marc.

Rafa aflojó la garra para que el hombre pudiera enfundar su arma. La enfundó y Rafa le sacó la mano y la soltó sobre su costado tras estrujársela un poquito más.

—Vamos —dijo Marc.

El hombre se encaminó a la única puerta del rellano. En cuanto se metió la mano en el bolsillo derecho de su pantalón, Marc avisó:

—Sin tonterías. No merece la pena. Solo hemos venido a hablar.

—Solo voy a sacar una llave.

—Hazlo.

El hombre introdujo una llave en la cerradura y abrió la puerta. Había un pasillo y dos puertas, una a cada lado. Rafa cerró la anterior y el hombre llamó a la puerta de la derecha con las palmas de las dos manos. Un hombre calvo mucho más grande observó a los dos visitantes y luego a su compañero.

—Vuelve a tu sitio.

El vigilante de la escalera se marchó, y el gigante abrió la puerta de par en par. A su lado se encontraba un hombre con una escopeta de corredera de color negro.

—Pasad. Despacio.

Marc y Rafa aceptaron la invitación mientras los otros dos hombres retrocedían sin apartar la vista de ellos. Marc cerró la puerta.

Esa estancia destacaba por varias razones: por su amplitud, ya que ocupaba un espacio mucho mayor al de los despachos de los locales de la ronda; por su decoración, ya que multitud de objetos, aparentemente caros y ciertamente de mal gusto, se distribuían por doquier; por el ventanal, de tres metros de largo por uno de ancho que permitía observar la sala sin ser observados desde ella; y por la gente, ya que había cinco hombres con pinta de haberse curtido en mil batallas. Además, el escopetero destacaba del resto no por su gran tamaño o por su fiero aspecto, sino porque sostenía un arma con un poder demoleedor a tan corta distancia. Quizá unos cuantos proyectiles de una pistolita no detuvieran a Rafa, pero las descargas de esa escopeta sí: esas sí. El escopetero les indicó el lugar en el que debían ponerse. Y allí se pusieron: Marc, a la derecha; Rafa, más a la derecha; y ambos, con las espaldas pegadas a la pared. De los cinco hombres, cuatro estaban de pie, y uno, sentado en un gran sillón tras un escritorio de madera maciza. Esa pieza exquisitamente tallada sí desprendía buen gusto. Los que estaban de pie se mantenían a una distancia prudencial de los visitantes, mínimo a cuatro metros. El sentado se encontraba mucho más lejos, al fondo de la estancia. Dijo:

—Reconozco que tenéis huevos.

—En este negocio hay que tenerlos, Yuri.

—Pero también hay que tener cerebro, Marc.

—Lo tenemos.

—No lo creo —repuso Yuri—. Para entrar aquí vosotros dos solos, hay que tener más huevos que cerebro.

—Eso suena ofensivo.

—Que te suene como quieras.

—Pues así no empezamos bien.

—Pues terminaréis peor.

—¿Podríamos dejarnos de bobadas, Yuri?

—No te pases ni un pelo, Marc. Esta es mi casa. Y en mi casa el que insulta soy yo. ¿Te ha quedado claro?

—Sí.

—Pues convénceme para que no os cosa a tiros ahora mismo.

—Es obvio.

—¿El qué?

Marc extendió los brazos con las palmas abiertas, giró los hombros a ambos lados y echó una ojeada por la habitación.

—Sería una pena manchar esta preciosa decoración con nuestra sangre.

Yuri lanzó una risotada. Sus cuatro empleados no; ellos mantenían el ceño fruncido, los músculos tensos y la vista fija en Rafa.

—¡Vaya, Marc, sí que tienes huevos!

—Más que cerebro, Yuri. En eso tienes razón.

Y Yuri volvió a reírse.

El gigantón, el tipo que había abierto la puerta, se aproximó a Yuri y le habló al oído. Movía la mandíbula de una forma muy peculiar, de un lado a otro, como si masticara tabaco. Yuri asintió y dijo:

—¿Sabes lo que cree Valter?

—No —respondió Marc.

—Que me quieres liar con tu cháchara.

—¿Y para qué querría liarte?

—Para algo malo... Malo para mí.

—¿Tú también lo crees así?

—Dime, Marc, ¿me quieres liar?

—No, claro que no.

—Entonces, ¿qué coño haces aquí?

—Es obvio.

—Basta de bobadas, Marc. Habla tú o dejaré que hable Valter.

La mandíbula de Valter sufrió un espasmo, pero no salió ningún sonido por su boca.

—Está bien —dijo Marc—. Te explicaré a qué hemos venido.

—Se te acaba el tiempo —dijo Yuri—. Aprovéchalo. Habla rápido.

—Te ofrecemos nuestros servicios.

—¿Me estáis pidiendo trabajo?

—Sí..., puede llamarse así.

—¿Y por qué?

A puntito estuvo de escapársele por tercera vez ese par de palabritas que habían exaltado los ánimos de Yuri: «Es obvio». Marc, obviamente, en vez de formularlas, dijo:

—Estamos mirando por nuestro futuro.

—Ya... Lo que quieres decir es que abandonáis el barco de Gabriel.

—Este barco se está hundiendo.

—No, Marc. Ya está hundido.

—Pues no queremos ahogarnos en ese barco.

Yuri señaló con el dedo a sus cuatro hombres, de uno en uno, y dijo:

—¿Sabes lo que es la lealtad?

—Sí.

—No, no lo sabes.

—Me he pasado diez años trabajando para Gabriel.

—La lealtad es un vínculo entre personas, uno mucho más sólido que la amistad o la familia. Jamás se rompe, ni cuando se está con el agua al cuello: eso es lealtad.

—Me he pasado diez años...

—Tú no eres leal, Marc, por mucho que lo repitas —dijo Yuri—. Has abandonado el barco de Gabriel como una puta rata. Lo que no entiendo es cómo has convencido a Rafa para que te acompañe en esto. Él sí es leal. Tú no, Marc... Dime, ¿cómo puedo confiar en un hombre que se larga en cuanto surgen

problemas?

—Supervivencia, Yuri, pura supervivencia..., como hacen esas ratas cuando el barco se va a pique. Saltan y se aferran a lo que sea. Y eso es un rasgo de inteligencia, no de huevos.

Yuri enredó los dedos de ambas manos entre su espesa cabellera negra repleta de ricitos. Luego volvió a señalar a sus hombres.

—¿Crees que necesito tus servicios, Marc?

—Sí.

—Te equivocas.

—No me equivoco. Déjame que te lo explique.

—Sé breve.

—Yo he nacido en esta ciudad, conozco todos los barrios, los garitos, a los camellos, a las putas y a los policías. Vosotros sois unos recién llegados. Yo puedo ayudaros a estableceros definitivamente.

—Ya lo estamos.

—Cierto, pero puedo ayudaros a expandir vuestros negocios en zonas que desconocéis. Es una buena asociación: vosotros ponéis la fuerza y yo pongo el conocimiento.

—Esto de que tú conoces la ciudad mejor que nosotros es cierto. Pero hay un asunto que no tiene solución.

—¿Cuál?

—Que no confío en ti.

Marc, con movimientos muy lentos, zarandeó sus manos de arriba abajo y pegadas a su cuerpo. Según las deslizaba por su



chaqueta, notaba el contacto con su pistola en el costado izquierdo y con su cuchillo en el derecho.

—No te daremos motivos para desconfiar, Yuri. Hemos trabajado diez años para Gabriel, hemos peleado contra otros grupos, hemos derramado nuestra sangre por él... Pero ya no hay más bandas; solo estáis vosotros. Al trabajar para ti, navegaremos en un trasatlántico, y no existe ningún motivo para abandonar un trasatlántico a flote y en perfecto estado. Nos acusas de ser hombres de poca confianza, pero yo te digo que lo hemos sido para Gabriel y que lo seremos para ti.

Valter volvió a susurrar al oído de Yuri durante unos segundos. Este se dirigió a Rafa:

—Valter quiere hablar contigo.

Rafa ni se movió.

—¿Me recuerdas? —preguntó Valter.

—No —contestó Rafa.

—Hace veinte años... En otra ciudad... Ha pasado mucho tiempo.

Valter no vestía con traje, sino con ropas informales y anchas que le conferían un aspecto mucho más macizo. Tenía el mismo tamaño que Rafa, en cuanto a peso, altura y complexión; sin embargo, su cabeza resaltaba por pequeña, apenas la de un chiquillo, en ese inmenso volumen. Sus manos, al igual que las de Rafa, formaban dos pelotas cuando plegaba los dedos sobre las palmas.

—Yo sí me acuerdo de ti —dijo Valter, meneando esa mandíbula que amenazaba con desencajarse a cada sílaba que pronunciaba—. Tú y a no peleas.

Como no era una pregunta, Rafa no respondió.

—Yo tampoco —continuó Valter—. Me tiré un año en un hospital. En coma. Un jodido año entero. No volví a pelear. — Señaló la ceja de Rafa—. Supongo que eso te lo hizo alguien en una de esas peleas... ¿Quién fue, Rafa?

No respondió, aunque esta vez sí era una pregunta.

—Yo lo sé —se contestó Valter a sí mismo—. Fue tu hermano: Bart.

Marc miró a Rafa de reojo. No conocía esa historia. En realidad, a pesar de todos los años que llevaban trabajando juntos, no conocía nada de su pasado.

—Te peleaste con tu propio hermano... —continuó Valter—. Por dinero.

—¡Joder, qué pedazo de cabrón! —soltó Yuri—. No lo sabía... Sigue, por favor.

—Por dinero —repitió Valter—. Oí hablar de ese combate. Los dos terminasteis medio muertos. Por dinero. Casi matas a tu propio hermano por unos billetes, Rafa. Al menos, Bart te jodió bien la ceja. Y tú a él, según me contaron.

—¡La hostia, qué cabrón! —volvió a soltar Yuri—. Sigue, sigue.

—Rafa y Bart —continuó Valter—, los dos gemelos que se partieron la cara a hostias en un combate clandestino por dinero... ¡Vaya hermanos de mierda!

—No te calientes —pidió Yuri.

Valter miró a su jefe de mala manera y luego miró a Rafa de una manera mucho peor.

—Me habría gustado ser yo el que te hubiera reventado la jeta. Pero no. Al contrario, fuiste tú el que me dejaste la boca así —y se agarró la mandíbula con una mano y la desplazó a ambos lados como si fuera de goma elástica—. ¿De verdad que no te acuerdas de mí?

—Sí.

—¿Sí qué..., te acuerdas o no?

—No.

—Gilipollas —musitó Valter—. Pues yo me acuerdo perfectamente. He pensado mucho en ti, Rafa. Hasta he rezado por tener la oportunidad de...

—Basta, Valter —interrumpió Yuri—. No te calientes. Mantén la calma. Tu oportunidad ya ha llegado... Tranquilo.

Valter se calló.

Esa historia espesó el aire de la estancia durante unos segundos hasta que Yuri continuó:

—Rafa, lo que quiere decir Valter es que le gustaría destrozarte la cara. Eso es malo para ti. ¡Joder, menuda historia!... Si no hubieras mandado al hospital a Valter, te permitiría trabajar para mí. Pero eso es imposible; terminaríais matándoos en cualquier momento. No, eso no me lo puedo permitir. —Se dirigió a Marc y preguntó—: ¿Y sabes por qué?

—No.

—Porque Valter es leal.

—Yo también...

—Rafa —llamó Yuri, sin considerar el intento de defensa de Marc—, no puedo hacer nada por ti. —Alzó las cejas, mostró las

manos y encogió los hombros. Luego miró a Marc—. En cuanto a ti..., a ti no quiero verte cerca de mí ni en pintura.

«Pintura».

Rafa movió la punta de los dedos para sacudirse la nebulosa de su cerebro. Esa palabra, pronunciada así de improviso, producía dos efectos contrapuestos: uno, el de despejar su mente; y el otro, el de aplacar el dolor de su ceja.

—No imaginaba que vinierais aquí —dijo Yuri—. Si lo hubiera sabido, no habríais llegado hasta este despacho. Pero no importa, os vamos a recibir como os merecéis. Además, os agradezco que hayáis venido. Así no tendré que buscaros más. Tenéis huevos... Sí, señor, lo reconozco.

—Piénsalo bien antes de tomar una decisión que...

Marc seguía defendiéndose, pero Yuri ya solo deseaba terminar.

—No tengo que pensarlo más. La decisión está tomada desde hace mucho. Si os hubierais presentado aquí hace unos meses...

La habitación ocupaba un gran tamaño. Las siete personas se habían repartido por allí como si estuvieran esperando algo. Marc volvió a evaluar mentalmente su precaria situación.

Yuri estaba al fondo, sentadito y con las manos vacías apoyadas en la mesa: muy lejos.

Valter, a su lado y de pie: muy lejos.

El tercer hombre, por delante de Valter y a un lado: también muy lejos.

El escopetero, por delante del anterior y con el cañón apuntando al más grande de los dos visitantes: cerca pero

inalcanzable antes de que les descerrajara varios tiros.

El quinto hombre estaba detrás de la puerta y a dos metros a la izquierda de Marc: presa fácil.

Marc, de espaldas a la pared, a escasos centímetros a la izquierda de Rafa.

Y Rafa, de pie.

Ninguno, excepto el escopetero, sujetaba armas en sus manos, aunque daba la sensación de que todos estaban listos para desenfundarlas como en una de esas escenas de viejas películas del oeste.

Marc volvió a evaluar su situación: mala, muy mala. Peor no podía ser. Al menos lo había intentado con todas sus habilidades. Antes de entrar, él no había supuesto que los aguardaran cinco personas en ese despacho; en cambio, ahora no tenía ninguna duda de que esperaban su visita. Su plan de pillarlos desprevenidos había fracasado. Aun así, lo había intentado. Había procurado embaucarlos con falsos planteamientos, mantener su compostura, mostrarse humilde pero firme y jugar las únicas bazas que se le ocurrían para salir de allí por su propio pie. Pero no lo había logrado. Yuri no se había dejado engañar. Y ahora estaban ahí, rodeados por cinco hombres que no les permitirían cumplir su sueño de disfrutar de una lujosa vida en una isla.

—Valter —llamó Yuri—, desármalos.

Valter caminó hacia Marc y Rafa mientras sacaba la pistola de la sobaquera. Pasó por delante del tercer hombre, que estaba a su lado, y luego por delante del escopetero. Se había interpuesto, estúpidamente, entre el cañón y los visitantes.

Error.

Leve...

Pero error.

Si existía una oportunidad de salir bien librados, era esa.

Había que aprovecharla.

Y lo que sucedió a continuación, aparte de sorprender a los siete hombres de la estancia, se desarrolló a gran velocidad: Marc se echó las dos manos al interior de su chaqueta; una ráfaga de metralleta horadó la puerta desde fuera; el hombre que custodiaba la puerta cayó acribillado; Valter y el escopetero apuntaron instintivamente sus armas a la puerta; Rafa se abalanzó hacia Valter; Marc sacó su cuchillo y su pistola; la puerta se abrió de una patada; el tercer hombre extrajo su arma y apuntó a la puerta; Yuri sacó un arma del cajón; Rafa golpeó el pecho de Valter con la bola de demolición; Valter chocó contra el pecho del escopetero; y Gabriel entró en la habitación con un Kaláshnikov.

Gabriel.

El jefe de Marc y Rafa.

En un momento muy oportuno.

Bramó:

—¡Putos rusos hijos de puta!

Y siguieron sucediendo cosas: Gabriel disparó; el tercer hombre disparó; Marc disparó; Valter y el escopetero cayeron al suelo cuando chocaron; Rafa continuó avanzando hacia ellos; todos los que antes habían disparado sus armas volvieron a disparar; Gabriel recibió varios impactos en el pecho; Marc, en la cabeza; Yuri, en el pecho; el tercer hombre, en el pecho y en la cabeza; y Rafa, Valter y el escopetero se libraron de los

balazos.

—Putos... rusos... hijos... de...

Y más cosas sucedieron: Gabriel cayó al suelo, muerto; el tercer hombre también, muerto; Marc también, muerto; Yuri se mantuvo en el sillón con las manos extendidas a ambos lados; Rafa estaba de pie; y Valter y el escopetero, tumbados, aturridos y vivos. Vivos sí, pero por poco tiempo, puesto que Rafa pateó sus sienes, los aturdió momentáneamente y, por último, les incrustó el hueso nasal dentro del cráneo con un solo puñetazo a cada uno. La cara del escopetero aguantó sin demasiados desperfectos; en cambio, la cabecita de Valter parecía un gran fruto silvestre reventado contra una superficie muy dura. Ese sí que había sido un momento de extrema necesidad para utilizar la bola de demolición.

Allí solo quedaban dos personas que respiraran: una, sin ninguna agitación en su pecho, Rafa; y la otra, moribunda, Yuri.

A Rafa no le costó mucho esfuerzo convencer a Yuri para que le indicara el escondite donde guardaba el dinero. Se llevó un montonazo, tal y como había asegurado Marc. Sin embargo, no había esperado encontrar una delicada bolsita de terciopelo negro, llena de piedrecitas que presentaban una talla distinguida y una casi total ausencia de color. Eran, desde luego, unas piedritas tan bonitas que, quizá, pudieran tener un valor muy alto.

Cuando Rafa salió del despacho, Yuri ya había expirado; pero antes de marcharse, registró los bolsillos de Marc y cogió las llaves de su coche. Salió al pasillo y vio en el suelo al guardián de la escalera. Inconsciente. Sin duda, lo había tumbado Gabriel. Pasó por encima y abrió la puerta. El estruendo de la sala anunciaba que allí la gente seguía divirtiéndose, ajena a los

siete cadáveres que yacían en el despacho del propietario del local. Bajó las escaleras, se mezcló entre la gente, accedió al restaurante y a la cocina y salió al callejón. No había nadie, excepto el vigilante que dormía plácidamente a la intemperie.

Se alejó.

Buscó el coche de Marc por los alrededores. Lo encontró y abrió el maletero. Una maleta contenía una bolsa con un buen montón de billetes, escondida entre varias prendas de ropa y objetos de aseo. Guardó las piedras y el dinero de Yuri en la bolsa y vació la maleta. Había papeles: dos tarjetas de embarque a nombre de Rafa y Marc en un avión que partía a la mañana siguiente hacia un lugar desconocido para él: la sorpresa que había anunciado Marc. Agarró los dos papelitos y se los guardó en su chaqueta.

Mientras caminaba hacia su coche, percibió algo extraño en las inmediaciones. Veía un ligero resplandor azulado reflejado en algunas ventanas y oía el sonido de sirenas policiales. Quedaban cerca, pero no se aproximaban hacia el París Restaurante. A los pocos segundos su impresión se confirmó: una estruendosa explosión y el sonido subsiguiente de escombros retumbaron en el suelo. O se trataba de un terremoto o se había derrumbado un edificio. Creyó que el sonido provenía de la misma zona en la que se encontraba el banco al que había visto entrar al marido de Eva, el tal Óscar, esa misma mañana. Quizá esa mujer hubiera logrado el objetivo de deshacerse de su esposo, siempre y cuando se hubiera desplomado ese edificio sobre él o se lo hubiera tragado una grieta abierta por el terremoto. Pero eso a él le daba igual. No se sobresaltó por el alboroto; no existía nada que sobresaltara a ese hombre.

Rafa llegó a su coche, se montó y consultó su libreta.



«Pintar».

«Tomarse unos vodkas».

«Dormir».

No sentía nada en la protuberancia de la ceja. Los pinchazos se habían largado con la misma parsimonia a como él mismo se había largado del París Restaurante. No le hacía falta tomarse unas copas para mitigarlo. Se propuso entonces abordar, por primera vez en todo el día, la primera de sus opciones.

—Pintar.

Se pasaría en su estudio el resto de la noche o el tiempo que le diera la gana con sus pinceles sus paletas y sus colores.

Al día siguiente...

Bueno, al día siguiente escribiría una nueva lista en su libreta; pero, de momento, anotó lo único que se le ocurría.

«Pintar».

«Subirse a ese avión».

# EPÍLOGO

Rafa vivía en un hotel.

Desayunaba, comía y cenaba allí desde que había llegado dos semanas atrás. Apenas salía del hotel, salvo para pasear descalzo por la playa, que, justo enfrente, se alargaba varios kilómetros a ambos lados. Por allí había muchos otros complejos hoteleros, que no se distinguían en absoluto del que se alojaba.

Rafa se despertaba pronto y se iba a pasear. Y se acostaba a medianoche después de dar otro largo paseo. No le importaba contemplar siempre los mismos lugares, mientras pudiera notar la fina arena bajo sus pies. alguna noche se bañaba completamente desnudo en esas aguas negras que refrescaban su cabeza. A esas horas nunca había nadie en la playa. En las pocas ocasiones que alguna persona, sobre todo parejas de enamorados, se cruzó con él, inmediatamente se alejó al ver salir del mar a semejante humanidad. No se bañaba por la noche para esconderse de nadie; y a se ocupaban los demás de esconderse de él.

Comía con moderación y sin prisas. Se esforzaba en sostener los cubiertos adecuadamente y en utilizar los mismos que otros comensales en función al tipo de alimento. A veces, su cerebro recordaba vagamente, como un destello, conocimientos residentes en su subconsciente ya olvidados. Las experiencias vividas con anterioridad al combate contra su hermano se habían incrustado tan profundamente en su interior que habían terminado por convertirlo en dos personas bien distintas: la de antes de la pelea y la de después. En alguno de esos momentos de lucidez, pensaba en ese cuadro que su

excompañero de universidad le había referido en la cafetería de aquella ciudad. En efecto, recordaba que había pintado *La Campiña*, recordaba a su profesor, a sus amigos de clase y el concurso que ganó con ese cuadro. Lo que no conseguía recordar era su composición ni qué había sucedido con él. Quizá estuviera entre ese montón de cuadros que había dejado en su piso cuando se marchó a esa isla. O quizá no. Pero esos momentos duraban poco. Enseguida, la habitual neblina se apoderaba de su cerebro y le traía a su vida actual.

A ese hotel.

A esa playa.

A esas aguas.

Y dejaba de concentrarse en su pasado.

Tenía un futuro muy tranquilo por delante, pero eso tampoco le preocupaba.

El presente...

Vivía el presente.

Antes de acostarse se tomaba unas copas en el chiringuito de la playa del hotel. Se estaba bien allí, tumbado en una hamaca, escuchando el murmullo de las olas y observando el cielo estrellado. Había descubierto que esos cócteles con sombrillita, tal y como los llamaba Marc, le producían una grata sensación. Ya no necesitaba tragarse cinco vodkas para mitigar el dolor de su ceja y poder dormir. Ni tampoco necesitaba pastillas.

Esos cócteles..., ese murmullo..., esa arena..., esas estrellas... le bastaban para sentirse bien.

En eso no se diferenciaba de ninguna otra persona en el mundo. Muchos otros clientes gozaban de sus mismas

sensaciones en ese lugar. Rafa era igual que ellos: uno más, una persona, no un saco de músculos.

Claro que se sentía bien en esa isla.

Buenas y malas personas se mezclaban por igual sin que se les notara. Sus trabajos, sus personalidades y sus acciones se abandonaban en sus lugares de procedencia en cuanto tomaban el avión hacia esa isla. Cualquiera de ellas podía ser un auténtico cabrón. Incluso puede que hubiera un par de cabrones en esa playa; sin embargo, no existía ningún motivo para que lo demostraran.

Un cabrón...

De eso sí que se acordaba con asiduidad, aunque deseaba que algún día, al levantarse, no lo recordara.

Con el regusto de esos cócteles todavía en su paladar, Rafa, en la cama, cogía su libreta todas las noches. Pensaba en lo que haría al día siguiente. Y, cuando lo decidía, escribía:

«Pasear».

Solo eso.

Solo había anotado esa palabra desde que había llegado al hotel.

Luego cerraba la libreta y dormía de un tirón.

Pasear.

Eso era precisamente lo que haría en cuanto se despertara.



*RAFAEL ESTRADA*  
**David**









# MAÑANA

A veinte minutos escasos de la ciudad, en una zona discreta, había un invernadero intensivo con una porción de terreno que no estaba dedicada a las frutas y hortalizas. Allí se cultivaba «la-mejor-hierba-de-la-comarca», como le gustaba anunciarla a Mustafá David. Ocho decenas de plantas con las raíces sumergidas en un depósito de nutrientes, con una bomba que administraba las disoluciones minerales necesarias para que los cogollos crecieran frondosos y saludables. Esa técnica le permitía desarrollar el doble de tricomas que cualquier otro cultivador de la zona. Para optimizar las cosechas utilizaba un cruce de Blueberry y una cepa Hace con Sativa dominante; el sabor del producto era dulce y provocaba un subidón eufórico, suave y energético. Mustafá las cuidaba con mimo, proporcionándoles todas las ventajas del cultivo hidropónico con sustrato de coco, que retenía la humedad manteniéndolo oxigenado y evitando que las raíces sufrieran por irrigación excesiva. Aunque tenía automatizado el flujo de riego, todas las mañanas y todas las noches debía tomar una lectura del PH, regular la temperatura, controlar el buen funcionamiento del termostato y las lámparas, y vigilar que la araña roja no se colara en la cosecha.

En un rincón, sobre una pequeña mesa con cajones, se encontraban desperdigados varios botes de leche en polvo. Mustafá prefería cortar el *speed* con lactosa, porque el bicarbonato cantaba demasiado. Todo eso, antes de que los trabajadores temporeros se hubieran despertado para dirigirse al tajo. Además de las lámparas HPS, había dos radiadores, dos ventiladores, cuatro extractores y una bombona vacía de CO<sub>2</sub>, bajo la que se ocultaba una rejilla de desagüe falsa. Allí

guardaba una caja hermética con un montón de dinero, demasiado, una pistola, una navaja mariposa, papelinas y pastillas de *speed*, y una bolsa repleta de pirulas de éxtasis. Sabía que ahí estaban seguras, porque solo él tenía acceso a ese invernadero dentro del invernadero.

Habían pasado tres años desde que Mustafá David Belhaj hiciera un trato con Fulgencio, su patrón. A cambio de liberarle del trabajo y hacerle fijo, le devolvía multiplicado por diez el sueldo y los gastos de la Seguridad Social, además de suministrarle toda la droga que fuera capaz de consumir. Para Mustafá era un chollo y para el dueño, que era adicto a la maría desde su adolescencia, un lujo disponer de camello propio y de la mejor hierba que había fumado en su vida.

Esa mañana andaba un poco ajustado de tiempo, porque había pasado mala noche y le costó arrancar. Había quedado con Quique, uno de los yonquis que le ayudaban a distribuir la mercancía, y todavía tenía que echar un ojo a la planta madre e inspeccionar detenidamente los esquejes. No iba a saltarse la rutina por ese gilipollas, porque no podía descuidar la base de su negocio. Le importaba una mierda hacerle esperar, pero como era lento de entendederas y tenía que llevar un pedido a la hora acordada, convenía no retrasar el encuentro para que pudiera asimilar todas sus instrucciones. Cuando terminó, llevaba diecisiete minutos de retraso. Echó en una bolsa de plástico cincuenta papelinas y una pirula de éxtasis, más cuatro bolsitas que fueron a parar al bolsillo trasero del pantalón, junto a la navaja, se montó en la moto y salió del invernadero en dirección a la ciudad, justo en el momento en que empezaban a llegar los somnolientos trabajadores.

Cuando llegó al parque, Quique estaba sentado en un banco con un cigarrillo encendido entre los labios, encogido de frío y frotándose las manos, zapateando el suelo con el tembleque propio del yonqui que aguarda la dosis.

—¡Joder, tío...! —se lamentó—. Que a estas horas hace rasca.

Mustafá apagó el motor, pero no se bajó de la moto. Miró a Quique con cara de mala hostia y escupió en el suelo.

—Calla y escucha. Esto no es solo trapicheo: es un trabajo con el que ganas pasta, así que compórtate como un profesional y deja de quejarte.

—Ya, pero...

—Ni pero ni pollas. Y no me interrumpas, joder.

Mustafá le explicó que tenía que llevar la bolsa de *speed* a una dirección, que tenía que entregársela a la dueña del pub en persona, que a veinte euros el gramo hacía un total de mil euros, que cuando hiciera la entrega, tenía que ir con la pasta a la playa, junto al chiringuito de los churros, sentarse, pedir algo y esperar pacientemente a que él llegara. A pesar de que se lo repitió dos veces, dudaba que hubiera conseguido retener toda la información, por lo que intentó explicárselo una vez más.

—Venga, vale, dame la bolsa.

—¿Tú eres tonto o qué?

—¿No habías dicho...?

—Sí, gilipollas, pero no aquí.

—¿Entonces, para qué hemos quedado en el parque?

Mustafá extendió el brazo, señalando con el dedo una

dirección.

—¿Ves esa cafetería de allí?

—Sí.

—¿Qué pone en el rótulo que hay sobre la puerta?

—Cafetería Troismen.

—Muy bien. Pues voy a ir a desayunar a la cafetería Troismen. Cuando me veas salir, entras tú, pides un café, vas al servicio, levantas la tapa del depósito de agua que hay sobre la taza del retrete y coges las papelinas, pagas y sales tranquilamente.

—¿Y no se van a mojar?

—Tú no te preocupes por eso y haz lo que yo te digo.

—¿Por qué tengo que tomar algo?

—Para no levantar sospechas, alelao.

—¿Y por qué tiene que ser un café y no una cerveza?

—Porque quiero que estés despejado, coño. Y deja ya de preguntar gilipolleces.

—Es que no tengo guita.

—¡Joder...! —Mustafá se hurgó en el bolsillo, sacó un billete de veinte, lo estrujó con su manaza morena, hizo una bola con él y lo encestó a la papelera situada junto al banco—. No cojas la pasta ahora. Espera a que yo esté dentro del bar.

—¿Solo veinte?

—El resto, te lo daré cuando hayas terminado el encargo.

Poniendo cara de pena y de desamparo extremo, Quique

preguntó:

—¿No me vas a pasar algo?

—En la bolsa hay una pirula para ti —respondió Mustafá.

—Vale, colega.

—Yo no soy tu colega —dijo, y le escupió en el zapato a Quique, aunque no acertó y el lapo acabó resbalando por la pernera del pantalón.

Después de humillarle, Mustafá puso en marcha la moto y se dirigió hacia la cafetería, sin volver la vista atrás, negando con la cabeza, pensando que no se fiaba demasiado de Quique. Todos los yonquis viven fuera del mundo real, tienen fecha de caducidad y son impredecibles.

Dejó aparcada la moto en la puerta, sin cadena, porque todos sabían que la moto del Musta era una Honda CBR 600 negra y a nadie se le hubiera ocurrido darse una vuelta por ahí con ella. Entró en la cafetería, que a esa hora casi siempre estaba llena, echó una rápida ojeada a la clientela y se coló en el servicio. Cuando salió, unos minutos después, se dirigió a la barra y se situó junto a un tipo enorme con una protuberancia en la ceja, que estaba sentado en un taburete. Barrió de nuevo la estancia con la mirada y susurró:

—Tengo lo que me pediste —el tipo se llamaba Rafa y parecía concentrado en lo que pensaba escribir en una libreta.

Sin dejar de mirar el bolígrafo perdido entre sus dedos, preguntó:

—¿Cuánto es?

—Lo de siempre.

—¡Eh, Musta! —les interrumpió un hombre con la cara

crispada.

Mustafá le respondió:

—Hola.

—Dame lo mío.

—Ahora estoy contigo, Óscar. Espera un momento.

—No espero nada.

—Dámelo —dijo Rafa.

—¡Musta, dame lo mío y a! —exigió Óscar.

—No levantes la voz, joder.

—Te juro que como no me lo des ahora mismo...

—Coge el dinero —dijo Rafa, dejando un billete azul sobre la barra.

—¡Joder! —dijo Óscar, que también dejó un billete sobre la barra—. Dame lo mío de una puta vez.

—Tranquilos, coño —dijo Mustafá, se metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón y acarició la navaja. Después, colocó dos bolsitas en los mismos lugares en los que estaban los billetes—. Aquí tenéis —se guardó el dinero—. ¡Joder, con las prisas! Me habéis quitado las ganas de desayunar. Me largo.

\*\*\*

Quique hizo casi todo lo que Mustafá le había dicho. Con algunas excepciones, porque él tenía su estilo. Esperó a que saliera del bar, entró, pidió una cerveza que se bebió de un trago y se dirigió al servicio, levantó la tapa del depósito de agua y allí estaba la bolsa, pegada con cinta de embalar. Tardó en salir más de lo necesario, pidió otra cerveza porque la anterior y a la

había meado y salió sonriendo, cargado de expectativas, a cumplir su encargo con un ligero cosquilleo en la nariz, una pirula de éxtasis en el bolsillo y el puntito del alcohol iluminando la mañana.

Una hora y media después le entregaba el dinero a Mustafá, en el chiringuito de los churros, como habían quedado.

—Si no estás contento con tu trabajo, dímelo. A lo mejor puedo ayudarte —tenía en la mano un billete de veinte y otro de diez.

—He hecho lo que tú me has dicho.

—Claro. No se te habrá ocurrido coger un poquito de aquí y otro de allá, para darte un homenaje.

—Venga, hombre. ¿Por qué dices eso?

Mustafá detectó la mirada culpable.

—Porque la dueña del pub dice que no todas las papelinas pesan lo mismo —con los dos billetes hizo un canuto y empezó a darle vueltas a la altura de la nariz, los ojos convertidos en ranuras.

Quique sudaba. Mustafá no.

—¿Y no puede ser que la tía quiera tangarte?

—¿Para qué iba a querer tangarme? ¿Para darse unos tiritos gratis? Tenía cincuenta bolsas, imbécil.

—Y yo qué sé —carraspeó. Le estaba costando tragar la saliva.

Le entregó los billetes, que Quique cogió con la rapidez de una cobra. Después, llamó al camarero, pagó la cuenta y cuando se dio la vuelta para dirigirse de nuevo a la barra, le metió a Quique

una papelina en el bolsillo de la camisa.

—Hazme un favor y llévale eso a la tipa del pub.

—¿Ahora?

—¿Tienes algo que hacer?

—No.

—¿Entonces?

—Vale, colega.

—Yo no soy tu colega —le encañonó con el dedo—. Esta es la última vez que me robas, hijoputa.

—Vamos, Musta...

—Lárgate.

Quique hizo ademán de irse, pero se detuvo en seco. Miró a Mustafá con cara de pena y Mustafá le miró a él, de esa manera que hacía que la espalda se le quedara fría. El sabor agrio de la cerveza le subió a la garganta.

—Tú sabes que yo...

—Que te largues, joder.

Cuando se hubo alejado lo suficiente, sacó el móvil y marcó el número de Vlad, un rumano que le echaba una mano en los asuntos delicados. Le dio la dirección del garito y le dijo que tenía que esperar a que Quique saliera y se hubiera alejado del pub.

—No te pases con él, que todavía le necesito. Haz que parezca un encuentro casual —asintió con la cabeza y respondió a Vlad—. Nos vemos esta noche.

Colgó.



# MEDIODÍA

El salón era fresco y era bonito cuando lo heredó de su madre. El aire estaba un poco cargado. Sobre la caja del Catán había dos litronas vacías y un cenicero, los cojines estaban en el suelo y las ventanas abiertas para que saliera el humo. Una lámpara de estilo oriental combinaba con el paño hindú que cubría la pared del sofá para crear ambiente. Los zapatos de Teo se encontraban aparcados junto al mueble, y la blusa de Alicia la estaba utilizando para taparse los pies, apoyados sobre la mesa, no fueran a quedarse fríos. Se trataba de un desorden pasajero, fruto de la fiebre del momento que ya duraba varios meses. Ya tendría tiempo de poner remedio y adecuar la casa. Agarraba la litrona mientras miraba con ojos bovinos la tele. A su lado, Teo acababa de darle una calada al chiri y no había previsto que era la maría del Musta, lo que quería decir que tenía el doble de tricomas y ponía el doble de pedo. El dulce veneno de la locura voluntaria le invadió. Empezó a toser, escupiendo los perdigones sobre las patatas fritas y los restos de pizza de la noche anterior que había en la bandeja. Una lágrima se desbordó mejilla abajo. Cuando consiguió calmarse, se secó los ojos y las babas con la servilleta blanca a cuadros rojos y dijo:

—Ésta es del Musta...

—Del Musta —confirmó Alicia.

—Es buena, la hijaputa.

—Buena, buena...

Le dio otra calada y volvió a toser.

—Del Musta... —balanceó la cabeza, valorando positivamente el comentario.

—Ya te digo...

—¿No decías que no tenías pasta?

—Me la fio ayer.

—¿Le debes pasta al Musta?

—Sí, ¿qué pasa? Pienso pagarle...

—Claro que le pagarás —hizo un gesto de hastío, porque la tía no aprendía—. Ya te vale.

Y siguieron viendo la tele.

—Ayer por la mañana, en la consulta, uno se desmadró y a poco le mete a un viejo.

—¿Para qué vas al loquero?

—Quiero dejar toda esta mierda.

—Yo también me estoy quitando —le dio un trago a la litrona, un buen trago, un eructo y apagó la chusca en el cenicero—. Lo que pasa es que me lo tomo con calma, a mi aire.

—Como yo.

—¿Y por qué sigues yendo al loquero?

—Por los diazepamés.

—Luego me pasas alguno. Bueno, sigue...

—Pues es que el nota era militar...

Sin prestarle atención, Teo cogió el diminuto sobre que había sobre la mesa, junto a la jaula del hámster, rasgó un trozo de papel de aluminio y vertió lo que quedaba sobre él. Aplicó la

llama del mechero por debajo y cuando empezó a brotar el preciado humo lo inhaló con el canuto de un Bic.

—Oye ¿el Musta sabe lo de las pastis?

—Sí, se lo he dicho yo.

—Por eso te ha fiado. Luego vendrá a por ellas.

—Lo que tú digas.

—Lo que yo diga.

Le pasó el papel y el mechero a Alicia, que repitió la operación sorbiendo ruidosamente y dejó de importarle lo que estaba contando, inmersa por fin en el sueño eterno, ese que dura un momento y te engaña, porque parece que el tiempo ha escapado a la casa del vecino, el mismo que golpea la pared cuando el volumen de la música se le hace insoportable.

—Ésta es del Pelos.

—Del Pelos —confirmó Teo.

—Es buena, la hijaputa.

—Muy buena...

Aplicó la llama al papel de aluminio e inspiró de nuevo. Las ataduras desaparecieron, su esencia ya no estaba presa de un cuerpo de yonqui auto flagelado, porque trascendía lo físico. Estar pedo era como viajar dentro de un globo transparente. Un campo de fuerza que te convertía en Jedi, te protegía de los males del mundo y te aislaba de la gente. Dependiendo de la sustancia que te metieras podía ensimismarte o volverte locuaz, podía modificar la percepción que tenías del tiempo, volviéndolo lento o rápido. Tú elegías. Si optabas por lo primero experimentabas la lucidez y te convertías en el Dalai Lama. Lo segundo te transformaba en Superman. Había una tercera

opción que nadie deseaba, la que te dejaba empanado. Eso sí, las alucinaciones eran gratis y personalizadas, cien mil millones de veces mejor que Avatar en 3D y sin necesidad de pagar suplemento por las gafas. ¿Lo mejor? Todo. Ya que te dejabas tentar, debías hacerlo a lo grande, sin arrepentimientos. Eso te hacía creer que llevabas el control y evitabas el mal rollo.

—Del Pelos —volvió a decir, con cara de cata.

—Ya te digo...

Como tenía que levantarse a por otra litrona, Alicia aprovechó para coger el tarro de las setas y acabar con los restos; y a puestos, mejor ponerse del todo que quedarse a medias. Después de servirse le tendió el tarro a Teo.

—Éstas son del Tordo —dijo Teo.

—Ahí te has colado, ¿ves? Son del Pelos.

—Son del Tordo —afirmó de nuevo Teo, y para convencer más a Alicia añadió—, que te lo digo yo.

—Si lo sabrá mi menda que ha sido quien las ha pillado, no te jode...

—¿No decías que no tenías pasta?

—El Pelos me fía.

—Mira tía, lo que tú digas, pero son del Tordo.

—¡Qué son del Pelos, coño! No ves que... —entonces un pequeño flas le iluminó el cerebro momentáneamente, algo que volvió del pasado con inoportuna intensidad—. ¡Hostias, tú! ¡Es verdad! Lo que no recuerdo es cuándo se las pillé al Tordo...

—¿Y para qué quieres saberlo?

—Por cabezonería, porque cuando yo me propongo una

cosa... ¿Cuándo se lo pille? Lo tengo en la punta de la lengua...

—¿El qué...?

—El qué de qué.

—No sé, tía... ¿De qué estábamos hablando?

—No me acuerdo...

—Pon música, ¿no?

Alicia cogió el mando de la tele y la conectó a YouTube vía wifi, pinchó un vídeoclip y subió el volumen.

—Están ricas las setas, ¿eh? —le dio un traguito a la botella y se la pasó a Teo.

—Ricas, ricas, pero que muy ricas...

Y siguió largando sobre la psilocibina y la silocina, porque no podía evitar dárselas de drogata culta, que las del Tordo eran las más potentes, las más frescas y bla, bla, bla, bla, bla, bla, aunque en ese momento Teo ya había dejado de escucharla. Le dio un nuevo trago a la cerveza, pensando que iba a tener que levantarse a mear si quería seguir bebiendo, y se la pasó a Ali que no paraba de hablar, moviendo la cabeza y las manos como si estuviera recitando rap. De pronto Alicia no podía parar de reír y le entró el pánico cuando fue consciente de los temblores, entonces se ensimismó, se metió dentro de algo parecido a una niebla luminosa y chapurreó a cámara lenta algo que el otro apenas entendió, porque la escuchaba desde muy lejos, como si se hubiera hecho pequeñita y le hablara con la cabeza metida en el frigorífico.

—Del Tordo —volvió a decir Alicia, poniendo cara de entendida, aunque en realidad dijo: «E oddo».

—Ya te digo... —o lo que es lo mismo, en el lenguaje

incoherente propio del momento: «A e igo».

Y así pasaron la mañana. En un momento dado se le ocurrió preguntar:

—Oye, Teo, ¿te queda costo...?

En ese momento sonó el telefonillo y los dos se miraron, como cuando años atrás el del quiosco los pillaba robando chicles. Risas excesivas, toses de tuberculoso y pataleos para aliviar el dolor abdominal. Se recompusieron enseguida, Alicia se puso la blusa y dijo:

—Ese es Quique.

—La partida del Catán. ¡Joder, lo había olvidado!

Entonces Alicia dijo:

—Pero si la partida es por la noche, tío.

—Hostia, tú, es verdad.

Nuevas risas. Agotaron el tema y se quedó pensativo unos segundos. Cuando consiguió asimilar la información, Teo preguntó:

—¿Vemos una peli?

—Vale.

Trasteó con el mando de la tele hasta que consiguió conectarla al dispositivo externo, un disco duro de dos terabytes repleto de películas descargadas con el eMule. Eligió una y le dio al *play*.

—¿Otra vez...?

—¡Pues elige tú, no te jodes! —y le pasó el mando.

—Vale, esa mola.

—Oye, Teo, ¿te queda costo...?

Teo guardaba el costo en un saquito de fieltro desgastado por el uso, cerrado con un cordel, que solía llevar en el bolsillo trasero del pantalón. Sacó la última china y empezó a elaborar un canuto. Cuando terminó, se lo pasó a Alicia para que lo chiscara. Una calada, dos caladas y se centró de nuevo en la peli. Ewan McGregor, arrodillado en un asqueroso cubículo encharcado de meados, introducía la cabeza en el interior de la taza de un retrete, dispuesto a zambullirse en un mar de zurullos.

Volvió a sonar el timbre del telefonillo.

—¿No vas a abrir?

—Es tu casa, colega...

Alicia le dio a la pausa, se levantó de mala gana, arrastró como pudo los pies hasta el interfono y preguntó de mala leche:

—¿Siii...?

—Cartero comercial. ¡Abre, hijaputa...!

Era Mustafá.

—Es el Musta.

—Prepara los diazepamés...

Volvió a sentarse, dio de nuevo al *play* y un nuevo trago a la litrona. Con su voz de listillo en off, Ewan McGregor relataba: «Tomábamos morfina, diamorfina, ciclocina, codeína, temacepam, nitracepam, cenobarbitona, harbital sódico, dexoproboxiceno, metadona, nalbucina, becimina, bentazocina, bupremorcina, detromoramida, clorometiozol...»

—Qué guay —afirmó Alicia.

—Ya te digo... —confirmó Teo.

Llamaron a la puerta. Mustafá entró y llenó la estancia con su presencia y las expectativas que irradiaba: maría gratis y alguna rayita de *speed*. A cambio, tendrían que escuchar de nuevo las anécdotas de siempre sobre cómo había conseguido escapar de la férrea disciplina rural a la que le tenía sometido su tío, en Aourir, en el sur de Marruecos. Les contó una vez más el accidentado viaje en la patera, lo de los tiburones y lo de como se libraron de ellos echando algunos negros como carnaza, y cómo burlaron la vigilancia de la Guardia Civil. Con su inteligencia y arrojo consiguió prosperar en un medio desconocido para él. También tenían que soportar algunas vejaciones, porque disfrutaba elevándose por encima de los demás, utilizándolos como peldaños. Pero ese era el precio y había que pagar, si querías lo que querías.

—¿No es esta noche cuando tenéis la partida?

—Ya sabes que sí.

—Pues me parece que vuestro amigo Quique no va a venir.

—¿Y eso?

—Es que esta mañana me ha hecho un trabajito y ahora tiene cincuenta euros y una pirula —sonrió sacando pecho, dando a entender que lo que él suponía y a tenía que estar sucediendo debido a su sagacidad—. Os ha dado plantón otras veces, ¿no?

Teo y Alicia guardaron silencio, ambos embargados por una sensación apremiante, pensando en cómo presentarse en casa de Quique y tomarla por asalto para obligarle a compartir las provisiones. Teo se había pulido todo costo, a Alicia y a casi no le quedaba maría y del *speed* solo el envoltorio. Ahí fue cuando Mustafá se sentó frente a ellos, cogió el grínder que había



sobre la mesa, sacó la bolsa de maría, un papelillo, hizo un filtro con una tarjeta que había por ahí, preparó la mezcla y empezó a hacerse un porro con esa parsimonia típica de él. Lo encendió sin dejar de sonreír y se demoró intencionadamente entre calada y calada. Cuando se lo pasó a Alicia sabía que no le iba a llegar a Teo, que miraba impaciente cómo se consumía, intentando disimular la ansiedad sin conseguirlo del todo.

—Necesito que me pagues, Ali.

—No tengo guita. Te lo dije ayer.

—Hay otras maneras de pagar. ¿Y esos diazepamés?

A Alicia se le pintó la cara del color de la tristeza infinita, que no ablandó a Mustafá. Se levantó del sofá, abrió el cajón de la cómoda a cámara lenta, sacó una caja verde y blanca y se la dio.

Mustafá la abrió.

—Aquí falta un blíster.

—Me estoy medicando. Ya lo sabes.

—¡Pues no es suficiente, joder!

—Venga, tío, que todavía quedan cuatro.

—Ya, pero me debes dos semanas y no quiero perder la cuenta. Además, me ha dicho el Tordo que le has pillado setas —y golpeando los nudillos en la palma de la mano, recitó—: y le pagaste a-to-ca-te-ja.

La mirada de Alicia se escapó hacia otro lado.

—Y al Musta que le den por culo, ¿verdad?

Entonces, se bajó la cremallera y se puso frente a Alicia, que se había sentado de nuevo en el sofá. No le importaba que Teo

estuviera delante, porque Mustafá también se había puesto delante de él en alguna ocasión que no había tenido para pagar y tuvo que chuparle la polla a cambio de olvidarse de la deuda. A pesar de todo le pidió a Teo que le trajera una cerveza del frigorífico y le pasó la bolsa de maría para que se hiciera mientras tanto un chiri.

Cuando Mustafá se largó, Alicia dijo sorbiéndose los mocos:

—Tengo que dejar toda esta mierda.

—Yo también —reconoció Teo, poniéndose los zapatos. Después, dejó el encendedor que le había mangado al Musta, porque Teo era un maniático en esos menesteres, experto en sustraer mecheros a quien se le pusiera por delante. Ese, sin embargo, no se lo guardó; lo dejó sobre la mesa como una ofrenda a la víctima. Cuando abrió la puerta de la calle gritó desde el descansillo, impostando una emoción que en esos momentos estaba muy lejos de sentir—. ¡Esta noche toca partida...!

Alicia no respondió.

Tenía que pensar seriamente en dejarlo si es que quería enderezar su vida. Aunque se lo había sugerido el doctor Cifuentes, quien debía tomar la decisión era ella y solo ella, así que iba a cortar por lo sano. Lo que le había hecho enfocar el asunto correctamente fue la insistencia del médico en que estaba enferma. Ella siempre se había visto como una tía maja, simpática y juerguista, que aprovechaba la vida para divertirse, porque eso no solo no era malo, sino que estaba bien visto. Y se encontraba sana ¿no? Enfocarlo desde el punto de vista del doctor le permitió darse cuenta de que se estaba yendo a la mierda. Había conseguido dejar la coca y los chinos y se notaba más centrada, aunque no dejaba de pensar en ellos. Una

semana espantosa de la que apenas recordaba nada. Sudores, vómitos, un pellizco en la tripa y la sensación angustiosa de que el tiempo pasaba tan despacio que parecía ir hacia atrás. Y las paranoias. No se le iba de la cabeza el miedo que pasó en el autobús cuando miró al tío que estaba sentado frente a ella y descubrió que tenía los ojos amarillos, casi anaranjados. Entonces sonrió, una sonrisa de dientes podridos con gusanos asomados a los agujeros de las caries. Se levantó de un salto, evitando mirar al resto de los pasajeros, porque sabía que todos ellos tenían también los ojos amarillos. Bajó en la siguiente parada e hizo a pie el resto del camino, convencida de que había tenido una revelación: estaba en el Purgatorio y no habría salvación para ella porque su mirada había conseguido rasgar el velo de las apariencias y ya nunca más dejaría de saber lo que sabía. Lo más terrible de todo es que desde entonces ellos sabían que ella conocía el secreto. Ese día no paró de caminar. Era consciente de que en el momento que lo hiciera, la cercarían y la atraparían para mostrarle las puertas del Infierno, donde sus ojos se volverían amarillos como los de ellos, porque había consumido todas sus oportunidades de redimirse y el fuego ya estaba dentro de su cuerpo. Cuando mirabas al abismo, el abismo también te miraba a ti, o algo parecido. Se lo dijo el gato que montaba guardia en el tercer escalón del portal, cuando regresó a su casa, agotada de tanto caminar. También tenía los ojos amarillos, como ellos. También la estaba vigilando.

A la mañana siguiente supo, sin ninguna duda, que había sido una alucinación, pero le aterraba tanto la posibilidad de experimentarla de nuevo que le entraban sudores solo de pensar en ponerse. Lo cierto es que todavía notaba cómo tiraba la droga de ella, como la tentaba con recuerdos y expectativas intentando seducirla. Pues bien, no pensaba ceder y ahora le

tocaba el turno a las setas, el *speed* y los porros. Estaba decidida a cambiar, a ser una mujer nueva, renovada, con la mente despejada y rápida, como cuando era una adolescente. Ni una droga más. Abrió una lata de cerveza, encendió un cigarrillo y se tomó un diazepam para sobrellevarlo, porque las drogas legales no contaban. Miró la jaula del hámster. Parecía tranquilo. Encendió el televisor y puso la peli de los 300, para ver a gente sana y luchadora, como ella. Cuando la película iba por la mitad, antes de que empezaran las hostias guapas, el escudo de Leónidas le recordó la tapa del grínder. Siguió viendo la película, pero ya no conseguía concentrarse, porque sentía la necesidad de tener el picachu en sus manos y ver por qué le estaba mandando un mensaje desde la pantalla del televisor. ¿Dónde estaba, joder? Después de buscar por todo el salón, continuó con el dormitorio, la cocina y el cuarto de baño. Cuando estaba a punto de darse por vencida, lo encontró debajo de la caja de la pizza. Lo acunó entre sus manos y se lo llevó al pecho, le quitó la tapa, miró el interior y descubrió el regalo que esperaba, un montón de diminutos y brillantes tricomas que le iban a quitar el mono. Por algo le llaman grínder sorpresa. Empezó a rascar con el cuchillo de cocina, uno a uno, los dieciséis pinchos de la tapa, «Ris, ras, ris, ras...», y los doce de la base, «Ris, ras, ris, ras...». Cuando el interior estuvo limpio, había conseguido reunir un montoncito de deliciosa resina. Rompió medio fortuna, lo desmenuzó con los dedos, retirando el papel y echó las raspaduras dentro de la trituradora. Después de batirlo a conciencia, para asegurarse de que la mezcla era homogénea, lo abrió, lo esparció a lo largo del papel e hizo un filtro con la tarjeta de la tienda a la que había ido a buscar trabajo. Le dio un lengüetazo al papel y prensó el extremo abierto con el lápiz de Ikea. Enrolló el extremo formando un agujón. Lo encendió y dio una calada del copón...

—¡Ffffffffff...!

Se puso los cascos, programó el mp3 en modo aleatorio y esperó. Empezó a sonar «Brimful of Asha», de Cornershop.

De buten. Apagó la tele y cerró los ojos...

Alicia había dicho que lo estaba dejando, no que lo hubiera dejado.

\*\*\*

Cuando Quique llegó a su casa, en San Javier, fue directamente al servicio, a vomitar y a lavarse la cara, que estaba hinchada y salpicada de costras recientes. La nariz taponada por la sangre seca seguía estando entera y eso le alegró, porque al recibir la patada de ese hijoputa sintió un desagradable chasquido que le hizo pensar que se la había roto. Fue a la nevera, cogió la botella de agua y bebió un trago. Se tumbó en la cama, sacó del bolsillo del pantalón la pirula que le había dado el Musta y la colocó bajo la lengua. Veinte minutos después tenía la boca seca. Empezó a sentir como su cerebro liberaba dopamina y aumentaba la sensación de euforia; desapareció la ansiedad, el dolor y la fatiga provocada por la paliza.

# TARDE

Esta vez sí que sí. Quique lo tenía programado en el móvil cada cuatro horas y no pensaba fumar si no se lo decía la alarma. Había elegido «Twist» como melodía, porque Korn es contundente y se oía en cualquier sitio. Así no podría ponerse excusas. A ver, ¿veinticuatro horas divididas entre cuatro...? Seis canutos por día para empezar, después y a iría bajando la dosis. Había terminado definitivamente con la coca, y la privó solo de vez en cuando. Perico ni hablar, solo en los conciertos. No hay nada como organizarse para ser feliz. Cogió el grínder y empezó a elaborar el porro, despacio; cuando lo terminó, lo colocó junto al encendedor, puso el librito sobre el paquete de tabaco y la tarjeta que utilizaba para hacer los filtros. El grínder al lado. Cerró los ojos, atento al sonido del móvil y al hormigueo que sentía en el estómago, deseando que pasara el tiempo de una puta vez. Fue al frigorífico a por una litrona para hacer más llevadera la espera y le dio un trago a la botella.

Quique no tenía ni idea de lo que iba a hacer cuando se le terminara el puto paro, porque había decidido dejar de ser el recadero del Musta. Buscaría trabajo y les pediría dinero a sus viejos, claro. Aunque no en ese orden, necesariamente. Alicia tenía piso y Teo vivía con sus padres, pero él tenía que pagar el alquiler.

Pasaron los minutos, lentamente. Encendió un cigarro, que no es un porro pero se le parece si el tabaco es de liar. Ese tarde, después de la siesta, se había despertado con una sensibilidad inusual. Estaba triste, debido a la paliza y al bajón del éxtasis. No paraba de llorar y no podía evitarlo. Tampoco quería, porque cuando surgían las lágrimas siempre era por algún motivo.

Intentó ver una peli, pero un moscardón no paraba de dar vueltas delante de la pantalla y no podía concentrarse. Intentó cazarlo, pero era mucho más rápido o más listo que él, de manera que desistió. Encendió el ordenador, abrió su blog y empezó a escribir. Se preguntó por qué sentía la necesidad de contarlo. No buscaba consuelo, porque eso era de pringados. Tampoco lo contaba para contagiar su tristeza a los demás. Eso, además de egoísta, era de mal gusto. Sabía que pasaría. Él no era así. Siempre recurría al humor y se refugiaba en la risa fácil. Cuando le entraba la rabia utilizaba el sarcasmo y la ironía y eso le llevaba de nuevo a la risa. Se sentía un poco tonto escribiendo sobre eso, pero al mismo tiempo no podía parar... Vaya, se había quedado sin palabras. ¿No era gracioso? Ahora estaba llorando y riendo a la vez y de nuevo brotaron las palabras. No sabía qué era lo que le pasaba. Editó lo que había escrito y se asomó a la ventana, porque le había parecido escuchar unos disparos. A lo lejos se oían las sirenas de la policía. Desde la rama de un árbol una urraca le echó la bronca de forma insistente, con su voz rasposa y desagradable. Cerró la ventana, entró en Facebook y vio que alguien le había dado a "me gusta" en una foto que puso ayer. Sonrió. Empezó a navegar y a darle "me gusta" a las fotos y video clips de sus amigos. Se sentía generoso. Compartió algunas entradas y recibió inmediatamente nuevos "me gusta" a lo que había compartido. Ya no lloraba. Ya no estaba triste y siguió compartiendo y clicando, clicando y compartiendo. Cuando terminó, abrió la ventana de nuevo. No había disparos, las sirenas habían enmudecido y la urraca se había largado a tomar por culo. Sonó la melodía de Korn, encendió el canuto y aspiró una profunda calada. Se relajó de inmediato, dispuesto a disfrutar la recompensa, satisfecho por su fuerza de voluntad, la sonrisa en los labios, la boca seca, la mente de nuevo aquí y

ahora. Tres horas pasaban en un abrir y cerrar de ojos.

Sonó el móvil.

Era Teo.

Le quitó el sonido.

Ahora que lo estaba dejando no podía permitir que Teo con su jeta de pidón le gorroneara la maría que le quedaba. No te jode. No lo iba a coger, porque eso implicaba quedar y desbaratar el plan. Además, los caladones que daba dejaban temblando el canuto. Se estaba quitando y quería hacerlo tranquilamente. Si quedaba con Teo, su objetivo se iría a la mierda. Con el chiri encendido se metió en Google Chrome, abrió una ventana de incógnito y empezó a navegar.

Sonó el telefonillo.

Puto pesado. ¡No le iba a abrir, joder! Cerró la página en la que una tía que estaba de muerte jugaba con un consolador. Cogió el grínder, le dio un pellizco al cogollo, desmenuzó medio cigarro y aderezó la mezcla con las vueltas de rigor. Se hizo otro canuto sin haber terminado el anterior y lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón; después, cogió la bolsita de la marihuana y la escondió detrás del televisor. No pensaba abrirle, pero por si acaso...

Teo era un tipo excelente, pensó con ironía, que siempre te daba todo lo que le sobraba. Pero esa tarde no era el momento. Sonó el timbre de la puerta, porque algún vecino de mierda le había abierto el portal. Quique se puso nervioso. Intentó no hacer ruido, pero tropezó con la pata de araña de la lámpara que había junto al sofá. Lo había tenido que oír, de manera que no le quedó otro remedio que abrir la puerta. Salió de Internet, apagó la pantalla del ordenador, abrió la ventana para que se fuera el



pestazo a María y gritó: «¡Ya vaaa...!»). Cuando abrió la puerta fingió alegrarse:

—¡Hombre, Teo!

—¿Qué pasa, joputa. ¿Por qué no me abrías? —Entonces reparó en la cara—. ¡Hostia, tú...! ¿Qué te ha pasado?

—Un hijoputa colgao que la ha tomado conmigo.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, joder. Iba por la calle, de tranqui, y un tío que parecía un autobús tropezó, se me echó encima y me dijo que tuviera cuidado, que era un gilipollas y que me iba a partir la cara.

—¿Así, por las buenas?

—Yo le dije que había sido él y me pegó un empujón. Traté de cubrirme y me llovieron hostias por todos los lados. Me acurruqué en el suelo y empezó a darme patadas hasta que se hartó.

—¡Joder...!

—También me quitó el dinero.

—¡Joder...!

—Creo que esto ha sido cosa del Musta.

—No jodas. ¿Por qué?

Quique le contó entonces lo del encargo que esa mañana le había hecho al Musta. Le contó que en el servicio del bar se había metido unas rayitas de *speed*. Le contó que la tipa del pub se había dado cuenta y se lo había largado al Musta. Le contó que tuvo que ir a compensarla y que el moro se había mosqueado. Le contó que, justo al salir, el tipo le entró porque sí, como si tuviera que hacerlo.

—Cuando acabó de darme de hostias me dijo que le diera la pasta.

—¡Joder...!

Teo cambió de tema.

—¿Por qué no abrías?

—Me he quedado sopa, tronco —mintió—. Me ha despertado el timbre y cuando iba a abrir he tropezado con la puta lámpara.

—¿Nos hacemos un chiri?

—Sólo me queda esta toba.

—¿Pillamos?

—No tengo guita.

—Yo tampoco.

—¿Y cómo pensabas pillar?

—Le puedo pedir a mi vieja.

—Vale.

Se fumaron la toba, se puso las chanclas y fueron a la casa de Teo. La madre, de mala gana y gruñendo, le dio cinco euros. Decidieron ir al parque. Por el camino empezó a sentir el resabio de la culpabilidad por aprovecharse de Teo, su colega de siempre. Se metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón y fingió sorpresa cuando sacó el canuto que escondió antes.

—¡Coño! —exclamó, aparentando asombrarse—. Mira lo que aparece por aquí.

—La vida es bella —dijo Teo.

Se sentaron en el parque a disfrutar el momento, después de

pillar una litrona bien fría en el chino. Mientras estaban allí apareció el Pelos, que les robó unas caladas del chiri y unos tragos de cerveza. No les importó, porque sacó una china de costo y se hizo un canuto mientras les contaba que había habido un atraco en un banco, a pocas manzanas de allí. También les contó que la policía había detenido al Tordo.

—¿El Tordo estaba robando el banco?

—No, hombre, no. ¿No veis las noticias? Los atracadores llevan todo el día en el banco, y tienen rehenes. Al Tordo le han detenido por tráfico de drogas.

# NOCHE

Alicia sabía que tenía una china en algún sitio. No es que fuera a empezar a fumar de nuevo, es que la había guardado para un caso de emergencia. Es mejor atajar el asunto de una pequeña recaída sin importancia que volver a pillar. ¿Dónde la había dejado? Mientras intentaba recordar donde coño la había escondido, recurrió al último recurso: limpiar el interior del grínder con un pincel de pelo duro para hacerse el último chiri *light* con el polvillo que quedó después del raspado a que lo sometió antes. «Menos es nada», se dijo, mientras barría los dientes con amoroso cuidado. Esto no es recaer, está claro. Estrictamente hablando, recaer es pillar. Escuchó una explosión. Se asomó a la ventana y vio un resplandor a lo lejos. Un coche de bomberos pasó a toda hostia en dirección al incendio. Cerró la ventana y puso música. ¿Qué estaba haciendo? Ah, sí, rascar el grínder. Cuando terminó, pasó los dedos sobre la alfombra, bajo el sofá, buscando los diminutos grumos de costo que se perdían en el suelo cuando volcaba la mezcla sobre el papel.

Sonó el telefonillo.

Alicia miró el reloj:

—¡Hostia, la partida!

Había olvidado la partida de Catán. Pulsó el botón y abrió la puerta. Quique y Teo entraron. Se sentaron y, solo entonces, Alicia se dio cuenta de la cara cubista que traía Quique. Se lanzó sobre él y le abrazó sin contemplaciones. «¡Aaah...!», se quejó Quique. «¿Qué te ha pasado?» Lágrimas, mientras Teo se lo contaba, porque a Quique le emocionó la reacción de su

amiga y no fue capaz de hablar. Solo le salieron hipidos, mocos y babas, que fueron a parar a la blusa de Ali. Entonces, mientras preparaban un canuto con las raspaduras del grínder y los grumos que encontró para aliviar las penas, Alicia lo dijo.

—¿Le pillamos al Tordo?

—Le han detenido.

—¡No jodas!

—Nos lo ha dicho el Pelos.

—Pues al Pelos.

—Dice que lo ha pasado todo. Solo le queda una china para él y de esa no pasa.

—¿Y si llamamos al Musta?

—¿Qué...?

Ya estaba dicho y la idea revoloteó en el aire.

—No tenemos guita.

—Yo tengo tres euros —anunció Teo.

Alicia, la que lo estaba dejando, aportó la genial idea:

—Pues se lo dejamos a deber.

—¡Pfff...! —Quique soltó el aire y dio su opinión al mismo tiempo.

Sabía que el sopor de la marihuana iba a hacer que la cara le doliera menos, que relajaría el ambiente y brotarían las risas y las complicidades. Sólo pensaba en eso y no en lo otro. Un yonqui no suele ser consciente de su comportamiento autodestructivo, porque no desea arruinar su vida, solo quiere disfrutar el momento, un momento que puede llegar a durar

años o décadas, según el tiempo de reacción de cada cual. Un momento que se escapa entre los dedos sin que puedas percibirlo. Aquellos que todavía creen que pueden elegir, hace tiempo que eligieron. Aquellos que creen que tienen el control, siempre se engañan. Por eso, después de sopesar más los pros que los contras, se encogió de hombros y asintió. Anticipando el momento, experimentó una mezcla de euforia e inquietud.

Fue Alicia quien le llamó.

\*\*\*

Después de hacer el recorrido por los institutos, donde una avanzadilla de merodeadores acechaban y abastecían las debilidades de los adolescentes, recogió la colecta del día, pagó a sus camellos e hizo una llamada anónima a la poli para denunciar donde guardaba el Tordo su alijo. Cuando Mustafá regresó de nuevo al inviernadero, los trabajadores ya estaban en sus casas o en los bares y todo estaba en silencio. La luz de la oficina se encontraba encendida, lo que quería decir que el dueño estaba dedicado a la parte administrativa del negocio, aguardando la bolsa de maría que, un día sí y otro también, le entregaba religiosamente su empleado. Le saludó con la mano y entró en el cuarto de cultivo. Después de revisar que todo estaba en orden, abrió el bote de los cogollos y llenó una bolsita para el jefe.

El puto jefe.

Sonó el móvil.

Era Alicia, para contarle que no tenían nada para la partida, que sabía que era tarde, que se enrollara, que si le podía llevar diez gramos de maría para sobrellevar la parti. Y Mustafá, después de hacerse de rogar, porque sabía que era tarde, se

enrolló y acordó que dentro de un rato estará allí, el buenazo del Musta, con las provisiones acordadas para sobrellevar la parti. Así que abrió de nuevo el bote de los cogollos y pesó diez gramos que metió en una bolsa más pequeña que la que había preparado para su jefe.

¿De dónde habrían sacado la pasta? Porque esa mañana no tenían ni un euro. Mustafá tenía tanto dinero que prefería que no le pagaran. Por la experiencia, por los favores que podía conseguir y por ver las caras de esos pringados sometidos a sus caprichos. Durante unos momentos, Mustafá David Belhaj jugará a ser el rey, el *malik* que llegó en una patera con las manos vacías y conquistó Occidente.

Volvió a sonar el teléfono. Esta vez era Vlad.

—Que sí, pero tardaré un poco más porque antes tengo que hacer una entrega. ¿Que dónde? —y se le ocurrió una idea que podía resultar divertida. Mustafá le dio la dirección y le preguntó si conocía la calle. Vlad respondió que sí, que podía estar allí en menos de media hora—. Espérame abajo, en el portal — escuchó la respuesta de Vlad—. No, no, en la acera de enfrente, no: en el portal. Verás la moto en la acera. Toca el motor con la mano y subes cuando y a no queme. Es el cuarto derecha.

Abrió la trampilla y dejó el fajo de billetes con la recaudación del día, cogió la pistola, una *Sig Sauer* subcompacta, que le requisó a un alemán que no pagaba sus deudas. Era pequeña pero letal y apenas pesaba 500 gramos cargada. La guardó en el bolsillo trasero del pantalón, en el izquierdo, porque en el derecho llevaba la navaja y los diez gramos que le había pedido Alicia. Salió del cuarto, cerró con llave, entró en la oficina y dejó una bolsita de su mejor maría sobre la mesa de Fulgencio, con delicadeza, aunque le habría gustado estampársela en la cara y

pegarle un tiro en su cabezota redonda como una calabaza. No olvidaba, no podía ni quería olvidar cómo fue tratado antes de que ese hijoputa le permitiera camuflar su negocio en el inviernadero. Como detalle añadido, dejó al lado de la bolsita dos papelines de *speed* sin cortar, con un poquito de mala leche y el gesto inadecuado. Fulgencio pegó una palmada en la mesa, estrujó las papelines y se las tiró a la cara. Mustafá sonrió, se abrazó a sí mismo en señal de sumisión, las recogió del suelo y se despidió. La sonrisa desapareció bruscamente cuando se dio la vuelta.

En quince minutos se plantó ante el portal de la casa de Alicia. Llamó al telefonillo. Una voz temblorosa, teñida de ansiedad, preguntó:

—¿Siii...?

—Soy el camello de los reyes magos, hijaputa.

—Vale.

El pestillo cedió de mala gana. Mustafá empujó la puerta con más fuerza de la necesaria y el pomo se estrelló contra la pared, haciendo un poco más evidente la marca de las energías excesivas. El vecino del bajo se cagó en la puta madre del cabrón que acababa de entrar. El cabrón subió en el ascensor silbando, conteniendo la risa. Al llegar al cuarto derecha, las ganas de fumar y a habían abierto la puerta. Alicia la sujetaba, sonriendo sin ganas.

—Vaya, vaya... ¿Qué tenemos aquí?

La ampliación del Catán, Piratas y Exploradores, se encontraba primorosamente dispuesta para el inicio del juego. Todos tenían un poblado, una ciudad portuaria, una carretera, un barco y una familia de exploradores preparados para descubrir



las islas y hacerse con los beneficios de la colonización. Un juego como la vida misma. Los dados estaban en una esquina de la mesa. Mustafá tiró la bolsa sobre el tablero, un dado rodó y cayó al suelo.

—Son cincuenta euros —y extendió la mano, solicitando el pago.

—Mañana te pagamos, ¿vale?

El que había hablado era Teo.

—No eres tú quien me ha llamado, así que cierra el pico. ¿Qué pasa con la pasta, Alicia?

—Mañana te pago. Enróllate, colega.

—Yo no soy tu colega. Quiero la pasta o me llevo la bolsa.

Silencio expectante. Alicia reaccionó:

—Joder, Musta. Sabes que siempre te pagamos, ¿no?

—No. No me pagáis siempre. A menudo tengo que cobrarlo de otra manera y termino perdiendo pasta.

—Hombre, y a que la has traído, ¿qué sentido tiene que te la llev es?

De nuevo fue Teo el que habló y de nuevo Mustafá le mandó callar.

—¡Joder! Siempre igual. ¡Putos y onquis! —cogió la bolsa y se la guardó en el bolsillo trasero del pantalón, junto a la navaja. Una vez más se había hecho el dueño de la situación y se disponía a disfrutar. Mustafá David era el rey del momento y los iba a obligar a pagar el vasallaje—. Me la vais a chupar.

—Tío, que ya te la he chupado antes. ¿No me vas a fiar hasta mañana?

—Tú sí, pero estos no. Quiero que me la chupéis los tres, a ver que se siente.

—No hablas en serio.

—¿De verdad? —Mustafá empezaba a disfrutar.

—¿No te parece excesivo por diez gramos de mierda? —Teo quería creer que estaba de guasa e intentó seguirle la broma.

—No lo habéis entendido. La maría me la llevo, pero me vais a pagar por hacerme venir hasta aquí.

—¡Ya te hemos dicho que no tenemos dinero, joder!

—Entonces, me la chupáis.

—¡No te lo crees ni tú!

El que había respondido era Quique.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Lo sabes muy bien —Quique tenía los ojos rojos y los labios apretados, desafiante, como si fuera a saltar impulsado por la rabia. Total, y a le habían hostiado... Qué importancia tenía una hostia más—. Si no quieres fiarnos, te largas y en paz.

Mustafá se llevó la mano al bolsillo trasero y todos respiraron aliviados, pero en lugar de la bolsa apareció la navaja de mariposa que con un doble giro de muñeca desnudó la hoja, dejándola a un palmo de la cara de Quique.

—Vas a empezar tú, por bocazas. Ábreme la cremallera y saca la polla.

—Tío, te estás pasando.

—¿De verdad crees que me estoy pasando? —hizo un

quiebro con la muñeca y una línea carmesí apareció en la mejilla.

—¡Serás cabrón...! ¡Me has cortado, hijoputa!

—La próxima vez te rebano la nariz. Abre la cremallera.

—No hablas en serio.

—Eso ya lo has dicho antes. Empiezas a repetirte.

Alicia y Teo permanecieron inmóviles, aterrorizados y aliviados al mismo tiempo, por no estar ellos en el punto de mira en esos momentos. ¿Qué podían hacer? Había una litrona vacía en el suelo, cerca, muy cerca de Teo. Si era rápido podría estrellársela en la cabeza, pero el miedo le tenía paralizado. Alicia ni siquiera se planteó la idea de atacarle. Temblaba y respiraba sin control, hiperventilando, a punto de sufrir un ataque de pánico. No debía gritar ni hacer gestos bruscos, para evitar llamar la atención de la navaja, una navaja que podía desfigurarla y dejarla marcada para siempre. Quique titubeó, negando con la cabeza. El sudor y las lágrimas hicieron que le escociera la herida. Se llevó la mano a la cara y al verla manchada de sangre desaparecieron las dudas.

—¡Vamos! —apremió Mustafá.

Quique estiró la mano en dirección a la cremallera.

—¡Con esa mano no, gilipollas! ¿Quieres mancharme el pantalón?

Hubo un cambio de mano. Con los dedos índice y pulgar agarró el tirador de la cremallera y lo arrastró hacia abajo, dejando al descubierto la protuberancia de los calzoncillos. «Sácala», dijo Mustafá, y Quique la sacó, resoplando, sin ocultar la repugnancia que le producía y el odio contenido que iba acumulando.

—No me obligues a repetirlo.

Con los ojos cerrados se introdujo el glande en la boca. Notó la erección y sintió una arcada. «Como vomites, te rajo». El espasmo cesó de inmediato. Mustafá le agarró de los pelos y lo atrajo hacia él. Quique apenas podía respirar. Estaba siendo violado y no podía hacer nada para evitarlo. Se sentía vacío, como una marioneta, sopesando si era inteligente arriesgar la vida por salvar la dignidad, si merecía la pena morir por algo tan vago como la autoestima. No sabía la respuesta correcta y se dejó llevar, como una hoja a merced del viento.

—Para, para... —dijo entonces Mustafá, tirándole de los pelos —. No te emociones, que tus amigos también tienen que pagar.

Quique se dejó caer hacia atrás, hecho un ovillo, gimoteando.

—Te toca, Teo.

Teo se levantó del sofá empuñando la botella.

—No te lo crees ni tú, maricón.

El hámster se removió en la jaula.

—¿Qué has dicho?

—Que te acerques si tiene huevos.

Reaccionó por instinto como un animal acorralado, torpemente, golpeándole sin fuerza en la cabeza con la litrona. Mustafá le clavó la navaja en el brazo y la botella cayó al suelo, rodando y yendo a parar bajo la mesa. Teo soltó un grito demasiado agudo, mientras Quique y Alicia se alejaban del sofá en dirección a la puerta, uno hacia el cuarto de baño y la otra hacia la cocina. Una bofetada estampó a Teo contra el suelo, donde permaneció encogido, aprisionando la herida con la otra mano para contener la hemorragia. Alicia apareció con un

cuchillo de cocina en la mano, gritando como una loca. El hámster empezó a corretear. Quique agarró una banqueta por la pata y Teo consiguió reaccionar, de nuevo con la botella en la mano. Se estaba incorporando cuando Mustafá metió la mano izquierda en el bolsillo trasero del pantalón y le apuntó a la cabeza con la pistola.

—Deja la botella y acércate despacio.

Teo dejó la botella y se acercó despacio, mostrando las manos abiertas hacia arriba.

—Tú, tira el cuchillo al suelo, no te vayas a cortar —y dirigiéndose a Quique—. Deja la banqueta allí, en el rincón, y os sentáis los dos en el sofá. —Miró a Teo, que seguía con los brazos en alto y le puso el cañón de la pistola sobre la frente—. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Teo hizo lo que tenía que hacer, hasta que le llegó el turno a Alicia, que se introdujo el pene en la boca, deseando que se corriera lo antes posible para terminar de una vez.

Mustafá encañonaba a Teo, que había resultado ser el más peligroso de los tres, para disuadirle y evitar que lo intentara de nuevo. Con la otra mano le hundió a Alicia los dedos en el rodete y el pelo cayó sobre sus hombros. La textura del pelo suelto le excitaba y le servía al mismo tiempo de riendas. La presión estaba asfixiando a Alicia, que hizo lo que no se les había ocurrido a los otros, porque Mustafá, con la fogosidad del momento, no cayó en la cuenta de que entre los labios y la lengua había una hilera de dientes buscando venganza. A pesar de que era vegetariana, Alicia hizo una excepción y mordió con fuerza, la fuerza necesaria para cerrar la boca con un chasquido de cepo y apartarse por fin y respirar y escupir esa cosa que tantas veces había tenido que llevarse a la boca sin desearlo.

Mustafá soltó un alarido que debió estremecer a todos los vecinos, disparó por reflejo y una bala le entró a Teo por un ojo y le salió por la nuca. La rueda del hámster giraba a toda velocidad. Quique se tiró al suelo, gateó como un niño y se escondió tras el reposabrazos. Sonaron dos disparos, uno hizo un agujero en la pared y el otro dio en el perchero que había a la entrada, pasando milagrosamente a través de la melena de Alicia, sin hierla. Antes de caer al suelo, vació el cargador contra el techo. El percutor siguió chascando en el vacío cuando Quique y Alicia se le echaron encima y consiguieron desarmarle.

\*\*\*

Vlad era el encargado de disuadir a los morosos en el negocio del Musta. A pesar de su envergadura, era un tipo discreto que solo conocían los que no pagaban o se demoraban de esa manera que da la impresión de que se están cachondeando. En cierto modo era una labor didáctica, porque él les enseñaba el significado de la palabra respeto. Le daba lo mismo que fueran asuntos de drogas o de lechugas, se trataba de transacciones entre gente libre y si no colaboraban por propia voluntad, les ayudaba a recapacitar. Había pasado de mendigar en los semáforos haciéndose el cojo y robar cobre a vivir en un pequeño apartamento propiedad de Mustafá, que lo sacó de la calle porque entendió que podía serle útil. Cuando emigró de Craiova no sabía que iba a terminar así. Por eso le estaba agradecido al moro y hacía todo lo que le decía sin rechistar. En esos momentos no sabía si debía subir o no, porque el motor de la Honda no se había enfriado del todo y no quería contrariar al Musta. Cuando escuchó los disparos se disiparon todas las dudas.

No se le ocurrió llamar al telefonillo. ¿Qué podía decir? Mejor

no pensar. Arremetió contra la desvencijada puerta, el pestillo saltó, el pomo de la puerta chocó contra la pared, el vecino del bajo se cagó en su puta madre y Vlad subió los escalones de madera de dos en dos, marcando el paso como una apisonadora.

Quique y Alicia habían dejado de ser humanos. Eran dos fieras enloquecidas que gritaban, arañaban, golpeaban y mordían el cuerpo desmadejado de Mustafá Belhaj. La rabia, la vergüenza y la frustración acumulada durante meses se había transformado en furia y los impulsaba. Y el miedo. Ese miedo terrible a morir que todos llevamos dentro. Ambos sabían que no podían dejarle vivo, porque entonces sería el quien acabaría con ellos. Iban a matarle y nada podría impedirlo. Eso creían, antes de que la puerta de la calle implosionara por el impacto de una patada y apareciera Vlad con una pipa en la mano. Apenas tardó un segundo en comprender la situación y efectuar dos certeros disparos, uno en la cara de Alicia y otro en el pecho de Quique, que cayó sobre la mesa atravesando el cristal, desparramando las piezas del Catán por el suelo.

Vlad recogió la *Sig Sauer* y la navaja, levantó a su amigo y lo cargó sobre el hombro. Cuando estaba a punto de salir, Mustafá empezó a gritar señalando el suelo:

—¡La polla, joder! ¡La polla! ¡Coge la polla...!

Vlad obedeció.

Agarró ese trozo de carne sanguinolenta que había sobre la alfombra, lo introdujo en el bolsillo de la camisa del Musta y, cuando iba a salir, la rueda del Hámster le sobresaltó. Giró de forma automática, muy rápido, efectuó dos disparos y la mascota quedó pulverizada, convertida en una mancha escarlata.

Corrió escalera abajo, dejando un reguero de sangre. Tenían que escapar de allí antes de que apareciera la pasma.



## EPÍLOGO

Después del tiroteo en la casa de Alicia, tardaron quince minutos en presentarse en el apartamento de un cliente adicto a la marihuana. Estaba en cuarto de Medicina y era lo único que Mustafá podía permitirse, dadas las circunstancias. El joven recurrió a sus compañeros de facultad, que lograron reimplantarle el miembro de manera satisfactoria después de nueve horas de cirugía clandestina. El precio de la operación se pactó por anticipado e incluía, además del dinero, todos los cogollos que Mustafá tenía recolectados.

Vlad se portó. Cumplió a rajatabla todos sus encargos, consiguió blanquear el dinero que guardaba en metálico, le escondió, le alimentó, le ayudó con las curas y la rehabilitación, y se encargó de comprar el pasaporte y el billete de avión a la isla.

Ahora vivía en un bungaló, apartado de los hoteles de lujo y de las mujeres. Mustafá no soportaba la idea de ver a esas criaturas que chapoteaban en el agua y retozaban en la arena. No soportaba tener que mirar para otro lado cuando aparecían con sus diminutos tangas, sus movimientos de cadera y los pechos al aire reclamando la atención de los machos. Algunos preferían llamar a eso reproducción, otros el arte de la seducción. Para él era, sencillamente, la llamada de la selva. Así era la vida y así funcionaba la supervivencia de las especies en el mundo animal. Daba lo mismo que fueras negro, mulato, blanco o amarillo; que tu piel estuviera cubierta de vello, plumas o escamas; que tu vida se desarrollara en la tierra, el aire o el mar. Daba igual que el cerebro pesara kilo y medio o sesenta gramos, porque lo que realmente importaba eran las

curvas, la gracilidad de movimientos y la simetría.

Y los labios.

Y los ojos.

Y el pelo.

Ese cabello ondulado que se derramaba sobre los hombros y levantaba el vuelo cuando se dejaba llevar por el capricho del viento. Joder, con la poesía. Había quien afirmaba que era el deseo camuflado de los cultuquetas reprimidos.

Mustafá Belhaj tomaba el sol, pero tenía que mantenerse alejado por un tiempo de los placeres de la carne. Tuvó suerte de que le cosieran el pene, pero debía evitar el contacto visual con cualquier mujer, porque era insoportable el dolor que sentía cuando se le empinaba. Además, le había quedado torcido el miembro y eso le avergonzaba.

Y allí estaba él, con una botella vodka, un vaso sin sombrillita y una cubitera con hielo. No era lo más adecuado para contrarrestar la libido, pero al menos conseguía aplacarla.

—Enemigo a las puertas —se dijo a sí mismo, viendo cómo se acercaban dos bañistas esculturales.

Mustafá echó a correr, entró en el bungalow y cerró la puerta. Encendió la televisión y subió el volumen, porque le bastaba con escuchar la voz o las risas de una mujer para imaginar situaciones que le provocaban una dolorosa erección.

Para distraerse, cogió el periódico atrasado que había sobre una silla y volvió a leer una vez más lo del atraco al banco, los rehenes muertos, la explosión, el edificio desmoronado y los tres cadáveres que encontraron en un piso, v inculados, según la policía, con los atracadores. Alicia Cortés, Teófilo Martínez y Enrique Sousas fueron asesinados por desavenencias entre

ellos o por un ajuste de cuentas. También salieron a relucir algunos tejemanejes de la mafia rusa: extorsión, secuestro, asesinatos en locales de alterne camuflados y trata de mujeres obligadas a prostituirse hasta que pagaran la deuda, esa que habían contraído cuando decidieron emigrar de sus países de origen en busca de un futuro mejor. Los últimos cadáveres confirmaban esa teoría, porque Vlad Ionescu, el rumano que apareció muerto de una sobredosis en un invernadero intensivo de marihuana, era sin duda uno de los proxenetas. A Fulgencio González, el dueño del cultivo, lo encontraron en su despacho con una bala en el pecho y otra en la frente. Antes de asesinarle le habían torturado machacándole la cara con un machete. De nuevo ajuste de cuentas. En ese jodido día de perros todo tenía que estar relacionado, porque las casualidades no existían, según dijo un actor caracterizado de policía en una película.

Los periodistas especulaban, la policía desmentía, los presentadores de los telediarios mostraban imágenes estremecedoras, fingiendo que compartían el sufrimiento y el dolor con los familiares de las víctimas. La gente opinaba en los trabajos, en los parques, en los bares y en las cafeterías. Durante unas semanas habría carnaza mediática para estimular y rentabilizar el mercadeo de las conjeturas.

Mustafá dejó el periódico sobre la silla y decidió entretenerse elaborando un porro, aguardando pacientemente a que se fueran las bañistas. Reconocía que era un cabrón sentimental, porque le costó tomar la decisión de liquidar a Vlad, su fiel escudero, pero es que no le quedó más remedio si es que quería cerrar el círculo, joder.



# AGRADECIMIENTOS

Hay muchas personas a quienes debemos estar agradecidos por haber llegado a escribir este libro. Me gustaría empezar nombrando a Javier Fernández (que además accedió a ser el prologuista) y a Vicente Ponce; sin ellos hubiese faltado el germen del que brotaron estas historias. Gracias a ambos.

No pueden faltar tampoco en los agradecimientos las personas que han apoyado la novela en sus inicios, adquiriendo uno de los pocos ejemplares en papel que han estado disponibles y hablando sobre ella. De esta forma, los tres autores damos las gracias de todo corazón a Ángela Antúnez, José Mariño, Noelia Alegre, Marisol García, Manuel Moral, Anxo do Rego y a todos los que habéis decidido darle una oportunidad a una historia diferente, escrita por unos autores bastante peculiares.



De izquierda a derecha, Óscar Fernández Camporro, Rafael Estrada y David J. Skinner.

# Óscar F. Camporro

Óscar F. Camporro ha publicado tres novelas, todas de la serie Riverthree. El primero, *Márchate de Riverthree*, ganó el II Concurso Manuel Díaz Vargas y quedó finalista en el XIII Premio Felipe Trigo de Novela y en el I Premio de Novela Primum Fictum. La segunda novela se titula *Regresa a Riverthree*, y la tercera, *Volved a Riverthree*. También ha publicado varios relatos en antologías con otros autores.

[www.oscarautor.com](http://www.oscarautor.com)

# Rafael Estrada

Rafael Estrada es autor de *Ángeles de sangre* (Primer Premio Megustaescribir del Grupo Random House) y *Carne de primera*; ambas forman parte de una trilogía policial que se cierra con *Delirio en rama*. Como autor e ilustrador de Literatura Infantil y Juvenil, ha publicado *El comisario Olegario* (Accésit Premio Lazarillo), *La sonrisa del ogro*, *Los piratas circulares* y *La ciudad de las sombras*, entre otras. Sus trabajos han sido traducidos a más de diez idiomas.

[www.rafaelestrada.jimdo.com](http://www.rafaelestrada.jimdo.com)

# David J. Skinner

David J. Skinner cuenta con varios relatos y cuentos publicados en diversas antologías o revistas, tanto en formato digital como físico. Entre sus novelas, la mayoría de género negro y policíaco, destacan *Los crimenes del ajedrez*, *August*, *Pecado mortal* (finalista del III Premio Oscar Wilde), y *Una herencia problemática* (finalista del II Premio Wilkie Collins y ganadora del II Premio de Narrativa organizado por la editorial

Libros Mablaz).

[www.DavidJSkinner.com](http://www.DavidJSkinner.com)

**Título:** *Cabrones* © 2015, 2016

**Autores:** *David J. Skinner,*

*Óscar F. Camporro*

*y Rafael Estrada*

**Diseño:** *Rafael Estrada*

**Género:** *Novela Negra*

**Web:** [www.davidjskinner.com](http://www.davidjskinner.com)

**Web:** [www.oscarautor.com](http://www.oscarautor.com)

**Web:** [www.rafaelestrada.jimdo.com](http://www.rafaelestrada.jimdo.com)

## **EDICIÓN DIGITAL**

*Los hechos que se narran en esta novela, así como los personajes y localizaciones son producto de la imaginación de los autores, aunque están inspirados en hechos reales.*

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de la obra aquí contenida sin el permiso expreso de los autores.





# CABRONES

## Una COMBINACIÓN MUY EXPLOSIVA

En ese jodido día de perros todo tenía que estar relacionado, porque las casualidades no existen.

Los periodistas especulaban, la policía desmentía, los presentadores de los telediarios mostraban imágenes estremecedoras, fingiendo que compartían el sufrimiento y el dolor con los familiares de las víctimas.

La gente opinaba en los trabajos, en los parques, en los bares y en las cafeterías. Durante unas semanas había carnaza mediática para estimular y rentabilizar el mercadeo de las conjeturas.

# Table of Contents

[Prólogo](#)

[Óscar](#)

[Rafa](#)

[David](#)

[Agradecimientos](#)

[Los autores](#)